

**Universidad Andina Simón Bolívar**  
**Sede Ecuador**  
**Área de Letras y Estudios Culturales**

Maestría en Estudios de la Cultura  
Mención en Literatura Hispanoamericana

**Necrologías alucinantes de una ciudad laberíntica**  
**Las crónicas periodísticas de Rafael Chaparro Madiedo**

Ronal Molina Huérfano

Tutor: Marcos Fernando Balseca Franco

Quito, 2021





## Cláusula de cesión de derecho de publicación de tesis

Yo, Ronal Molina, autor de la tesis intitulada “Necrologías alucinantes de una ciudad laberíntica: Las crónicas periodísticas de Rafael Chaparro Madiedo”, mediante el presente documento dejo constancia de que la obra es de mi exclusiva autoría y producción, que la he elaborado para cumplir con uno de los requisitos previos para la obtención del título de Magister en Estudios de la cultura con mención en Literatura Hispanoamericana en la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador.

1. Cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, los derechos exclusivos de reproducción, comunicación pública, distribución y divulgación, durante 36 meses a partir de mi graduación, pudiendo, por lo tanto, la Universidad utilizar y usar esta obra por cualquier medio conocido o por conocer, siempre y cuando no se lo haga para obtener beneficio económico. Esta autorización incluye la reproducción total o parcial en formato virtual, electrónico, digital u óptico, como usos en red local y en internet.
2. Declaro que en caso de presentarse cualquier reclamación de parte de terceros respecto de los derechos de autor/a de la obra antes referida, yo asumiré toda responsabilidad frente a terceros y a la Universidad.
3. En esta fecha entrego a la Secretaría General, el ejemplar respectivo y sus anexos en formato impreso y digital o electrónico.

Fecha, enero de 2021

Firma:



---

Ronal Molina Huérfano



## Resumen

Rafael Chaparro Madiedo, *el cronista*, manifestó su desconuelo ante el caos de la capital colombiana de su época, empezó a recorrer las calles bogotanas y recreó historias urbanas apocalípticas, personajes reales y fascinantes extraídos como de la ficción, seres extraños errando por un laberinto de inmundicia, que es la manera como Chaparro entendió a la ciudad. Sus escritos reiteran el vaticinio necrológico dictado por la mano del escritor, repite de forma angustiosa que el final se aproxima, la ciudad es una bomba de tiempo, una Necrópolis, y no hay nadie que la salve, ni siquiera Dios, a quien acusamos los bogotanos de huir y abandonarnos, pero en realidad, dice Madiedo, está secuestrado y se desangra en su cautiverio. Las crónicas de Rafael retratan, además, una metrópoli permeada por las tendencias foráneas que se mezclan con los rasgos autóctonos de sus habitantes. Original y delirante, el trabajo periodístico de Madiedo está escrito con un lenguaje subversivo y psicodélico, a ello se le suma una narración plagada de metáforas y prosopopeyas, estas últimas, muy propias en las letras de Chaparro para recrear a Bogotá.

He separado mi trabajo en secciones que dan cuenta de Chaparro como cronista y persona, de sus motivos e influencias, y, sobre todo, de estudiar sus crónicas, procurar encasillarlas e indagar acerca del Periodismo literario y/o Nuevo periodismo para ubicar al autor y sus líneas. En el segundo capítulo, me he ocupado de analizar el paradójico laberinto que, para Chaparro, es la ciudad de Bogotá, invité a este apartado a algunos autores que han aventurado teorías acerca de la organización de las ciudades, entendidas desde el laberinto, y cómo el mismo dicta el comportamiento de sus habitantes y, al final, me he dedicado a analizar la Necrópolis, la necrológica de la capital del país, las razones que tuvo el autor para que la muerte de la metrópoli fuera una constante ineludible en sus columnas, soportadas, en la particularidad del lenguaje chaparrístico, aspecto también objeto de análisis en este trabajo. Por último, en una labor lenta, algo dispendiosa, pero emocionante, he transcrito todas las columnas y crónicas que Rafael Chaparro publicó en la revista *Consigna*, ya que de cuarenta y una (firmadas), apenas se habían publicado seis en mi país, y considero que merecían salir a la luz.



A mi familia por cuidar de mí, por rodearme, a Angie, por su amor y su constancia, a José y Luis, a Tef y Emilio por nueve meses maravillosos, por brindarme su amistad y cariño.

A todos los amigos y compañeros que hice en Quito y supieron rodearme con su cariño y camaradería. A Diego Sierra por hablarme acerca de la Andina y de la beca, también por su apoyo.

Para todos los familiares y amigos, que aquí no menciono, pero que siempre han tenido fe en mí.



## **Agradecimientos**

A Fernando Balseca, por su instrucción, sabiduría, don de gentes y por su particular sentido del humor.

A todos los docentes de la Universidad Andina, Sede Ecuador.

Gracias a ustedes puedo asegurar que dicho lugar, que ahora es mi casa, es un excelente ejemplo de calidad, exigencia, cooperación y conocimiento. Y también de alegría.



## Tabla de contenidos

Introducción.....	13
Capítulo uno: Las crónicas de Rafael Chaparro: Más que	
<i>Opio en las nubes</i> .....	17
1.1    La revista <i>Consigna</i> : Génesis con fecha de caducidad.....	17
1.2    El diario <i>La Prensa</i> : Job indiferente – Juan feroz.....	25
1.3    Repaso teológico: Colosenses o ¿Qué son las <i>crónicas</i>	
de Chaparro Madiedo?.....	31
Capítulo dos: La Bogotá de fin de siglo: Un laberinto	
paradójico de cristal.....	35
2.1    Big Bang: Chaparro Madiedo y la muerte de la	
ciudad en que se hizo.....	35
2.2    Bogotá: Laberinto rizomático para erigir la torre de Babel.....	39
Capítulo tres: El Apocalipsis según San Rafael: El lenguaje	
alucinante de Chaparro Madiedo.....	49
3.1    La Necrópolis: Teorías sobre la ciudad y el Apocalipsis.....	49
3.2    Necrología bogotana: Dios se desangra secuestrado en el sur.....	55
3.3    Para escribir un obituario debes usar el lenguaje del ácido y el smog.....	60
Conclusiones.....	67
Bibliografía.....	69
Anexo 1: Gasolina en el corazón.....	71
Anexo 2: Ejemplo estilo y diseño de las crónicas en ¡Luz, más luz!.....	73
Anexo 3: Las crónicas revista <i>Consigna</i> .....	74
Anexo 4: Entrevista por Ana María Escallón.....	130
Anexo 5: El vértigo de escribir.....	135



## **Introducción o De cómo me picó el bichito de la curiosidad**

A finales de la década del noventa surgió en mi persona el interés por el mundo de *lo fantástico*: las fábulas y leyendas en clase de español y literatura, el deleite que sentía con los relatos orales de mi abuelo Enrique, y la mágica aparición de aquel cuentero, encantador de cobras, que en alguna ocasión fue a narrarnos al colegio una historia, homenaje a la astucia, de un pájaro enorme y variopinto que entendía y hablaba la lengua de los hombres. Entonces, comencé a visitar periódicamente la biblioteca Colsubsidio anhelante de estupefacción.

En aquellas pesquisas individuales, que de a poco ampliaban mi visión de mundo, conocí la obra del gran Nicolás Buenaventura Vidal, cuentero y dramaturgo caleño que triunfaba en África y Europa meciéndose sobre la palabra. Soñé así que algún día podría escribir y contar historias maravillosas como esas que leía en los libros de Nicolás. Pasaron los meses y desfilaron ante mis ojos cuentos y novelas formidables de autores de toda clase y época: Kafka, Maupassant, Poe, Hesse, Hemingway, Conan Doyle, Galeano, Cortázar, Borges, García Márquez, Paul Auster, Roberto Bolaño y Andrés Caicedo, pero uno en particular atrapó inevitablemente mi gusto y atención: se trataba de Rafael Chaparro Madiedo, escritor bogotano nacido en 1963 y de ascendencia santandereana, ganador del Premio Nacional de Literatura en 1992 por su novela *Opio en las nubes*.

Chaparro, alucinante y excéntrico, iniciaba su *Opio* dándole voz a un gato estrafalario que observaba la cotidianidad desde su felina experiencia, mediada por el alcohol, las sustancias alucinógenas y la pasión desbordada por su cuidadora humana: Amarilla. Dicha novela tenía como protagonistas a la ciudad, la música y las sensaciones. Fue la primera vez que tuve una experiencia sinestésica mientras leía, todos mis sentidos estaban despiertos y alerta. La forma en la que la novela estaba escrita también representaba una novedad; la omisión constante de signos ortográficos y de puntuación hacía que el ritmo fuera vertiginoso. Aún conservo esa emoción en la memoria.

Con el correr de los años, seguí leyendo a otros autores, me interesé asimismo por la poesía y el teatro, pero mi inquietud por Chaparro Madiedo no cesó. Asistí a un par de buenos montajes basados en *Opio en la nube*, me enteré de que Rafael había sido también el libretista de *La brújula mágica*, programa loco y entrañable atravesado por versos y aventuras que estuvo presente en el tránsito de mi niñez a la pre adolescencia (y de muchos otros como yo), esa nueva faceta reforzó mi admiración por el escritor bogotano e inicié una segunda exploración para ampliar el conocimiento de su obra; proyecto baladí e infructuoso. A Madiedo solo se le conocía su novela de culto. Me resigné.

En 2007, cuando empecé a ejercer mi oficio como docente de literatura para estudiantes de bachillerato, usé, como pescador abusado, *Opio en las nubes* de carnada literaria; la pesca fue satisfactoria y abundante. Muchos alumnos apáticos a las letras, y defensores de otras artes o intereses, elevaron a Rafael Chaparro Madiedo al nivel de los dioses, poseedor del lenguaje que los identificaba y, por ende, único literato que podía entenderlos; los demás, al menos, lo incluyeron en su lista de intereses, o siquiera, no descartaron la posibilidad de hacerlo alguna vez. Posteriormente creamos, de manera conjunta, adaptaciones teatrales, versiones apócrifas de la obra, cuentos y poemas psicodélicos ambientados en los escondrijos subterráneos de Bogotá; donde ocurrían historias fantasmagóricas y delirantes. En aquel entonces, Chaparro produjo efectos similares en otro tipo de estudiantes, unos bastante especiales: soldados del Ejército de Colombia que habían sido heridos en combate y cursaban sus estudios secundarios en el Batallón de Sanidad. Sus cuerpos mutilados y/o mentes afectadas por el conflicto armado no fueron un impedimento para disfrutar del Opio literario. Mis estudiantes militares también se sollaron la novela y crearon cosas interesantes basadas en ella. La literatura siempre será un baluarte infranqueable, donde uno puede burlar los recuerdos o resignificarlos, según la jurisdicción de la fantasía, ni qué decir lo que puede hacer del presente y el porvenir.

Meses después, renovándose mi antigua frustración (y ahora compartida con mis estudiantes) por el *one-hit wonder* de Chaparro Madiedo, realicé una averiguación tanto más ardua que la de mi adolescencia y los resultados fueron bastante esperanzadores: Rafael Chaparro Madiedo también llegó a desempeñarse como redactor en un periódico y

una revista, había escrito cientos de crónicas, reportajes y hasta reseñas de cine, ¡había que ir a por ellas!

Chaparro escribió sus *crónicas periodísticas* durante los años que trabajó para dos medios impresos bogotanos: La revista *Consigna* y el diario *La Prensa*. En la revista, Chaparro tuvo una columna quincenal llamada *¡Luz, más luz!*, desde finales de 1987 hasta mediados de 1990. En *La Prensa*, por su parte, tuvo dos etapas, la primera como cronista y reportero para las secciones *Vivir* y *Domingo*. Esta primera etapa empezó en agosto de 1988 y finalizó a principios de 1993. A partir de ese momento lo sedujo la tv y se desempeñó como libretista, entre otros, de los programas *Zoociedad*, *Quac* y el ya mencionado y querido *La brújula mágica*; no obstante, siguió redactando semanalmente artículos híbridos para las secciones *Cultura* y *Opinión*, de *La Prensa*. Esta segunda etapa duro hasta su muerte acontecida el 17 de abril de 1995. Cuando leí acerca de las causas de su fallecimiento sentí mucha pena, pues, aunque algunos críticos comparaban su final temprano con el de Andrés Caicedo, Chaparro no decidió morirse, no quería. Se lo llevó una enfermedad bastante rara y autoinmune que le provocaba erupciones en la piel y le transfiguraba el rostro en el de una rana triste. Ese mal que lo acompañó por más de una década fue el lupus.

Husmeando más a fondo descubrí que Chaparro había fundado en la Universidad de los Andes la revista *Hojalata*, y que casi lo meten preso porque se pensaba que era una publicación revolucionaria, pero, al final, no hubo pruebas en su contra. Su trabajo periodístico, sumado a la publicación de una novela inédita llamada *El pájaro Speed y su banda de corazones maleantes*, que don Rafael Chaparro Beltrán, padre del escritor, guardaba con el celo bajo llave en un baúl y que luego se resignó a entregar a un editor, significaron una nueva exploración del mundo de las letras chaparrísticas.

Encontrar las crónicas de Madiedo no fue fácil, no estaban en la biblioteca Colsubsidio, ni en otras concurridas de mi localidad. Mis estudiantes de décimo y undécimo grado, que también jugaban al detective, tampoco tuvieron suerte en las hemerotecas de sus localidades, ni siquiera en internet se sabía de ellas. Las crónicas de Chaparro no se dejaban encontrar, se nos estaban escondiendo, quizá para hacerse desear, para aumentar la intriga... pero, a barco terco y anhelante el diablo viejo le encuentra el

puerto, y un día, buscando no sé qué en la Biblioteca Nacional, el esquivo diario *La Prensa* apareció.

¡*Habemus crónicas!* Así saludé a los pelaos cuando crucé la puerta para iniciar la clase mientras empuñaba las diez fotografías que alcancé a sacar el día anterior. Al tiempo vinieron los gritos, aplausos y chiflidos. Les mentí diciendo que no había leído ninguna porque quería hacerlo con ellos, aunque la verdad era que no había tenido tiempo porque la noche anterior debía calcular las notas finales de periodo para dejarlas en Secretaría, y casi sigo de largo en la labor, pero ahí estaban las letras desconocidas de Chaparro, por fin sabríamos cómo era la vaina.

Lo que descubrimos nos dejó contentos, algunos, como yo, temíamos que fueran escritos sensatos y aburridos, o que, por tratarse de publicaciones en medios formales y conservadores, tocaran temas lejanos a nuestros intereses, pero a pesar de nuestra prevención y malos presagios, se trataba del mismo Chaparro de *Opio en la nube*, incluso mejor, esa era la opinión general, ya que lo que contaba era *fantástico*, pero ocurría, y ocurría en serio; en el barrio vecino, en las calles que recorríamos con frecuencia, en los parques y los buses que tomábamos a diario. A aquellas crónicas, reseñas y reportajes de Madiedo también les sacamos el jugo.

Del contenido y el análisis del trabajo periodístico del bogotano me ocuparé inmediatamente; mientras, solo agregaré a los acontecimientos de la búsqueda que, a finales de 2009, un periodista antioqueño llamado Alejandro González se dio a la tarea de reunir varias crónicas de Chaparro, para luego publicarlas en un libro titulado *Zoológicos urbanos: Historias mutantes de Rafael Chaparro Madiedo*. La vida nos pelaba por fin el diente y había mucho que leer. Chaparro fumaba más que opio.

## Capítulo uno

### Las crónicas de Rafael Chaparro: Más que *Opio en las nubes*

#### 1.1 La revista *Consigna*: Génesis con fecha de caducidad

No escribe mejor un cojo que un atleta, no es mejor escritor un asesino, un santo o un pederasta que un detective, un pecador o un padre ejemplar. O puede que lo sea, no por sus características de vida como por su lucidez y su capacidad para hablar del mundo vivido e imaginado. Un escritor es como Rafael Chaparro Madiedo (Chaparro Madiedo 2007, 13).

Rafael Chaparro Madiedo no estudió Literatura, Comunicación Social ni Periodismo; se graduó de Filósofo en la Universidad de los Andes y allí fundó junto a Andrés Huertas y Felipe Castañeda la revista *Hojalata* en 1987, básicamente, una publicación nutrida de textos de diversos tipos con tendencias críticas urbanas donde, según su maestro universitario Manuel Hernández, se notaba “su intento por reivindicar el acto de caminar como los antiguos cronistas y por retratar a una Bogotá ‘underground’; fría, polucionada y neblinosa, y que luego se transmuta en la ciudad híbrida donde se desenvuelve la trama de *Opio en las nubes*.” (González 2012, 56). La revista, en principio, no fue bien vista por los directivos de la universidad, pero terminaron aceptándola por los buenos resultados y por no considerarla peligrosa; sin embargo, solo sobrevivió hasta su decimocuarta edición.

Posteriormente, Chaparro se inició como redactor cultural en la desaparecida revista bogotana *Consigna*, allí mismo ofició de columnista en una sección llamada *¡Luz, más luz!* La revista se fundó en 1976 y era dirigida por Jorge Mario Eastman. *Consigna*, en principio, fue un medio de comunicación con tintes partidistas, no era extraño, que en la portada y las páginas ulteriores, se le dedicara un generosísimo espacio al plan de gobierno de algún candidato amigo del dueño del aviso, o incluso, que aprovechara la

plataforma periodística como trampolín de conveniencia personal, ya que Jorge Mario Eastman se lanzó de candidato para la Alcaldía de Bogotá en 1988 y, en más de una edición, fue alabado y declarado como alcalde con toda seguridad, pese a ello, fue derrotado en los comicios por el entonces recién candidato liberado del secuestro Andrés Pastrana, así eran las cosas en la revista; sin embargo, a finales de los ochenta adquirió mayor carácter cultural y académico (sin abandonar sus ideologías).

En dicha publicación, Chaparro empezó su labor de picapedrero, se encargaba de asuntos menores que en ocasiones inclusive no llevaban su firma, después, empezó a escribir sobre cine, entre sus reseñas del séptimo arte quisiera destacar un par: *Danton*, con la dirección de Andrzej Wajda y *Romance en Berlín: La sexualidad de la luz apagada vs. el arte de amar*, dirigida por Liliana Cavani, donde Chaparro dio pistas de su condición y su influencia filosófica-literaria:

Mitsuko, la hija del Embajador del Japón en Berlín, es ante todo la belleza en todo su resplandor, esparciendo su encantamiento por encima de normas sociales y morales. Estamos ante un problema complicado que todavía Occidente no se ha atrevido a resolver: la belleza hace temblar cualquier valor universal por más sólido que éste pueda ser; en Occidente es evidente que a la belleza se le objetiva dándole cierta distancia a través del arte. En Oriente el asunto es bien distinto: la belleza no se busca; ella viene hacia uno: ella es. Ya Platón sugería expulsar a los poetas (los creadores de lo bello) de la ciudad pues la verdad de lo bello no es el bien común sino el encantamiento, la seducción y el placer<sup>1</sup>.

Y, hablando de influencias, quisiera anotar que por esos tiempos, Chaparro Madiedo tenía clavado en los pensamientos a Martín Heidegger, en quien se basó para elaborar su tesis con la que optó para su graduarse de Filosofía y Letras, y que se tituló: *Interpretaciones de los estados de ánimo como expresiones ontológicas con base en “Ser y tiempo”*. Dicha anotación la considero pertinente debido a que allí se encuentran algunas luces para comprender el estilo tan propio de la escritura chaparrística: a través de ella, en palabras de Manuel Hernández, “se da uno cuenta de que está ante un escritor atormentado y esperando la muerte, pero no de manera resignada.” (González 2012, 58). Seguro dicha conciencia de finitud impregnó sus letras, no es probable que sucediera lo contrario. El profesor Manuel amplía y explica la importancia de este trabajo: “mencionemos ciertas palabras clave que en ella aparecen y que individualmente pueden ser consideradas para

---

<sup>1</sup> Chaparro, Rafael. “Romance en Berlín: La sexualidad de la luz apagada vs. el arte de amar”. *Consigna*. 15 de diciembre de 1987.

todo un universo de ejercicios de raciocinio: angustia, miedo, muerte, nada, tiempo, ser, amor, finitud, paz, libertad y justicia. Creo que me hago entender” (58). Dichas palabras clave, que son conceptos muy anchos, se repiten de forma reiterativa en las crónicas de Madiedo, pero en casi todas, como en su narrativa, el lector puede percibir que inevitablemente Chaparro se estaba despidiendo.

Quisiera ahora hacer un recorrido por algunas de las crónicas y columnas iniciales que Rafael publicó en *Consigna*, en la columna *¡Luz, más luz!*, para analizar las temáticas que trabajó y seguir sumando evidencias de su ser como *cronista*. La primera crónica de su propia sección se tituló *La realidad nacional: Un sueño de perros*, en la que se hace una crítica vehemente a la conciencia de los colombianos, refiriéndose a la recepción y repercusión del fútbol en el país, las marchas de los campesinos protestando, y, en especial, la demostración de los pañuelos blancos, en homenaje a la liberación del dirigente conservador secuestrado Álvaro Gómez Hurtado, hecho con el que el autor califica al pueblo colombiano de “rebaño terco y contradictorio”<sup>2</sup>, pues dicha manifestación es inútil y por demás hipócrita, ya que no hace la diferencia para salir de la crisis, asimismo, compara el evento con una muestra artística surreal que seguro interesaría al mayor representante del *pop art*:

Sin distinguos partidistas el folclor nacional se apuntó un verdadero hit, empezando por las altas comparsas del gobierno. Monjas, alumnos descarriados, periodistas, policías, obispos y ministros se lanzaron a la calle pañuelo en mano conformando la más grande obra de arte conceptual-surrealista de que se haya tenido noticia en el mundo del arte en los últimos tiempos. Como para contárselo a Warhol. Para tan memorable ocasión fue menester levantarse diez minutos más temprano para llevar bien aplanchado el pañuelo de la salvación nacional. [...] Era tratar de borrar con un maluco trazo blanco la profunda y negra huella de 30 años de violencia (24).

En esta crónica inaugural, si bien, aún el Opio-Chaparro no había surgido completamente, sí daba muestras de coraje, de su gran mirada crítica, su sed de justicia y del tinte negro-humorístico con el que inyectó sus letras. Además, revisando los periódicos de la fecha, celebro que fuera el único (o al menos el único que encontré en mi pesquisa) que iba a contracorriente, que no siguió la tendencia de los grandes periódicos, que no se vendió y conservó su fusta en la misma mano con la que escribía. Acerca de la conciencia, de este modo finalizó su escrito: “¿Qué hay de extraño y de misterioso en la conciencia

---

<sup>2</sup> Chaparro, Rafael. “La realidad nacional: Un sueño de perros”. *Consigna*. 15 de junio de 1988, 24.

del colombiano...? La respuesta que se podría aventurar es esta: los colombianos tienen ciertamente la conciencia limpia... ¡Pues claro! Porque nunca la usan” (24).

Su aportes en 1988 para *Consigna* conservaron una línea temática similar y, del mismo modo, prevaleció su opinión crítica e indiscriminada contra quien diera papaya, por sobre todo. Aún no le metía el hombro a escudriñar el laberinto bogotano, pero sí atacaba frecuentemente al Estado, la Iglesia y el *modus vivendi* colombiano. En *¡Sí al condonato!*, Chaparro, lanza en ristre, denunció a un gobierno indiferente ante las mínimas medidas de prevención que este tomó contra las enfermedades sexuales y, asimismo, la mojigatería de los estamentos moral-religiosos que alejaban de la ciencia la explicación del Sida y la asociaban a lo maldito. Contra dicha desidia, dicho atraso, dicha superstición, y consciente del peligro inminente, el autor dictó: “Lo mínimo que el país y el gobierno deberían haber hecho hace tiempo es la repartición masiva de condones en la entrada de colegios, universidades, fiestas y oficinas. Para nadie es un secreto que los últimos niveles de los colegios y las universidades son verdaderos cultores del atletismo sexual”<sup>3</sup>. Teniendo en cuenta la fecha del reclamo y el contexto en el que se dio, podría referirme a Madiedo como un adelantado, un visionario, pero, sin el ánimo de elevarlo sobre los demás, simplemente lo concibo como *uno que no comía cuento*, un alguien sin tapaojos ni mordaza que lo contuviera. Sé que en pleno siglo XXI manifestaciones de este tipo son de lo más comunes, pero en aquella época, y sobre todo en este país tan pávido y godo, se trataba de un verdadero acto de atrevimiento:

¿Por qué se piensa que a la droga sí se le puede hacer publicidad preventiva en la radio, televisión, cine y prensa, y al Sida se le relega a un peligroso silencio? En los primeros meses del año una posible propaganda para televisión sobre el uso del condón fue rechazado por el Consejo de Televisión que agrupa a representantes de la Iglesia, el gobierno, los televidentes, los padres de familia... y fue precisamente la Iglesia la que pegó el grito en el cielo cuando en realidad debió pegarlo en la tierra. ¿Por qué se desprecia el cuerpo en aras de la espiritualidad? Hasta donde tengo entendido la iglesia se preocupa por la salud espiritual de sus feligreses. El Estado a través de su Ministerio de Salud debería tomar cartas sobre el asunto y no dejar funciones a estamentos que del cuerpo poco o nada saben. (39)

Rafael Chaparro también le dedicó su espacio en *Consigna* a otras cosas que consideraba interesantes. Le dio palo a los, aún hoy, grandes referentes del periodismo colombiano por su estilo telenovelesco, su contenido-sin contenido, y la falta de respeto

---

<sup>3</sup> Chaparro, Rafael. “¡Sí al condonato!”. *Consigna*. 01 de julio de 1988, 39.

al periodismo investigativo, obvio, muy a su estilo: “Urgente. A Juan Gossain y Margarita Vidal les acaban de otorgar en ciudad de Méjico el reconocido y codiciado Premio de Periodismo Rosa "Hello Kitty" por su maravilloso e ilustrativo informe sobre los detalles del secuestro y liberación del doctor Álvaro Gómez”<sup>4</sup>. Habló también de deportes y sentó un buen par de coscorriones en *La bestia estrafalaria* y *Corito celestial*, criticó en *Dos lunas*, el hecho de que su país le diera más importancia a un matrimonio del *jet set* que a la paz, regresó a su infancia para hablar de las costumbres en Halloween, y, recordar, al modo de un niño, lo hecho y sentido a raíz del magnicidio de Salvador Allende, a esta remembranza quisiera dedicar unas líneas de mi trabajo:

Tenía 9 años cuando el más sanguinario ser que haya parido el cono sur (ese cono sur debería metérselo por donde sabemos), derrocó al único gobierno socialista del continente que haya llegado al poder por la vía del voto. De mi mente no se borrará aquella mañana de septiembre cuando pegado al radio escuchaba las noticias sobre el golpe. En la radio se hablaba de que el Presidente Allende, siempre tan gallardo el viejo, resistía acompañado apenas por unos cuantos amigos, leales hasta el último instante. Las imágenes de la televisión me impactaron mucho más: el Palacio de la Moneda totalmente destruido, los tanques, los soldados, la niebla de la brutalidad en el aire. El Estadio Nacional de Santiago, aquel donde unos tres años antes Allende pronunciara un emocionado discurso, era ese día un campo de desolación y de vejación al ser humano<sup>5</sup>.

¿Qué significó dicho suceso para Rafael Chaparro Madiedo? ¿Qué tanta mella hizo en su espíritu, en su forma de entender la realidad? Eso no lo sé, pues me faltan migajas qué seguir, me faltó un buen apretón de manos, un café y un Peche bien conversado con ese loco; sin embargo, dejó pistas en su impronta como redactor cultural, como columnista de opinión y como cronista.

Existen también otros escritos en *Consigna* que revelaron su postura política, su hambre de justicia y su fastidio y frustración ante la impunidad; ejemplo de ellas son: *Complicidad del árbitro*, *La muerte se llama viernes*, *El gato y el ratón*, *Bluyines Ortega* y, entre otras afines, *Pequeña revolución en bicicleta*, donde Chaparro y sus amigos de infancia, mientras rodaban por el barrio en sus bicicletas, apoyaban emocionados la campaña revolucionaria en Nicaragua de 1979, con juegos altera-realidades y ritos mágicos, que en este caso, atribuían un poder fantástico al cuarteto de Liverpool: “Pero entonces empezamos a mezclar paulatinamente ‘Let it be’ o ‘I’m the walrus’ o ‘Help’ con

---

<sup>4</sup> Chaparro, Rafael. “El periodismo rosa”. *Consigna*. 15 de agosto de 1988, 29.

<sup>5</sup> Chaparro, Rafael. “Querido viejo”. *Consigna*. 15 de septiembre de 1988, 42.

la toma de Estelí o León o Masaya. De algún modo especialmente extraño y misterioso sentíamos que la música de los Beatles ayudaría a aquellos muchachos del FSLN a derribar a Somoza”<sup>6</sup>. ¿Son reales estos recuerdos?, poco importa a este análisis, pero si así fuera..., mi excitación se debe a que en mi infancia y en la pre adolescencia nunca me interesé por causas políticas o de ese corte (de hecho las desconocía, nunca me dijeron qué era eso). Chaparro era otro cuento, o un curioso, o el aire en Niza olía y sabía diferente; escondía secretos ajenos a, quienes como yo, vivíamos en otras localidades. ¿Podría disfrazar esta excusa de otra pista?, lo cierto es que al final el rito funcionó, los jóvenes de Niza (¿con Chaparro a la cabeza?) ganaron el juego: “El momento cumbre llegó cuando cubrimos nuestras ciclas de rojo y negro. Hicimos que nuestras hermanas confeccionaran pañoletas como las de los Muchachos. ‘Hey Jude’ ya estaba en su clímax cuando los Beatles empiezan a cantar con su ‘nananananana...’ y fue cuando supimos que el grueso del ejército sandinista ya estaba entrando a Managua” (45).

Pero retomemos el juego iniciado en *Querido viejo*. Chaparro evoca sus inocentes estrategias para que triunfara el viejo, pensaba que podía ayudar con sus juegos absurdos, a miles de kilómetros de distancia, mientras escuchaba la radio, que repetía los bombardeos de los aviones y los tanques a la vez que proclamaban en fin del comunismo en esa parte del continente:

Por ejemplo, cogí unas cuantas canicas. Coloque una "pota" en el final de un corredor. Me situé a unos 20 metros, la prueba era difícil, y con las otras bolitas jugaba a darle a la primera. Pensaba que si le daba con tres seguidas, Allende resistiría y saldría airoso. Como casi siempre pasa en este tipo de juegos, no logré acertar a pesar de que en el colegio tenía fama de tener muy buena puntería. Parecía que las canicas me estuvieran dando un golpe de estado (42).

Tampoco olvidó Chaparro Madiedo rendir un sencillo homenaje en sus surcos al gran cantautor popular Víctor Jara, otra de las caras visibles chilenas de la revolución, quien también cayera preso de la infamia: “le cortaron las manos para que no siguiera cantando y animando a los prisioneros, murió desangrado. Una sangre olvidada derramada sobre un anónimo césped” (42). ¿Qué impactó generó este suceso en el niño Madiedo? ¡Vaya rayón vitalicio en la memoria!, porque lo cierto es que Chaparro se murió viendo que Augusto Pinochet aún era el Comandante en jefe del ejército chileno, ¿y la justicia?

---

<sup>6</sup> Chaparro, Rafael. “Pequeña revolución en bicicleta”. *Consigna*. 15 de julio de 1989, 45.

Finalmente, continúa Rafael, vino el juego de contar autos, el de la música de los Beatles en auxilio de la democracia, el vómito y el desconsuelo:

Ya en la noche todo parecía estar decidido: mi puntería se había agotado definitivamente y mi querido viejo Allende ya estaba muerto sepultado por eternas cenizas de brutalidad. Me fui a dormir. Pesadillas. El 12 de septiembre sentí que la niebla me cubría los ojos. En el colegio me convidaron a jugar canicas. No me acordaba del día anterior. Llegué a donde un chino que tenía un morro de tres potas chinas. Nadie había podido atinar. Me cuadré en la línea de tiro, apunté y vi como la vil canica se estrellaba contra el trío multicolor. Gané. En ese momento me acordé de mi falta de puntería el día anterior. Me pareció ver el rostro de mi querido viejo Allende reflejado en una de las canicas. Lloré. Lancé las bolitas a la mierda. También quise irme para allá (42).

De los primeros trabajos en *Consigna* el resto es pura música. Para los que conocieron al autor, la música fue el motor de Chaparro, el rock and roll fue su carta de navegación y el mar mismo, su vida estuvo signada por el género y así lo afirmó Rafael en *Gasolina en el corazón*:

Desde que tengo diez años me siento enfermo. Ahora puedo recurrir a los servicios del doctor Rock y de la enfermera jefe, pero en ese tiempo la enfermedad de vivir solamente la curaba Mick Jagger. Creo que a los diez años me atacó un extraño virus llamado “gripa Stone”, cuyos principales síntomas eran severas convulsiones, sudoración constante, tos persistente, pulso alterado al escuchar *Satisfaction*. De esa gripa extraña nunca me he curado y creo que no quiero curarme. De todos modos de vez en cuando acudo a los venenos del doctor Rock y de la enfermera jefe para soportar la insoportable levedad del ser, esa insoportable levedad de levantarse todas las mañanas con las tripas pegadas al corazón, esa insoportable levedad de tener pesadillas en el núcleo negro del asfalto, esa insoportable levedad de explotar en la mitad de la ola amarilla del calor, esa insoportable levedad de morir cada día en la confusión azarosa de los días (Chaparro Madieto 2013, 14)<sup>7</sup>.

Cierro este apartado dedicado al trabajo inicial de Chaparro en *Consigna*, rescatando un fragmento de *Señor Presidente: Let it be...*, con el cual reafirmo la idea que Chaparro no tenía pelos en la lengua y tampoco consideraciones a la hora de escoger sus blancos. En aquella oportunidad, criticaba al presidente Virgilio Barco Vargas por su trato al proceso de paz con la guerrilla del M19, donde el movimiento subversivo era el que estaba quedando bien parado, y en general, por el ridículo que estaba haciendo el mandatario al sostener las riendas del país.

El Señor Presidente debe dejar a un lado su prepotencia, que definitivamente no le queda nada bien, y sentarse a reflexionar y a formularse la pregunta más sensata, brillante, inteligente y profunda que haya producido político colombiano alguno en todos los

---

<sup>7</sup> El escrito completo puede hallarse en los anexos.

tiempos. El Señor Presidente debe alejarse por un instante del mundanal ruido y de sus asesores y hacerse esta pregunta: ¿Y el poder para qué?<sup>8</sup>

En la revista *Consigna*, en 1989, Rafael comenzó a confeccionar un estilo decididamente alternativo de hacer periodismo. Su pluma, sin distinguir temáticas, dibujó personajes extraordinarios que lindaban con la ficción. Retrató escenarios cotidianos cubiertos de un velo fantástico pero terrible, de allí que una de las características que más resaltara en su trabajo fuera la crítica social. Escritas en un ambiente apocalíptico, e incendiadas con un lenguaje narcótico, transgresor y vertiginoso, las crónicas periodísticas de Rafael Chaparro eran otra cosa. Su tema recurrente: la ciudad que lo vio nacer y morir: “Bogotá con el Dr. Rock a bordo. Para curar la fiebre producida por el *smog*. Bogotá. Bogotá, Bogotá. Una palabra chibcha que suena a bus urbano *Blue Bird* con escape de monóxido de carbono, una palabra que es muchas palabras, muchas sensaciones, muchas luces y bombillos rotos, huecos, chanchullos. Paranoia”<sup>9</sup>. Es en la capital colombiana donde ocurre todo, o al menos casi todo lo que compete a esta investigación. Chaparro Madiedo recorrió las calles de su tiempo y notificó lo que veía, o quizá lo que ocurría en su mente luego del registro. Sus lentes enormes le permitían ver a través de las paredes, su lengua entretenida y afilada no dejó títere con cabeza y sus publicaciones quincenales en la revista revelaron una relación de simpatía y aborrecimiento extremo entre él y su ciudad. “Es la Bogotá de los académicos, de los indicadores, de los comentarios de los artículos. La Bogotá de la censura. Censura que empieza cuando un diario, un columnista contraescapado de la izquierda y lambiéndole las puertas celestiales dice que fue un acto de ‘responsabilidad’ no haber revelado los documentos que implicaban al ministerio de gobierno” (31).

Chaparro no solo representaba un nuevo modo de hacer periodismo (cultural, tradicional o de otro tipo), sino también en los focos de atención de sus crónicas. A finales de los ochenta e inicios de los noventa la prensa hablaba únicamente de la violencia, el narcotráfico y los conflictos armados que azotaban al país, pero Chaparro, puso la lupa en lo insignificante para *los otros*, hizo de lo cotidiano algo interesante para contar:

Es la Bogotá de las minifaldas de cuero negro, del primer cigarrillo del día, de la hamburguesa o los crepes. Bogotá emparedada. Bogotá con Coca-Cola para sobrellevar

---

<sup>8</sup> Chaparro, Rafael. “Señor Presidente: Let it be...”. *Consigna*. 31 de julio de 1988, 39.

<sup>9</sup> Chaparro, Rafael. “Bogotá S. A.”. *Consigna*. 30 de junio de 1989, 31.

esa modorra que le da a uno cuando el mesero ha traído la cuenta. Bogotá con propina. Bogotá es la propina que nos dio el infierno. Mil techos se confunden con el olor a helado de chocolate de la calle 24 con séptima y la mierda que hablan los periódicos y los políticos (31).

Esto es lo referente acerca de sus publicaciones iniciales en *Consigna*<sup>10</sup>, ese es el Chaparro que se iba soltando, relajando, el explorador que se iba descubriendo, el alternativo hasta en su forma de presentar ¡Luz, más luz!, pues además de presentar imágenes estridentes para el diseño de su columna (que a veces rebasaban las márgenes), era el único, que en vez de presentarse con una foto suya, quiso ser identificado por el alter ego de sus escritos, por un retrato garabateado; un mamarracho<sup>11</sup>.

## 1.2 El diario *La Prensa*: Job indiferente – Juan feroz

Hay el que sabe y sabe que sabe: ese es un sabio, hay que seguirlo. Hay el que sabe y no sabe que sabe: ese es un dormilón, hay que despertarlo. Hay el que no sabe y sabe que no sabe: ese es un investigador, hay que guiarlo. Y hay el que no sabe y no sabe que no sabe: ese es un peligro público y hay que evitarlo. Otra variante de la misma clasificación era la siguiente: hay el hacer. Hay el saber. Hay el saber hacer. Y hay el hacer saber. El problema es que hoy en día vivimos bajo la tiranía de este último. Todo el mundo vive de hacer saber lo que no sabe, ni hace, ni sabe hacer (Buenaventura Vidal 2002, 55).

En 1988, Rafael Chaparro ingresó a las filas del diario bogotano *La Prensa*, publicación fundada en agosto de ese mismo año por Juan Carlos Pastrana, hijo de Misael Pastrana Borrero, quien fuera presidente de Colombia de 1970 a 1974, y hermano del entonces alcalde de Bogotá, que diez años más tarde también ocuparía el cargo más alto del país: Andrés Pastrana Borrero. Dichos nombres engrosaban en ese tiempo las trincheras del partido conservador y sus acciones obedecían a las líneas ideológicas de derecha. Es decir, la creación del diario fue vista en ese momento como una estrategia del expresidente para la consolidación política de los Pastrana, y ello podía notarse en la ornamentación de flores con que se adornaba la gestión del burgomaestre. Sin embargo, las secciones *Vivir* y *Cultura*, parecían ir en contravía de las obvias sendas del periódico

---

<sup>10</sup> Posteriormente retomaré otras crónicas de *Consigna* para hablar de Bogotá a fondo y del lenguaje particular de Chaparro.

<sup>11</sup> El escáner de una edición de la época también puede encontrarse en los anexos.

y eran tildadas de irreverentes. Fueron en esas secciones donde Rafael Chaparro Madiedo dejó su impronta personal, su forma alternativa de *hacer noticia*.

*La Prensa*, en sus inicios, funcionó en una casona del barrio Quinta Paredes, de Bogotá, en las faldas de Monserrate. Bajo el mandato de Pastrana, los editores Gonzalo Guillén, Fernando Garavito, Elisa Pastrana de Cucalón y el pintor Gustavo Zalamea (encargado de la diagramación), se dieron a la tarea de darle vida al proyecto y callar las voces que, en medio de una gran tensión política, presagiaban el rápido e inevitable final del periódico.

La sección cultural *Vivir* estaba a cargo de Garavito, pero luego se mudó a *Internacionales* y posteriormente fue nombrado editor general. En consecuencia, *Vivir* quedó a cargo de Ana María Escallón, quien le dio la oportunidad a Rafael Chaparro para que integrara su equipo de trabajo. La editora señala que lo escogió por pura intuición, porque parecía inteligente y porque igualmente se sentía atraída por las columnas de opinión que él escribía en *Consigna*. Si bien Chaparro Madiedo no había estudiado comunicación social ni periodismo, quizá era eso lo que lo hacía distinto a los demás periodistas: “Al poco tiempo me demostró que sin haber estudiado periodismo era más capaz que el periodista mismo, porque como todo filósofo fue educado para razonar y para observar la realidad de una manera más sensible” (González 2012, 70); aun así, Escallón también relata que a Chaparro no lo podía poner a trabajar en temas que a él no le gustaban, como economía o política, porque se disgustaba mucho. En *La Prensa*, Rafael se encargaba de todo lo que oliera a ciudad; a lo urbano, pero también, a escribir acerca de cine, literatura y rock.

Durante su estadía en el periódico, Chaparro se destacó por hacer las cosas del modo distinto al que le decían que las hiciera, o incluso, de hacer todo lo contrario a lo que le ordenaban. Si por ejemplo, a Juan Carlos Pastrana se le ocurría (y le indicaba a Ana María Escallón) que el periódico debía cubrir el conflicto judío-palestino, y que encima el enfoque debía presentarse desde el sufrimiento de los israelitas, entonces Rafael Chaparro Madiedo, en palabras de su jefa: “se iba a hablar con los palestinos y volvía con un resultado genial que yo publicaba así supiera de antemano que al otro día me iban a regañar. Pero cómo no publicar textos tan buenos” (74). Así hacía las cosas Chaparro, ese era su estilo. Ese también fue el *modus operandi* de tantos otros genios irreverentes.

Somos nosotros, los mediocres, los que nos acostumbramos a vivir en peceras y a nadar en el sentido que elijan los demás.

Chaparro era un fresco. Le importó poco que Fernando Garavito lo odiara solo por ser como era. En respuesta le disparaba comentarios ácidos y burlas inteligentes, algunas de sus crónicas fueron tecladas con *el desquite* hacia el editor como marca de agua. El origen de dicha enemistad laboral no fue muy claro; pese a ello, Manuel Hernández, el ya mencionado maestro de Madiedo en la Universidad de los Andes, y también columnista en *La Prensa*, tiene su propia versión del problema: Como Garavito tenía ciertos aires de superioridad, y como además venía de la clase media baja y había luchado mucho para ganarse su lugar, no vio con buenos ojos a los jóvenes como Rafael. Pero esto no era todo el meollo del asunto para Hernández, pues agrega que: “Se podría decir que Garavito veía en Chaparro el reflejo de una clase pequeño-burguesa de tenis que lo enervaba. Nunca se cayeron bien, pero tampoco tuvieron problemas porque a Chaparro le importaba un bledo todo eso” (59).

Chaparro era todo un personaje. Le afectó poco también que el dueño del aviso tuviera una cosa en la cabeza y él hiciera otra. Esa escena se repitió varias veces. Escallón recuerda con gracias que en una ocasión a Pastrana se le ocurrió que se escribiera algo relacionado con los supermercados y el porqué de la disposición y presentación de los productos que allí se vendían y Chaparro, a quien se le delegó la tarea, regresó con una crónica irreverente que, como siempre, estaba impregnada de fantasía:

Es un lugar obligado para que muchos hogares se mantengan como institución. Todos los productos se miran unos a otros. [...] las uvas de la ira miran con recelo a las naranjas mecánicas apostadas como esféricos senos amarillos de mujeres eléctricas venidas de Marte. [...] Entonces las Zucaritas se ponen de nuevo contentas. Saben que serán las reinas de los recreos. Claro que están unos metros más allá los Chitos que hacen cronch cronch de la rabia. Ay si esa muchacha del delantal azul no se acerca y los agarra. Sin embargo, la muchacha sigue derecho y se para de frente a los pasabocas de la nueva generación de los ejecutivos, que, juegan con baldes en la arena y cantas las canciones de Los Prisioneros: los yupis. Cronch Cronch sigue sonando en uno de los estantes (González 2009, 65).

Llevaré a cabo un breve recorrido, al igual que hice en *Consigna*, por los trabajos de Rafael Chaparro en *La Prensa*, que están plagados de lo urbano, de Bogotá obviamente, pero estos serán protagonistas adelante, hay una sección exclusiva para entender ese enredo, esa configuración misteriosa de la capital. Por lo tanto me concentraré en las

crónicas restantes para dar cuenta del estilo de Madiedo, de su evolución como escritor, del progreso del *gafufo insolente*.

Empezaré en octubre de 1989. Una de las cosas que más disfruto leyendo a Chaparro, es que tenía la capacidad de hablar de todo un poco, o de hacer referencias impensadas para convertir un tema mundano, como el fútbol, por ejemplo, en un jalón de orejas histórico social:

¿Dónde está la bolita? ¿Dónde está la bolita? Los arqueros de los equipos de fútbol ocupan el puesto más desgraciado y desagradecido del mundo. En el pasado partido de nacional por la Copa Libertadores, cuando René Higuita tapó más de cinco penas máximas ante Peñarol, se convirtió en el amo y señor de todos los miocardios colombianos. En ese momento Higuita era el presidente de Colombia. Su figura opacó a todos los políticos y héroes de la historia colombiana. Mientras que Bolívar tiene que reivindicarse a través de loa aburridos manuales de historia de bachillerato y la primaria y también por medio de las disquisiciones académicas, un jugador de fútbol atrapaba la posteridad con tan solo una jugada (González 2009, 104).

¿Quién era merecedor de entrar en los anales de la historia?, ¿quién tenía más mérito?, ¿qué pasaba y sigue pasando en la mente de un colombiano que enaltece lo burdo y superficial, y olvida pronto lo trascendente y verdaderamente importante?, ¿qué hace falta para convertirse en un héroe en el país del Sagrado Corazón?, poco al parecer, la fortuna, condena Chaparro, erigió monumentos al nivel del éxito que brotó del esfuerzo, ello se puede ver, no solo en esta columna titulada *Solo sé de cada gol: Sócrates*, sino en otras tantas donde el escritor ironiza el comportamiento histórico del chibchombiano, al momento de tomar decisiones importantes o elegir a sus dirigentes. Hablando de ellos, más adelante en el mismo escrito puede leerse, aparte de la evocación de Miguel Hernández, Rafael Alberti, Albert Camus y Jorge Luis Borges, un baldado de agua para algún político oportunista:

Pero si los escritores tienen posturas lúdicas sobre el fútbol, no pasa lo mismo con los políticos, por lo menos con los nuestros. Una tarde, un precandidato fue a un partido a un estadio de una ciudad colombiana. Cuando estaba en la mitad de una tribuna y sentía el calor de una multitud que tal vez electoralmente no era suya, se le acercó un cronista radial y le preguntó: “Doctor, doctor, ¿cuál es la pena máxima en Colombia?”. El político le respondió que el país no contempla la pena de muerte. Sin embargo, el proceloso líder quedó “chiviado” cuando el cronista le dijo que la pena máxima en Colombia era el penalty” (106).

Otros de los trabajos interesantes de Rafael Chaparro en *La Prensa*, fueron los que resultaron del curso en la *Escuela de Cine de San Antonio de los Baños*, en Cuba, pues la vaina había sido fundada y era dirigida por el escritor de escritores colombiano: Gabriel

García Márquez, y eso entusiasmó a Chaparro al punto de licenciarse del periódico un par de meses, pero no le fue bien, no le gustó la forma de ser de Gabo y tras del hecho volvió con quebrantos de salud. De aquella experiencia surgieron *Crónica Marxiana* y *La noche de los rábanos blancos*. En la primera, destaca el modo en que el socialismo se había naturalizado en la isla, en la influencia de los soviets y las maravillas culturales que allí nacen y se reproducen. Pero también, hurga en la conciencia del cubano, en su sentir patrio: “Se dice que en Cuba hay dos palabras que son míticas: son Fidel y el famoso ‘neumático’. En cuanto a la primera, nadie sabe dónde vive, todos la pronuncian y por eso vive en la garganta de cada cubano. La segunda casi nadie la pronuncia. Esa la llevan unos cuantos en el fondo del estómago nadando entre los ácidos de la melancolía” (121). Sin duda es una forma interesante de representar la condición del pájaro que vive encerrado en una jaula del tamaño de un bosque, con resguardo y alimento, con la brisa del mar golpeándole el rostro, pero enjaulado al fin y al cabo. La manera de retratar las historias de *los otros* que tenía Chaparro, sin duda también son destacables, y claro, lanzado el modo de transmitir su discernimiento de la tensión existente entre Fidel y los opositores de la causa (inevitable no recordar a *El lobo, el bosque y el hombre nuevo*, de Senel Paz). Rescato por último de esta *Crónica Marxiana*, una anécdota que recoge una poca de mala fortuna, pero también un caleidoscopio sembrado en la mente del aspirante a gusano, del desertor de la causa:

Esta el caso de un compañero que se consiguió un compañero neumático. Tras dos días de tempestades el compañero de pronto se alegró pues vio una playa en frente de sus ojos. Como pudo llegó y su cuerpo se llenó de euforia pues la playa estaba llena de rubios y rubias. El compañero salió con el compañero neumático como si fuera un trofeo. Empezó a balbucear en inglés. Pidió un Marlboro. Una rubia en bikini se lo dio. No había duda. Estaba en Miami. Sin embargo todo se le agrió cuando apareció un policía cubano paseando por la playa. Estaba en las playas de varadero a tres horas de la Habana. No había caso. Saludó al policía y lo abrazó. Pensó que Fidel le había mandado un policía a Miami Beach para que los gringos no lo fueran a devolver. Lo cierto es que el compañero estuvo encarcelado, pero todavía no se sabe si en la Habana o en Miami (121).

La segunda crónica es *La noche de los rábanos blancos*, pieza que relata la experiencia chaparrística en la escuela de cine, la interacción casi caótica entre ciudadanos del mundo que vienen a escuchar a Gabo y la idiosincrasia de la diferencia. Considero que a los ojos de Chaparro aquellas sesiones fueron una nueva edición del intento arquitectónico de la torre de Babel. Y en las noches: “Unos se van para la Habana a inyectarse ron en la mente, otros se quedan leyendo, otros vomitan sangre en los baños,

algunos hacen el amor en la piscina, todo queda a merced de las potencias del universo” (128). Y, ¿qué hacía Chaparro mientras tanto?, obviamente observar, era un fetichista, pero, ¿qué ser de letras no lo es?, si las historias están afuera, solo hay que asomar la cabeza por la ventana: “un ruido ensordecedor envuelve los cuerpos. Una de la mañana. Nuevamente a esperar que el realismo mágico llegue a bordo de su BMW o que en medio del taller alguien toque la puerta y afuera un par de marinos gringos esperen con sus fusiles mientras García Márquez dice: ‘coño, no jodan la vida, que estoy dando clase...’” (129). Nada ocurría *porque sí* alrededor de Chaparro, nada escapaba tampoco a su vista de gato miope con anteojos. Respecto a la crítica, habrá quien se sienta tocado cuando hablan mal de un referente literario universal como Gabo, por mi parte, considero que está bien desmitificar al héroe; celebrar sus aciertos cuando se den y señalar faltas o excentricidades cuando estas aparezcan, llámese García Márquez o Chaparro Madiedo.

Bart Simpson, el nombre del gestante decidido en la final del campeonato de fútbol: Brasil vs Italia, Jim Morrison alzándose entre los muertos, el beso de Sadam Husein, el banano visto como la fruta existencial por naturaleza, las instrucciones para ir a ver cine en sus salas favoritas, Mick Jagger para emular, el coctel músico-literario ¿un prozac?, Praga: cuna de las mujeres más hermosas que ha parido esta especie de bandidos, Praga: lugar donde uno se despierta por el alboroto de mil insectos amándose bajo la lluvia, Kurt Cobain, quien sin saberlo nos robó para siempre el Nirvana, la suprema bondad de las vacas, y entre otros temas que elucubró en sus crónicas <sup>12</sup>, una declaración de principios, una confesión, un respiro para quien practica el oficio: “Si usted es escritor comprenderá a la perfección estas líneas. Si no lo es trate de entender. Si su hijo o hija están en pos de serlo, no se desespere. Tarde o temprano descubrirá que un escritor si se levanta tarde, se acuesta tarde, tiene ojeras, fuma mucho, es un poco triste, pero más feliz que los demás” (200). Esta es la síntesis y el análisis de las crónicas publicadas en *La Prensa*. Todo por ahora.

---

<sup>12</sup> Para ampliar la comprensión de estos retazos, para aproximarse a las temáticas que escapan al foco de este trabajo, sugiero leer la recopilación de crónicas que hace Alejandro González en el libro *Zoológicos urbanos: Historias mutantes de Rafael Chaparro Madiedo*.

### 1.3 Repaso teológico: Colosenses o ¿Qué son las *crónicas* de Chaparro

#### Madiedo?

La crónica es el ornitorrinco de la prosa. De la novela extrae la condición subjetiva, la capacidad de narrar desde el mundo de los personajes y crear una ilusión de vida para situar al lector en el centro de los hechos; del reportaje, los datos inmodificables; del cuento, el sentido dramático en espacio corto y la sugerencia de que la realidad ocurre para contar un relato deliberado, con un final que lo justifica; de la entrevista, los diálogos; y del teatro moderno, la forma de montarlos; del teatro grecolatino, la polifonía de testigos, los parlamentos entendidos como debate, del ensayo, la posibilidad de argumentar y conectar saberes dispersos; de la autobiografía, el tono memorioso y la reelaboración en primera persona. [...] La crónica es un animal cuyo equilibrio biológico depende de no ser como los siete animales distintos que podría ser (Villoro 2017, 14).

Al leer las líneas periodísticas de Chaparro, uno empieza a entender (lo); el asunto iba por ahí. Sus crónicas eran un salpición de ficción (mucho más evidente adelante), periodismo tradicional y periodismo literario marcados por la crítica de frente y la ironía..., pero es que acaso ¿no son esos elementos característicos de las crónicas?, ¿no es por ello que es tan espinoso y arrojado situarlas? Claro está, si uno se pusiera estrictamente riguroso, fácilmente se llegaría a la conclusión que, lo que Rafael Chaparro Madiedo hizo en *Consigna* y en el diario *La Prensa* era otra cosa, empero, sería algo más interesante, algo, no solo novedoso para el lector, sino también, una experiencia estridente, psicodélica, intrigante, desaliñada, sinestésica, apresurada, abstracta... otra cosa. Mientras, y con el ánimo de conceptualizar, comparar, y, posteriormente, tratar de entender el trabajo periodístico que Chaparro realizó desde 1987 en *Consigna* hasta su muerte, con respecto a lo que otros hicieron antes, me acercaré, a través de los que saben del asunto, a eso de *la crónica*.

De la crónica periodística es sabido que se trata de una forma de redacción de no ficción que casi siempre se caracteriza por relatar hechos de manera ordenada y detallada. Se sabe también que es un género híbrido, pues no puede encasillarse únicamente dentro de la literatura o el periodismo, tiene algo de ambos. Además, como afirmó la escritora y periodista Susana Rotker, la crónica es así mismo “un producto marginado y marginal, que no puede ser tomado en serio ni por la institución literaria ni por la periodística, en ambos casos por la misma razón: el hecho de no estar definitivamente dentro de ninguna

de ellas. Los elementos que una reconoce como propios y la otra como ajenos solo han servido para que se la descarte, ignore o desprecie precisamente por lo que tiene de diferente” (Rotker 2005, 225). Considero que Chaparro estaba decididamente en el medio, pero también, que poco le interesaba dónde lo ubicaran, el lenguaje figurado y la fantasía, siempre fueron medios válidos para narrar la realidad a quienes no nos satisfacía la que nos contaron en los noticieros. Para ello estaban (y están) las crónicas de Rafael, en eso consisten, eso son: otra cosa.

Hasta aquí, pareciera que se tratara de un género sin identidad, de orígenes problemáticos y sin pergaminos de nobleza que respalden su cuna; sin embargo, la crónica hace parte de nuestra idiosincrasia, ha estado hace mucho tiempo en nuestro continente y de nosotros heredó los rasgos y la manera de entender nuestro mundo, aquel que se antojaba misterioso y novedoso ante los invasores españoles. De igual forma, la crónica es, según Caparrós, “un género bien sudaca y es –quizás por eso– un anacronismo. La crónica era el modo de contar de una época en que no había otras” (Caparrós 2006, 8). Durante varios siglos, agrega el autor argentino, el mundo se miró en las palabras, pero la palabra perdió prestigio ante otros medios audiovisuales, y se afirmó que la escritura era el modo más pobre de contar el mundo, el que ofrece menos sensación de inmediatez, de verosimilitud. Pero, en defensa de la palabra; ella no muestra: construye, evoca, reflexiona, sugiere. Esa es su ventaja. (8), de ahí su validez, su importancia para Latinoamérica.

Luego de las definiciones, encasillamientos, y de destacar el peso de la crónica en nuestra historia, vale la pena que me ocupe de la valoración de la crónica periodística en su condición contemporánea, de cómo se le ve y cómo se le asimila. Al respecto, Rotker, citando a Raymond Williams, afirma que “el estudio de las crónicas periodísticas sugiere una revisión de las divisiones establecidas entre ‘arte y no arte, literatura y paraliteratura o literatura popular culta y cultura de masas’. Las crónicas propondrían una historia literaria no concentrada en el arte como un artefacto de las élites, no aislada del resto de los fenómenos sociales” (Rotker 2005, 25), o sea que separar el *arte* o la *creación* de la *producción* no tiene sentido en la actualidad, ya que, continúa la autora, aquella exaltación de la literatura pura, y el arte destinado a los sectores de élite, van en detrimento de lo que parece inherente a las masas. La crónica, como literatura, puede ser enmarcada y así

estudiada. Igual sucedería con su comprensión desde el periodismo, aunque hay algunas diferencias estructurales leves y otras más desde su concepción misma.

El periodismo literario, cuyo estandarte es la crónica periodística, tiene marcas que lo separan del periodismo tradicional, que lo hacen único. Al contrario del periodismo habitual, el literario exige sumergirse en complejos y difíciles fondos: “La voz del escritor sale a la superficie para mostrarle a los lectores que hay un autor trabajando. La autoridad se hace manifiesta. [...] A los personajes del periodismo literario se les debe dar vida en el papel, exactamente como en las novelas, pero sus sensaciones y momentos dramáticos tienen un poder especial porque sabemos que sus historias son verdaderas” (Sims 2009, 12). La calidad del escrito depende del resultado entre la confrontación de mundos. Las fuerzas esenciales del periodismo literario, agrega Sims, residen, primero en la inmersión, y luego en la voz, la exactitud y el simbolismo (12). En cuanto al origen, el periodismo literario germina en la segunda mitad del siglo XX, en los sesentas, para ser más exactos, y se caracterizó por emplear las técnicas narrativas de la novela realista del siglo XIX. Respecto al nombre, Juan José Hoyos identifica al bautista:

Las dos palabras fueron palabras fueron elegidas por el periodista Tom Wolfe para encabezar una célebre antología de reportajes de varios periodistas que colaboraban con algunas revistas dirigidas a la élite, como *The New Yorker* y *Esquire*, o que escribían regularmente en algunos suplementos de grandes diarios metropolitanos como, *The New York Times* *The Herald Tribune*. Estos periodistas –algunos de los cuales también eran escritores de ficción- lideraron una revolución silenciosa contra las normas congeladas del llamado ‘periodismo objetivo’, basado en el estilo noticioso, que empezaba a agotarse después de dominar durante más de medio siglo las salas de redacción de los periódicos de casi todo el mundo” (Hoyos 2003, 347).

Considero este paneo apreciativo de la crónica periodística, y el rescate de las características del periodismo literario, como indispensables para comprender el trabajo de Rafael Chaparro Madiedo y ubicarlo en ellas, si se quiere. Guardando algunas distancias de forma e intención, lo que Chaparro hacía en el diario *La Prensa* y en la revista *Consigna* era periodismo literario, y también otra cosa, algo que, al igual que en el Periodismo literario entendido por Mark Kramer en *Reglas quebrantables para los periodistas literarios*: “aúna la frialdad de los hechos con sucesos personales, bajo la compañía humana del autor” (Kramer 2001, 85).

Rafael Chaparro meneó sus líneas entre el nuevo periodismo y *otra cosa*, otra cosa de definición ancha, pero que tal vez tenía que ver con su carácter como autor y persona,

con su formación académica y de vida, con su experiencia en Cuba como discípulo de Gabriel García Márquez en su *Escuela de Cine de San Antonio de los Baños*, con sus problemas para relacionarse con el entorno, para entenderlo como la gente del común, con el triste infortunio de saber que moriría joven y nada podía hacer al respecto, con él mismo como personaje. Así lo vio Ana María Escallón en la introducción que hiciera para una entrevista que le efectuara a Chaparro titulada *Soy de CocaCola, aspirina y Neón*, para el diario *El Tiempo*, luego de sorprender a todos con la noticia de su victoria en el Premio Nacional de Novela:

Rafael Chaparro es filósofo de computadora, cocaCola, blue jean y camiseta que siempre ha tenido ganas de escribir con un rápido impulso irreverente. Es, indudablemente, su manera de expresar su inquietud incómoda con el mundo en el que le tocó vivir. Rimbaud es su guía; a través de su lectura se le quebró el ritmo interno de la vida espiritual y ante esa agobiante inquietud se le dispararon todas las nostalgias de una vida sin recorrer. Siempre camina lento y encorvado, como si llevara encima el gesto irremediable de la derrota, pero por el contrario, es un hombre con suerte. Donde se sienta, se escurre. (...) Es un apático que se sorprende porque pertenece a una generación sin utopías y, además, se ríe de ellas, que es el reflejo de profundo descreimiento por lo que le rodea. Simpatiza rápido a pesar de que es un tímido múltiple. El rock es su pasión; el humor, su salida a cualquier circunstancia. Su imaginación galopante siempre tiene ideas tan descabelladas que parece que soñara despierto. Fuma siempre como parte de un continuo aburrimiento...<sup>13</sup>

Por lo anterior, entender un poco a Chaparro es entender un poco sus crónicas, el desconsuelo de sus lecturas y sus días se plasmó en su trabajo, el conocimiento de su prematura partida de este planeta se reflejó en la fatalidad con la que describió a los personajes de sus escritos, el rock marcó el ritmo de su escritura, el hastío por la vida que le tocó en suerte se convirtió en el hierro con el que decapitó a quien dio papaya. Nadie se salvó, ni siquiera Andrés Pastrana, quien disputó las elecciones presidenciales el 29 de mayo de 1994, mismo día en que Chaparro publicó en *La Prensa* la columna titulada *Voto en Blanco*; la publicación no contenía ni una sola palabra.

---

<sup>13</sup> La entrevista completa puede consultarse en los anexos de este trabajo.

## Capítulo dos

### La Bogotá de fin de siglo: Un laberinto paradójico de cristal

#### 2.1 Big Bang: Chaparro Madiedo y la muerte de la ciudad en que se hizo

Bogotá pertenece a esa estirpe de las ciudades grises, esa estirpe de las ciudades llenas de bruma y contaminación como Estambul, Lima, Saigón. Perfectamente un vendedor de cigarrillos de Saigón puede venir aquí a un semáforo y no se muere de hambre. El idioma es el mismo: la supervivencia. Bogotá, como Saigón o Estambul, es la ciudad más triste del mundo entero. Bogotá de un tiempo para acá es una ciudad perfumada por el olor de las cagarrutas grises de las palomas del parque de Lourdes y de la plaza de Bolívar. Bogotá se ha vuelto una ciudad donde la gente huele a mierda de perro policía. Una ciudad asaltada por el frío y por la lluvia. Una ciudad asustada por las balas que estallan en la oscuridad (González 2009, 190).

El presente –me decía–no existe, es un punto entre la ilusión y la añoranza (Villalonga, 1985,67).

Rafael nació en Bogotá un 24 de diciembre de 1963. Su familia se mudó al barrio Niza cuando él tenía cuatro años, es ese lugar la cuna de decenas de historias que se escribieron y otras tantas que simplemente se vivieron. La Bogotá de aquellos días no era el monstruo de fin de siglo en que se convirtió, menos Niza, que dibujaba una arquitectura totalmente diferente a la actual. Según Rafael Chaparro Beltrán, padre del escritor, “Cuando las casas de Niza se construyeron, casi todo por aquí eran potreros. El tráfico era muy sosegado y era muy común ver por todas partes los famosos ‘carromulas’” (González 2012, 34). Es la nostalgia de esa Niza la que le permitirá a Chaparro hacer una reconstrucción de la ciudad de la infancia: “Se fueron para siempre las ranas, las tardes de viento, las cometas, las botas pantaneras y los pantalones rotos. Llegaron los trancones, los cocteles de monóxido, las minifaldas, los pitos y las luces de Neón. El lugar donde hoy se levanta el ‘Bulevar Niza’ era el espacio de los safaris acuáticos de los niños de Niza” (González 2009, 34).

En *Adiós a las ranas*, Chaparro sitúa sus memorias en 1970. Describe a su barrio como un tanto conservador, habitado por abuelas malgeniadas y perros de razas distintas, pero también evoca un paisaje donde el verde predominaba y lo agreste significaba una

aventura diaria. Enmarcados en dicho escenario, aparecen relevantes influencias para *Rafaelito*; los muchachos más grandes que iban a jugar fútbol al parque:

Eran los muchachos de pelo largo, camisetas y jeans descoloridos que hacían los goles más espectaculares de esta zona de Bogotá y que tenían en el cura y en el inspector del puesto de policía de Niza a sus más acérrimos enemigos. Era una alianza de la Suma Teológica y el código de policía contra las melenas, los Beatles y los Rolling Stones. Desde empezamos a comprender que la psicodelia de los de Niza nacía en la tienda de la esquina: los ácidos de estos muchachos eran el decol y el ácido muriático para limpiar baños. Los compraban y los vertían en baldes, donde después consumían los jeans y las camisetas para volverlos como lo exigían los tiempos: color púrpura profunda (35).

Ese potrero donde jugaban los muchachos más grandes se convirtió en el fortín de Chaparro y sus parceros, se sentían blindados de policías, viejos y perros. Allí nacieron las expediciones al pantano para cazar sapos y ranas, allí también nació la leyenda de la *Rana de oro*: “Quedamos paralizados por un segundo y enseguida los dos grupos de chinos dejamos que la Rana nos diera la vuelta. Por varios instantes, la Rana de oro fue y vino. Nos sentíamos como en una especie de oración. La leyenda de los niños de Niza, decía que el día que alguien lograra atraparla, se secaría el pantano” (36-37). Lo que viene no supone una sorpresa, Chaparro lamenta la partida de las ranas, los safaris anfibios, las abuelas y los perros. Regresa el escritor de aquella elipsis para dar testimonio de la fotografía del Niza que observó entonces:

Ahora, diciembre de 1988, el pantano y el potrero y las ranas y sapos se hallan tapizados por concreto. Por allí transitan sapos con “Reebok” y sapos con minifalda. Los constructores del “Bulevar Niza” lograron hacernos ver que nuestra infancia no terminó hace tantos años, sino apenas hace una semana cuando se inauguró el centro comercial y nos dimos cuenta de que lo de la leyenda de la Rana de Oro era cierto (37).

*Adiós a las ranas* sea quizá uno de los primeros indicios de esa relación de amor-odio entre Rafael Chaparro y Bogotá. Aquella remembranza consumió una detonación devastadora para su espíritu, pero también, creadora de un registro apocalíptico que da lugar a esta sección de mi investigación y análisis. La construcción y ampliación de Bogotá (hacía abajo, hacia el infierno), trajo consigo el derrumbe de los buenos tiempos, de los escenarios que el *progreso* nos quitó:

La ciudad es una construcción milenaria que arranca en los inicios de la historia y se pierde en el presagio de un futuro que desconocemos. En el presente, seguimos inmersos en este devenir histórico y asistimos a la expansión irreversible de las ciudades del mundo y a la disolución de sus límites en un territorio continuo, cada vez más alterado y construido. Pero seguimos aún dando el nombre simbólico y central de ciudad al escenario que acoge la experiencia de habitar en comunidad (Llorente 2015, 9).

Dicha experiencia de habitar en comunidad que alude Marta Llorente es la que se extraña, dicha expansión irreversible de la ciudad, es la que Madiedo maldice. Meses después, en *Agosto sabe a Octubre*, el fenómeno se repite: “Una ciudad sin cometas es una ciudad sin dioses. Una ciudad sin dioses es una ciudad sin demonios y cuando no hay demonios no hay ciudad”<sup>14</sup>. Quizá Rafael entendió que hay historias pretéritas, que vistas desde el presente, son solo mitos, y estos mueren sofocados por capas y capas de asfalto: “La magia de coger un pedazo de papel, cuerda, las medias veladas de la mamá, se cambió por los multifamiliares de tres o cuatro etapas. De algún modo especialmente misterioso, el viento fue robado por las mezcladoras de cemento, las rejas, los celadores paranoicos y mil Sprint modelo 88” (45). No hay duda, Bogotá, para Chaparro, no era la misma, esa Bogotá, que mediante prosopopeyas se vistió de carácter propio había cambiado, crecido, o la habían cambiado por otra, ya no una inocente, ni obra de arte, sino una mole de cemento sin alma ni recuerdos:

Poco a poco los potreros que había en la mitad de Bogotá han ido desapareciendo. La capa de Ozono se ha ido reduciendo. Las cometas ya no son más que una leve sombra en el vasto viento del olvido. Este viento le ha jugado una mala pasada a las cometas. Lo cierto es que Bogotá ha dejado de ser niña. La inocencia infantil se ha ido perdiendo. Somos una ciudad adolescente que está creciendo, que come espacios desafortadamente tal como lo haría un muchacho luego de llegar de jugar fútbol. Hasta se habla de "metro". En este sentido, si es que Bogotá todavía ofrece sentidos, las cometas eran los signos de una ciudad que todavía se podía dar el lujo de competir con el sol y las estrellas. Éramos la ciudad-niña, la ciudad que se pintaba en la calle, calles con nombres de mujer o de perros lanosos, ciudad que se borraba cada tarde con el paso de la lluvia y que al otro día, en la mañana, había que pintar otra vez. Era en síntesis, una pequeña y secreta obra de arte (45).

Para Rafael Chaparro, los asuntos importantes relacionados con su ciudad natal eran otros, no los tópicos asociados con la cultura yanqui que tanto le molestaban, sino los relacionados a la esencia: “Ya nadie se interesa por asuntos sensatos, como la magia o el ocio de irse una buena tarde de agosto a ver cómo el viento frío de las tres de la tarde se lleva el tiempo mientras la cometa se regocija allá arriba con un mar transparente” (45), porque como ya se entiende; Chaparro nunca entendió a Bogotá como un lugar donde apenas se habita, o un objeto que se observa mientras otros hacen y deshacen sobre él. Para Chaparro, Bogotá era un personaje más en su historia de vida, la protagonista de sus ficciones literarias y, por supuesto, sus crónicas:

---

<sup>14</sup> Chaparro, Fernando. “Agosto sabe a octubre”. *Consigna*. 15 de agosto de 1989, 45.

¿Para dónde va Bogotá? ¿Dónde están aquellos vientos, aquella magia? ¿Por qué ya no hay cometas? Tan patológico es el asunto que a Bogotá se la está comiendo el acelerar a ritmo de bus urbano a las seis de la tarde. Aquí ya no se puede elevar una cometa con el viento. Aquí se eleva, por el contrario, con tiempo, es él quien se la traga allá arriba. O mejor dicho la tragó hace vientos... (45).

Quisiera referir una última crónica de la Bogotá infante de Chaparro, o sea de Niza, con ella, se cierra un escenario de añoranza que le dará paso a la devastación, al tan mentado principio del fin: *Niza, bye, bye*. El escrito arranca en el presente de Chaparro (1989). Celebra de una manera tétrica los treinta años del barrio, festejando el Bulevar, las avenidas, los *biyis*, y el hecho de que ningún otro sector de la ciudad haya sido afectado tanto por la deforestación: “En Niza se decía que cada árbol, cada urapán, cada pino, tenía nombre, el nombre de los niños de la cuadra. [...] cuando todavía los niños podían jugar fútbol y romper los ventanales y salir corriendo y subirse al pino más alto y observar desde allí a la dueña de casa gritando de par en par (77). La mera relectura es dinámica, nostálgica, hace que el lector pueda treparse a la copa más alta, como yo, que siempre fui un cobarde para las alturas.

Puede ser por su identificación con el relato, y, también, por la escritura vertiginosa de Chaparro Madiedo, que a veces y a propósito, mandaba al carajo los signos de puntuación, quería así que entendiéramos, que el ritmo en que debía ser leída su obra era el de *You shook me all night long*, o la que estuviera oyendo al momento de escribir, pero del lenguaje de Chaparro al escribir también me ocuparé luego, ahora, Chaparro regresó a su presente a lanzar un dictamen: “El país es grande, hay que progresar, si ese árbol estorba el desarrollo entonces que lo corten, que lo corten, al fin y al cabo no hay policía para eso. No hay celadores para eso, solamente hay ojos y bolillo para no dejar entrar esos que vienen a pie y que tienen un color de piel un poco oscuro” (78-79). La pérdida de lo vital y la conciencia empantanada, no en un pantano de fango, sino de hierro, pintura y hormigón. El rock sepultado, los partidos de fútbol sepultados, la infancia sepultada y, con ella, lo bueno que tenía el barrio:

El más bello perfil de Niza eran sus árboles y estos están diezmados por lo menos en un 50 por ciento. Ya no hay sombras para después de los partidos, ya no hay lugar para guarecerse de la lluvia. Se fue Pink Floyd, el humo denso, los Beatles, los grafitis de lamento cuando murió Lennon –uno de los primeros grafitis de Bogotá por allá en el mes de 1980–, se fueron las chispas sobre el pavimento. Quedan los perros bravos, las rejas grises, las hojas marchitas sobre las calles sin viento... Los niños ya no rompen vidrios. Se fueron de Niza las batallas campales entre cuadras. Niza ya no es aventura. Allí la

realidad se llama razón, dinero, limpieza, limpieza, dinero, razón y misa de doce por si las moscas... (79).

Como no se vive de nostalgias, ni es posible quedarse suspendido en el tiempo, el cronista vuelve: “Bogotá, una ciudad donde la gente tiene los pulmones llenos de odio y humo. Bogotá, una inmensa mosca que se despierta con los perfumes de la pestilencia. Bogotá, un camino, un encuentro, un desencuentro, un atraco, un desfalco, una depre, una alucinación, una lánguida buseta donde millones de almas se debaten con los ojos teñidos de sangre en medio del ruidoso concierto espiritual de los gases” (95). Se cierra el telón de Niza, de la Bogotá añorada. Ahora, se abren las fauces de la bestia apocalíptica.

## 2.2 Bogotá: Laberinto rizomático para erigir la torre de Babel

Bogotá también es una ciudad infernal. Para nada es el mejor vivero del mundo. Cuando digo que es un infierno no digo que sea malo vivir aquí. Todo lo contrario, Bogotá ofrece la contradicción en su más primitiva esencia. Al mismo tiempo que se realiza un Festival de Teatro, también se realiza una masacre de indigentes (González 2009, 190).

Una neblina extraña brota de entre las alcantarillas. Chaparro, el hombre, abre los ojos y escribe lo que ve: “La gran bóveda de Smog cubre el centro bogotano. Bajo su manto se levanta un carnaval de ruido donde se mezclan distintos ritmos urbanos de diferente longitud de onda: los gamines con sus cerebros pegados a la alucinación, los transeúntes con sus ojos de agua angustiada, las busetas y buses con sus himnos de estruendo y gas carbónico” (21). Chaparro, es uno de esos caminantes, uno de esos pasajeros, “en fin, como si en la ciudad, a un mismo tiempo, varias orquestas ejecutaran músicas distintas dirigidas por voces que se esconden detrás de cada poste” (21). Rafael Chaparro Madiedo anuncia, con una capa roja e imitando a Erik, el fantasma: ¡Hey, bienvenidos al laberinto!

“Instamatic. Smog en instamatic con el diafragma fragmentado, desparramado sobre esa luz gris que se concentra alrededor de las personas que se paran junto a un semáforo, paranoia en instamatic, a esperar que el suave concierto espiritual de los exostos transcurra frente a sus ojos. El General en su laberinto. Laberinto general” (69). Así escribió Chaparro en *Apenas suramericana*, pero, ¿laberinto?, ¿por qué un laberinto?, ¿cómo entenderlo?, ¿cómo recorrerlo?, ¿hay una salida? Algunas de estas preguntas

pueden resolverse, al menos en términos generales. Lauro Zavala dice que “La idea de laberinto puede ser empleada como analogía de un recorrido en busca de sentido y, por lo tanto, como una metáfora de la misma actividad humana” (Zavala 2014, 25), en ese sentido, el soporte teórico es imprescindible.

Laberinto general. Eso es Bogotá. Un gran libro abierto que se abre todas las mañanas. Tedio en instamatic. Un libro con varios prólogos de varios autores. También un preprólogo o prefacio para burócratas. Escritorio en instamatic. Variaciones cromáticas de cada página del libro de la ciudad cuyas comas son los pitos, el punto y coma, un punto, punto aparte, un puente quebrado, quiebra en instamatic, y entonces esa luz gris de los personajes grises de ojos grises, gris sobre gris, se dispara sobre los cielos de esta ciudad y paga menos de treinta pesos y se monta en el bus de los vientos. Por eso los árboles de Bogotá son tristes. Por eso, no se extrañen que a la gente de Bogotá le guste leer. Por eso se venden libros en la calle. John Lennon junto a Julio Flórez. Freud analizando el medio ambiente, los ojos de los árboles tristes, esos ojos que ven para adentro (González 2009, 69).

Los árboles, en el bosque ajeno, pueden ser asociados al extravío; serían tantos, serían tan similares los unos a otros, pero en Bogotá no es así, son casi un milagro escaso si se compara con la ciudad apacible de la niñez de Chaparro, por ello están tristes, por eso se ven para adentro. Los árboles en Bogotá, fueron también puntos de referencia, ahora hacen parte del laberinto. “Cualquier búsqueda, cualquier secuencia, cualquier tránsito por el tiempo y el espacio puede ser concebido como laberíntico en la medida en que presenta obstáculos, genera digresiones y posibilita la iteración involuntaria de quien efectúa el recorrido” (Zavala 2014, 25). Desde esa postura, cualquier ciudad es un laberinto. Habrá que analizar qué tipo de diseño tiene la ciudad laberíntica de Madieto en sus crónicas. Más, quisiera que el investigador mexicano ahondara en el concepto y así de paso pueda explicar el por qué escogí esta categoría para entender lo urbano-bogotano en Chaparro:

El laberinto, en cambio, propicia las digresiones, multiplica las incertidumbres. Es un monumento a la duda en el trayecto, a la súbita potestad de lo inasible. Es la forma por excelencia de la formulación de hipótesis. El laberinto humaniza lo absoluto, lo complejiza, lo vuelve contingente y escurridizo, lo relativiza. ¿Qué otra imagen física puede ser empleada para aludir parabólicamente un nuestros devaneos, a nuestra propia indecisión, una nuestra inconformidad con la realidad y sus limitaciones? (26).

Si se revisa a Bogotá desde el trazado de sus calles, cualquier arquitecto estaría de acuerdo con el señalamiento anterior, si me fijara en eso tendría que rendirme ante un juego imposible, un sin salida. Igual sucedería si solo observara la interacción entre vecinos en el trabajo de Rafael, en cambio (y como afirmé antes), prefiero pensar la ciudad igual que lo hiciera Chaparro, entenderla como un personaje más de sus escritos, un ser

viviente que tiene la capacidad de decidir por sí mismo, y con ello, de afectar a sus habitantes. “Y aunque el ritmo propio de la modernidad urbana está condicionado en gran medida por el trazo de las calles, aún hay quienes viven el espacio urbano como un espacio laberíntico” (26), esto lo explica Zavala anteriormente ejemplificando al habitante que planea un encuentro en medio de la maraña, pero al mediar el azar, este sería fortuito.

Por ello, en una urbe como Bogotá, hay quienes todavía viven en un laberinto: “Los habitantes de las grandes ciudades son capaces de perderse gozosamente para encontrarse con los demás, construyendo su propio ritmo y sometiendo la lógica lineal a sus impulsos de convivencia y espontaneidad, para así afirmar su pertenencia a una tribu determinada” (26). Lo anterior puede verificarse donde sea, pero quiero recordar que a la Bogotá de Chaparro, le corre sangre negra por las venas y no le tiembla la mano, cualquiera de sus extensiones puede afectarnos, como los semáforos:

Los semáforos no son objetos tan inocentes como a primera vista puede parecer. En realidad son pequeños soles electrónicos que nacen tras el concierto de los pitos y tienen su crepúsculo en el horizonte del smog. No en vano el reloj mecánico de los autos, busetas y motos, se mide con el ciclo luminoso de los semáforos. Allí los carros y las personas que van en ellos solo tienen una faceta: el afán. En verdad, es el punto de cruce entre la paranoia colectiva y cierta idea de orden público, pues aunque no parezca, el tránsito es la expresión motorizada del orden social (González 2009, 23).

Por lo tanto, estos semáforos capitalinos no son tan inocentes, para Rafael Chaparro, son un pretexto de dos cabezas. La primera intenta señalar con gracia un problema urbano de los más común asociado al tráfico, que se encuentra en todo lado; la segunda, explicar el comportamiento delirante del bogotano a través de la ficción, en pro de ello, Llorente expone que “La literatura representa una fuente privilegiada para la reconstrucción de la ciudad histórica, en la medida en que recoge experiencia y realidad; pero también como expresión del deseo, en forma de utopía y de ficción, como figuras límite que enmarcan y orientan la naturaleza de nuestros proyectos” (2015, 12). ¿Hubo otro propósito en la escritura de *El semáforo, un estado de ánimo*? Sí, ese fue el explicar las costumbres urbanas que de uno u otro modo estuvieron asociadas a la violencia del Bogotazo:

En el caso de Bogotá los soles electrónicos empezaron a iluminar los caminos del asfalto después del 9 de abril de 1948. Antes de esa fecha a la realidad se llegaba en el tranvía. El asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y la posterior ola de violencia trajeron profundos cambios en las costumbres urbanas. El afán de las balas, el olor de la pólvora en los campos enardecieron el ambiente. Para un país agobiado con la sangre que surcaba todos los cauces

de la realidad nacional, los semáforos y la llegada de la televisión representaron una especie de dictadura de la ficción: dictadura de las luces. La ciudad empezaba a entrar lentamente en los códigos de la polución visual y del estruendo sonoro. Tal vez el semáforo es el símbolo de la comunicación donde los ciudadanos, en una corta pausa, se ven los rostros (González 2009, 24).

El semáforo, en esta crónica, también es un portón del laberinto, un galimatías que se halla en otro laberinto más grande, ¿la diferencia?, este conduce a un mismo destino a quien lo recorre, es un ente de control, una banda transportadora de objetos inanimados: “También es un billar. Las miradas se dirigen de un punto a otro [...] La carambola se produce cuando las luces del semáforo indican que los caballos de acero pueden iniciar su carrera para llegar a los establos del trabajo” (25). Los pitidos de los carros también expresan deseos acorde a su intensidad y duración, el proceso comunicativo se da en varios niveles y direcciones. Los habitantes no lo notan, pero los carros sí, y todos están tristes: “Es sentir que el cielo se desmorona con cada pito, con cada golpe de vista. Es una tristeza que por corta y leve que sea, puede hacer perder la cabeza a cualquiera. Penetra los huesos. De pronto, allí en la línea del semáforo se da cuenta de que los castillos de la realidad están contruidos con ceniza y que solo basta una brizna para que todo se venga abajo” (25), he allí la ciudad de Chaparro, ahí lo efímero, ahí el reflejo de su existencia como Ser con fecha corta de caducidad. Chaparro era uno de los conductores que aguardaba en el semáforo en su Renault 4 que tanto amaba, Chaparro, era ese Renault que lucía un destornillador en vez de la palanca de direcciones, Chaparro fue, de ese modo, todos los conductores juntos, y sus coches, y veía cómo la ciudad, y la vida misma, se le venían encima.

De vuelta al laberinto, Lauro Zavala, retoma una conversación sostenida entre el investigador italiano Stefano Rosso y el escritor Umberto Eco, acerca de la cultura contemporánea donde Eco, expone su tipología personal sobre los laberintos como modelos de organización del sentido:

Según esta teoría, existen tres tipos de laberintos: circulares o micénicos, arbóreos o barrocos y paradójicos o rizomáticos. A partir de la definición de cada uno de ellos se podría proponer un marco para la discusión de las estrategias de convivencia personal y colectiva, para pensar las formas de la intimidad y su aprendizaje, y para imaginar las articulaciones entre estas últimas y las distintas formas de la cultura política que caracterizan a cada espacio urbano, con su personalidad histórica y sus ofertas culturales. Se podría, en suma, proponer un sistema de imágenes para pensar las distintas formas de vivir las ciudades, y también para imaginar otras formas, más satisfactorias y plenamente habitables (Zavala 2014, 27).

A mi parecer, los laberintos micénicos no describen a Bogotá, pues estos son circulares, como el que recorrió Teseo, ayudado por el ovillo de oro que la enamorada Ariadna le entregó para ayudarlo, estos laberintos clásicos tienen solo una entrada y solo una salida. “Recorrer este laberinto significa, entonces, ensayar una estrategia para encontrar una verdad única y permanente. En estos laberintos, como ocurre en los cuentos policíacos (la forma clásica del enigma laberíntico), la verdad no es ambigua, y la búsqueda debe concluir en el lugar donde se inició” (27). Este tipo de ciudades están reguladas por el control de la Policía, se imponen en ellas la razón y el poder vertical y admiten una sola verdad; esa no es Bogotá, menos la de Chaparro:

Una calle del barrio Germania de Bogotá. Arriba del centro, el profundo olor del lúpulo y de la cebada del antiguo barrio cervecero se ha cambiado por el perfume carbónico de los buses y carros. Tiene el aspecto de un camino lunar. [...] Antes llegaban los viejos del barrio con los nietos para que don Leovigildo los motilara. Sin embargo con el paso de los años, que no pasan en vano, los viejos nunca más se volvieron a aparecer con los niños cogidos de la mano después de la misa en la iglesia de Las Aguas. Éstos crecieron y de algún modo cambiaron su estilo de vida y su concepción del mundo. Cambiaron el rosario de las monótonas tardes de sábado por dosis de rock. De la Virgen María pasaron a los Sex Pistols. Del masato a la pola. De los paseos por el Parque Nacional con fritanga y colesterol incluidos llegaron a la ciclovía con Coca-Cola en mano, pantaloneta playera, piña y nicotina (González 2009, 31).

Los segundos laberintos, los arbóreos, se parecen un poco más a la Bogotá chaparrística: “En esta clase de laberinto siempre hay más de una solución posible, y la presencia simultánea de opciones verdaderas genera las paradojas del tiempo y del espacio urbano” (Zavala 2014, 28), o sea que, cada avenida y cada circunstancia, cada ramificación entre las relaciones de los ciudadanos, puede resultar en situaciones diferentes, que a su vez le dan lugar a nuevas verdades eventuales:

Una ciudad puede ser percibida como arbórea ahí donde las opciones de convivencia y de encuentros fortuitos pueden ser propiciadas por el mismo trazo de las calles. El espacio arbóreo es el espacio de la multiplicación regulada de opciones permanentes. A partir de esta propuesta se puede derivar también un sistema de proposiciones paralelas de la ciudad como laberinto barroco, en los siguientes términos:

- La ciudad puede ser recorrida como un texto
  - La ciudad puede ser recorrida de muchas maneras
  - La ciudad puede recibir múltiples interpretaciones
  - La ciudad tiene muchos caminos posibles
  - La ciudad es un espacio para perderse y encontrarse con los otros
  - La ciudad es un espacio donde hay conexiones subterráneas y parajes imaginarios
- (29)

Si bien este laberinto podría explicar de manera parcial a la ciudad de Bogotá descrita por Chaparro en sus crónicas, este modelo de organización, como el árbol, plantea una noción de finitud, dichas ramificaciones suponen un esquema variacional, uno con varias posibilidades, pero rígido al fin al cabo; en ese sentido, la fortuna puede juntar los senderos y sus habitantes, pero no en gran cantidad ni de manera simultánea, tampoco acepta verdades sincrónicas, así sean apócrifas.

De esta manera llegamos, de la mano de Chaparro, a un laberinto que contiene en sí mismo a otros laberintos de cualquier tipo (clásico o barroco), y este sí que tolera la simultaneidad, es decir, cada senda puede hacer parte de más de un laberinto, según la manera de andarlo y de percibir el andar. Un esquema cuya regla prima es que las reglas de la razón no pueden regirlo, un laberinto que puede entenderse únicamente desde la labor de la imaginación y las bondades de la metafísica.

El laberinto rizomático se caracteriza por tener una red de relaciones infinitas, al haber más de una entrada, hay también más de una solución permisible. De hecho, cada entrada puede convertirse a la vez en una salida. Zavala explica que toda verdad es posible en estos laberintos, aunque, también toda falacia puede vestir la máscara de la veracidad, según los rasgos del entorno en el que se transite:

En estos laberintos, como ocurre con el sistema neuronal, cualquier punto se puede conectar con cualquier otro, incluso de manera simultánea con otros. Un laberinto rizomático no tiene principio ni fin, no tiene una única verdad ni una única solución. Es el espacio de la virtualidad. Todo es posible, y todo camino puede llevar a cualquier punto al que se desee llegar. Es el espacio de lo imaginario (29).

Ese es el espacio que habitó Chaparro, solo en dicho diseño caótico y absolutamente aleatorio cabe la ciudad de Bogotá. La Atenas suramericana de la que a final del siglo XX no quedaba ni el rastro. La ciudad era, como tituló la anteriormente citada crónica de Rafael: *Apenas suramericana*. Pero también se trató de una ciudad maravillosa, que para Chaparro, solo pudo ser comprendida desde la fantasía:

Llueve y hace sol en la carrera séptima de Bogotá. Caen espesas gotas de cristal gris. Mil nubes de vapor suben pegadas a los rostros. Las palabras de la gente parecen pequeños aviones que tienen el horizonte perdido en los cúmulos del monóxido: son aviones con el piloto automático pegado a ese altímetro que dice '2.700 metros de paranoia sobre el nivel del mar.' [...] Todo esto hace parte del proceso de fotosíntesis del *smog*: llueve, se mojan los pitos de los carros, Batman solo sale cada quince días al mercado. [...] la ciudad hace sentir su propio grito mojado (González 2009, 38).

En lo que resta de este apartado procuraré continuar defendiendo mi hipótesis laberíntica, sobre todo, desde las evidencias que hallé en las crónicas de Chaparro. Mientras, quisiera consumir el apartado teórico fundado en *Semiótica preliminar: Ensayos y conjeturas* de Lauro Zavala, con un último aporte del autor a la comprensión de mi investigación y el análisis del complejo sistema que contiene a la ciudad de Bogotá:

El sistema de proposiciones que se deriva de esta cuestión inicial sobre la ciudad como laberinto rizomático podría formularse en los siguientes términos:

- La ciudad es muchas ciudades en una
- La ciudad es un espacio babélico
- La ciudad es un ámbito conjetural
- La ciudad es un proyecto interminable (2014, 30)

La Bogotá de Chaparro contiene *micro Bogotá*s bien distintas entre sí, no solo se habla el español, el inglés y el ñero, también se habla el idioma del smog, de la lluvia ácida, de las bocinas tristes, de los árboles tristes, de los gatos tristes y alcohólicos, de la Carrera Séptima que no podría comunicarse con la Avenida Caracas, ni con la Quince o la 127 con Suba. Bogotá, la ciudad de los mitos y acertijos. Bogotá, el monstruo de las mil y una cabezas. Metrópoli que exhalará su último suspiro incluso antes de que acabe de expandirse a lo largo, porque a lo ancho los cerros la amedrentan. Bogotá, plan caótico y lóbrego que no cabría ni en la mente de Dédalo:

La carrera Octava, más allá de la Séptima y más acá de la Décima. Parece un gran corredor donde algún niño con instintos infernales dispuso las paredes, las personas y las basuras como fichas que cada día desordena a la manera de un parque caprichoso donde no hay ni cielo ni tierra ni infierno. Es como si por las mañanas el niño invisible se sentara al principio de la carrera y por la tarde se muriera de risa al ver a los habitantes de la carrera Octava trastocados por el viento que sopla como si fuera expulsado por un exosto gigantesco. De pronto en el comienzo todo era oscuridad. Un silencio poblado de tinieblas se vio cortado por el brillo de los cascos y los pitos de las narcotoyotas de los escoltas del ministro de Gobierno. De pronto uno se da cuenta de que esa es la octava maravilla del mundo: la carrera Octava del centro de Bogotá. Esta parte de la carrera es, en verdad, una carrera contra la muerte (González 2009, 44).

Chaparro no es un diagramador ni un arquitecto. El personaje que ha inventado Chaparro de sí mismo es un descifrador, su capacidad de observación es notable, sus gafas fueron elaboradas por una raza superior de miopes alienígenas. Por tanto, Chaparro, ese personaje tras de las teclas, escribe los colores, aromas, sabores y sonidos que ven sus ojos. No se sabe si conoce el modo de salvar el laberinto (ya que no es un intelectual urbanista ni un genio arquitectónico), pero sí sabe moverse dentro de él, conoce los puntos

de choque de los encuentros esporádicos, sabe dónde se hallan las puertas mágicas o, al menos, conoce las historias que hablan de ellas; confeccionó sus propias llaves y teme usarlas, no vaya a ser y libere el resto de miseria escondida en los subterfugios:

Es como si en medio de un millón de tornillos apretujados hubiera un destello de algún mago. Sombreros, papeles arrinconados en los filos de los andenes, gamines, olor a ostras trasnochadas, cigarrillos, Frunas, ojos en ruinas, aire en ruinas, ruinas en ruinas, paredes con grafitis gastados por el agua y la indiferencia. “Jaimito Pardo vive...”, “La huelga es general”, Coco-settes, chocolates, personas en ruinas. En la carrera Octava todo está marcado por un letargo duro. El gran exosto duro exhala su aroma duro sobre la carrera. Carrera contra la muerte, contra la carestía, contra todo, contra El Todo (47).

Bogotá, Chaparro entiende que las puertas que la gente busca cruzar los conducen más abajo, los hace más violentos, más tóxicos. Las puertas que dan al paraíso son escasas y cuestan, es mucha plata para contar, muy alto el costo en sangre, mucho lo que hay que decir y el silencio capitalino puede ser estridente:

Golpe a golpe, codazo a codazo, ventana a ventana, peso a peso, la gente se dirige a sus casas, no hay nada qué hacer, la infidelidad se ha apoderado de la noche bogotana. Es muy difícil decir palabras bajo un poste, tal vez faltan las sombras de los árboles para decir palabras al oído con sabor a hierba. Bogotá, diez minutos después de las ocho de la noche. [...] toca cambiar las tácticas violentas: una mañana los habitantes de Bogotá amanecieron con azúcar en los labios. Solamente se dieron cuenta aquellos que se besaron. [...] Bogotá es un corredor perdido de un largo túnel donde lo único que falta para racionalizar la violencia es que se proponga la elección popular de escoltas y de sicarios (93-94).

Para Rafael Chaparro Madiedo, los bogotanos no sabíamos que estábamos extraviados en un complejo sistema de redes invisibles, que tal percepción del libre albedrío al caminar nunca fue algo más que una ilusión, un espejismo en el que creímos, Bogotá única; si vas al bar puedes pedir *Un submarino amarillo con mariposas*, por favor, y el *barman* te entiende, y hasta te lo sirve gratis:

Bogotá es una ciudad de buses. El bus. El pito. El bus es ese gusano ruidoso, ese acuario donde día a día miles de rostros se sumergen en sus aguas para atravesar la espuma ácida de la ciudad y los vapores venenosos de una ciudad que quema el aliento, la mirada, los cuerpos. Tal vez en ninguna otra ciudad del mundo entero existan buses con consultorios médicos, psicológicos y parapsicológicos. Esta es la única ciudad con buses, con brujos y médicos a bordo. [...] y entonces por primera vez en sus vidas ya no volverán a tomar un bus amarillo, sino que saldrán a la calle y tomarán un submarino amarillo para atravesar ese océano negro de la ciudad infestado de pequeños naufragos que no saben dónde quedan las mañanas, pequeños naufragos ebrios de *smog*, vueltos mierda, que tienen las miradas pobladas de soledades amarillas (171-172).

Bogotá, la de mil novecientos noventa y tantos, le dijo adiós al laberinto, lo que no significa que alguien haya podido salir de él. Bogotá, que a falta de unas gafas como las

de Chaparro, quedó encerrada para siempre. Nadie sabe si enterraron a Madiedo con esos lentes prodigiosos o si los deshizo la lluvia ácida. La Bogotá de Rafael Chaparro Madiedo es un laberinto paradójico, un puzle complicado con muros de cristal. Una construcción multidimensional de sendas que se bifurcan incesantemente. *Bogotá es un acuario de peces tristes:*

Cuando llueve, Bogotá se convierte en la ciudad más triste del mundo. La escena se repite una y otra vez. De pronto estás en la calle y miras hacia el cielo y ves allí en las nubes un grupo de aves que se escabulle. Entonces empieza a llover y a tu nariz llega el olor pesado de la lluvia bogotana. [...] Probablemente cuando llueve Bogotá entra en otra dimensión. Bogotá se torna una ciudad más irreal, tal vez un poco más fantástica y en las calles se presiente el murmullo de diez millones de dragones tristes que recorren las calles húmedas y se introducen en el camino incierto de la niebla. [...] Son las cinco de la tarde. Los buses parecen acuarios llenos de peces tristes que se zambullen en el agua sucia de la gasolina. Bogotá lluviosa. Bogotá es una ciudad de cucarachas. Una ciudad de culos y tetas tristes. Una ciudad con una lluvia que huele a cebolla blanca. No hay caso, son las cinco de la tarde y Bogotá es una postal triste y gris donde la gente trata de sonreír, una postal gris untada con la triste cagarruta de las palomas que vuelan sobre la plaza de Lourdes (186-187).



## Capítulo tres

### El Apocalipsis según San Rafael: El lenguaje alucinante de Chaparro Madiedo

#### 3.1 La Necrópolis: Teorías sobre la ciudad y el Apocalipsis

Por la ciudad en ruinas todo invita al olvido...  
los viejos portales, la gran plaza desierta  
y el templo abandonado... La ciudad se ha dormido (Valdelomar 2016, 8).

Porque, en verdad, el único medio seguro de dominar una ciudad acostumbrada a vivir libre es destruirla (Machiavelli 1999, 24).

Antes de destacar la forma en que Rafael Chaparro, producto de la experiencia de siempre andar las calles bogotanas, y afectado por su condición física, dictaminó la inminencia del Armagedón en la capital del país, me acercaré a la indagación universal de la ciudad en llamas, a la urbe enferma, a la concepción de ciudad y de la ciudad de la muerte; la Necrópolis.

Comenzaré este apartado con una estadística importante que concierne a la ciudad: “por primera vez en la historia, viven más seres humanos en las ciudades que en los pueblos. Nos hemos convertido en una especie urbana. En 1910, el 10 por ciento vivíamos en ciudades; en 2010, el 53 por ciento y, para 2050, cuando seamos nueve mil millones de personas en el planeta, el 75 por ciento habitaremos en las ciudades” (Mehta 2017, 17). Las urbes, entonces, cada vez son más densas, hay menos espacio de maniobra, menos verde, más cemento, más intolerancia al accionar del otro, más smog, menos esperanza. Así era y sigue siendo la Bogotá de Chaparro Madiedo, un coctel mortuorio inevitable.

Pero, “¿qué es la ciudad sino su propia gente?”, escribió el Bardo a inicios del siglo XVII. Considero que la aproximación a dicho cuestionamiento revelará detalles del origen y el carácter de la ciudad, pero también de su desmoronamiento. “Las ciudades son un «Jódete» escupido a la cara de la naturaleza. Construimos cosas para empequeñecernos. Le decimos a Dios: nosotros también podemos erigir montañas, pero

con ascensores. Por eso la ciudad se asocia con tanta frecuencia con el pecado” (20). Y ¿qué remedia al pecado mejor que el fuego abrasador?, desde ese punto de vista, parece lógico el final estrepitoso de la ciudad, no obstante, atañe en este momento su origen, antes que abordar su necrología.

Urbanistas, historiadores y otros investigadores del nacimiento de las ciudades no se ponen de acuerdo en las razones para la construcción de las mismas, algunos indican que la causa está en la necesidad de asociación entre las gentes, otros, se basan en la urgencia de la protección de los recursos naturales (y otros bienes), la ganadería y la agricultura, del mismo modo, son razones usuales, incluso, hay para quienes estos primeros asentamientos están ligados a la guerra, respecto a ello, el escritor Juanma Agulles, plantea en su libro *La destrucción de la ciudad*, una teoría circular de las primeras construcciones, donde la ruina de la ciudad, da lugar al inicio y el auge de la construcción siguiente, dibujando un nuevo círculo:

Si la guerra pudiese explicar el origen de las ciudades aún habría que entender por qué, a menudo, se destruyeron con una saña más allá de la victoria militar —“sembrando con sal sus campos”—, intentando borrar todo recuerdo de su existencia para inmediatamente después reconstruirlas, fortificarlas y adornarlas, ofreciéndolas así a la siguiente destrucción. Destrucción que sería obra, principalmente, de habitantes de otras ciudades. Probablemente la guerra como institución permanente fue un producto de la civilización y no la causa de las formas estables de los asentamientos humanos (2017, 14).

Más allá de las verdaderas motivaciones para la construcción de las ciudades, no cabe duda de que se trata de un evento absolutamente trascendental para el accionar humano en el tiempo, para su forma de comprender y relacionarse con el mundo y sus habitantes: “la ciudad es una buena idea, cuyo peor defecto es haberse convertido en realidad. Su carácter paradójico y contradictorio es tan antiguo como los primeros intentos de realizarla. Es quizá la producción humana más elaborada (si dejamos a un lado el lenguaje) por su capacidad para reproducir la realidad social y modificar nuestras formas de vida durante miles de años” (13). En consecuencia, es posible que, esta personalidad rarefacta que le atribuye Agulles a la ciudad, sea uno de los ingredientes del derrumbamiento de la misma.

Dado que, las características originarias de la ciudad, escritas por Juanma Agulles, se siguieron renovando como un patrón, se puede dar un salto en el tiempo para analizar la ciudad en nuestra era y conectarla con Bogotá, ciudad que, para Chaparro Madiedo,

siempre estuvo signada bajo la marca de la violencia, bajo el acecho de la guerra, bajo el yugo de la injusticia, y, siempre, en una pelea constante entre dos fuerzas opuestas que bien podrían representarse en la encarnación del bien y el mal, pero con sus matices, dicha perspectiva, parece coincidir con la mirada del autor invitado a la mesa:

En los inicios de nuestra era moderna la ciudad se convirtió en escenario de una antigua y cruenta guerra entre la opresión y la libertad. Los hitos de sus batallas, de sus victorias y derrotas, están asociados históricamente a los nombres de unas cuantas ciudades. Partidarios de un bando y de otro las condenaron y ensalzaron, a menudo con argumentos similares. Para unos la ciudad era un foco de miseria y degradación donde aparecían indeseables que aprovechaban la desmoralización y el hambre para promover la sedición y el amotinamiento. Para otros la ciudad era la cloaca donde iban a parar los desechos de la alienación y la explotación, y el caldo de cultivo donde se forjarían los futuros rebeldes hasta que la ciudad entera se levantase en armas al grito de “pan o plomo” (14).

Es claro entonces que en situaciones como las que describe Agulles, la ciudad está expuesta, está servida en bandeja de plata para el dios de la destrucción. Bogotá da cuenta de ello, lo ha vivido en carne propia más de una vez, pero nunca de manera tan cruenta y dolorosa como acaeció, el anteriormente mencionado hecho del 09 de abril de 1948, cuando el caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, fue asesinado. Este magnicidio arrojó aproximadamente tres mil muertos, 142 edificaciones derribadas y muchas más presas de las llamas. Ese día los bogotanos fueron testigos de los saqueos, la sevicia y la locura colectiva que generó una violencia en el país que duró diez años. La ciudad de aquel momento, la *Atenas Suramericana*, fue destruida, incinerada, y de sus cenizas nació otra, otra distinta.

Durante mucho tiempo la gente anduvo despierta, a la expectativa, desconfiada, pesimista, en movimiento continuo, pero luego sobrevino una densa calma que no trajo consigo la alegría, pues “los periodos de paz social y comodidad, [...] deparan a muchos la experiencia desesperante de una profunda soledad, más sentida por estar rodeada de una multitud que tampoco encuentra compañía” (14). En un periodo así, de relativa soledad, creció Rafael Chaparro, pero luego regresó la violencia, esta vez ejercida por los carteles, el narcotráfico, y otros males que hicieron sonar sus amenazas, sus bombas, firmaron con sangre inocente el reinicio del Armagedón. “La ciudad parece condenada, por eso, a ser siempre escenario de las victorias memorables de la condición humana y, a la vez, ruina permanente que atestigua el fracaso de nuestros esfuerzos por librarnos de la opresión. Un

punto de llegada del que siempre queremos partir. O como alguien dijo: ‘El Universo, menos la inocencia’” (15).

Por otro lado, en el libro *El lenguaje de las ciudades* de Deyan Sudjic, el autor define la ciudad, de manera muy general, diciendo que es una palabra que puede describir cualquier cosa, pero, que hay que saber acerca de las personas que viven en ella, de quiénes la construyeron, de qué forma y para qué la hicieron, y, principalmente la describe así: “La ciudad es la creación más compleja de la humanidad. Se puede comprender como un organismo vivo. Por su naturaleza, los organismos vivos pueden morir, si se les trata mal [...]. Al mismo tiempo, una ciudad que está llena de vida es capaz de adaptarse interminablemente, florecer en distintas circunstancias y con habitantes distintos” (Sudjic 2017, 249). Aunque pareciera que las lecturas de Juanma Agulles y de Deyan Sudjic se trataran de dos posturas contrarias, realmente dan cuenta de un evento cíclico de la ciudad, que, sin importar la visión pesimista o esperanzadora de los autores, dan cuenta de un sentido de pertenencia evidentes y de la explicación, en especial, del desmoronamiento de la ciudad, lugar de interés de estas sendas laberínticas.

Impuesto el escenario de la violencia, la guerra, la destrucción, el hambre, el desamparo, la falsa calma, el aburrimiento, la depresión y la soledad, *nace* una ciudad distinta, la ciudad de los muertos, la Necrópolis. Allí la realidad se desvanece, los monumentos y las bibliotecas no son templo de la memoria colectiva, pronto otra verdad será impuesta, otra historia será la contada. Hace muchos años le escuché decir a alguien (creo que fue al decano del pregrado o a algún profesor) que la historia es una puta que se vende al mejor postor, y así es. La ciudad entonces se muere y se llena de muertos, de olvido “la cultura histórica únicamente podrá sobrevivir en las provincias y en los pueblos remotos, que comparten el colapso, pero que no son arrastrados completamente o sumergidos bajo los escombros de la megalópolis” (Homobono 2008, 231). El smog altera los sentidos, convierte a los ciudadanos en groguis, a los animales de compañía en carceleros, a la lluvia, los árboles y los semáforos en una prosopopeya del desconsuelo, “las formas vivientes de la antigua ciudad se convierten en una tumba: la arena cubre las ruinas; así sucedió con Babilonia, Nínive y Roma. En pocas palabras, necrópolis es la ciudad de los muertos: la carne se convierte en cenizas y la vida en una columna de sal sin sentido.” (232).

El caso de Nínive quizá sea el más dramático y lamentable, debido a que aquella Necrópolis, capital del reino de Asiria, majestuosa, imponente, y, según la Biblia, edificada por el rey Nimrod (bisnieto de Noé), fue saqueada, reducida a escombros, borrada de la historia, incluso su nombre fue olvidado; según los relatos del historiador griego Heródoto, o las crónicas de Jenofonte, en su obra *Anábasis*<sup>15</sup>. El olvido, la verdadera muerte, la más terrible. Hay ciudades más famosas por su caída que por su auge, como Sodoma y Gomorra, de ellas hay un gran apartado en las *Sagradas Escrituras*, de ellas quedaron al menos las historias que todo mundo conoce y una célebre estatua de sal.

La Biblia es otro contenedor inmenso de ciudades necrológicas, de imperios que se erigieron hacia el cielo en búsqueda de la divinidad y la sabiduría, pero Dios es astuto y no le convienen esas aproximaciones, el Antiguo Testamento está plagado de lugares condenados al fuego del infierno por explorar placeres exclusivos del clero; por adorar a dioses paganos que promulgan otras verdades, pero Dios es egoísta y nunca estuvo dispuesto a compartir la devoción y obediencia de sus fieles. Frente a la insurgencia y la insolencia de perseguir el conocimiento, el castigo obvio fue su extinción “Porque has convertido la ciudad en un montón de escombros, la ciudad fortificada, en una ruina; el palacio de extranjeros ya no será ciudad, ni nunca jamás será reedificada” (Isaías 25:2), (Reina y Valera 2012, 298). Como este, en mis pesquisas por la *Palabra de Dios*, encontré muchos otros versículos que relatan la destrucción de la ciudad,<sup>16</sup> que vaticinan un ciclo funesto tan antiguo como ineludible.

A la indagación acerca de la ciudad, de la Necrópolis, como a la Bogotá de Chaparro, se le terminó el tiempo. Solo me resta ahondar en el término y descubrir, como lo haría un mago que retira el velo de la mesa, la fuente de esta *ciudad de los muertos*; se trata de Lewis Mumford, y su obra *La ciudad en la historia: Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*, allí reposa la conceptualización de la Necrópolis, y

---

<sup>15</sup> La expedición de los diez mil: (Anábasis)

<sup>16</sup> Los versículos en mención pueden hallarse en: Levítico 26:31, Ezequiel 6:6, 12:20, 19:7 y 35:4, Miqueas 5:11 y 5:14, Números 21:2-3 y 31:10, Jeremías 2:15, 4:26, 5:17y 48:8, Isaías, 6:11, 24:10, 24:12, 26:5, 32:19 y 37:26, Sofonías 3:6, 2 Reyes 19:25, Proverbios 11:11, Amós 4:11, 2 Pedro 2:6, Deuteronomio 3:6 y Jueces 8:9.

también la verdad del nacimiento y el devenir de la ciudad: “Los orígenes de la ciudad son oscuros, gran parte de su pasado está enterrado o borrado de modo tal que resulta irrecuperable y es difícil apreciar sus perspectivas en el futuro” (Mumford 2014, 5), y más adelante advierte: “Si queremos echar nuevas bases para la vida humana debemos comprender la naturaleza histórica de la ciudad y distinguir entre sus funciones originales las que han surgido de ella y las que aún pueden manifestarse” (5); en suma, quisiera dedicar unas líneas a lo que Mumford (influenciado por Geddes) denominó Necrópolis y todo lo que ella implica:

Así, la más preciosa invención colectiva de la civilización, la ciudad, a la que solo precede el lenguaje en la transmisión de cultura, se convirtió desde el principio en el receptáculo de destructoras fuerzas internas, orientadas hacia el constante exterminio. Como consecuencia de esa tan arraigada herencia, la supervivencia misma de la civilización o, para ser más exactos, de alguna parte considerable e incólume de la especie humana, está ahora en duda; y durante largo tiempo puede seguir en duda, cualesquiera sean los arreglos provisionales que se hagan. Como ya hace mucho lo destacara sir Patrick Geddes, cada civilización histórica se inicia con un núcleo urbano vivo, la polis, y termina en un cementerio común de polvo y huesos, una Necrópolis o ciudad de los muertos, colmada de ruinas quemadas por el fuego, de edificios aplastados, de talleres vacíos, de montañas de residuos inútiles, con la población masacrada o sometida a esclavitud (Mumford 2014, 41).

De muertos vivientes, de seres tristes, de Necro-reptiles y Decapitados, de Reinas de la Devastación, de seres enfermos de lupus que escriben desolados en los periódicos más desolados todavía. Así es la Necrópolis, esta es la ciudad condenada de Rafael Chaparro Madieto, quien no era un apático, quien escudriñó en cada rincón del Centro de la ciudad, e, igualmente, de las conciencias de sus vecinos para retratar la ciudad de Bogotá, así no haya sido tan conocido por lo que escribía para *Consigna* o *La Prensa* en su tiempo, así no resultara interesante a una sociedad tan goda, pero también “es posible que nos hayamos convertido en una gente tan abúllica que ya no nos importe cómo funcionan las cosas, sino únicamente la primera, rápida y externa impresión que nos dan. De ser así, poca esperanza hay para nuestras ciudades, o para cualquier otra cosa en nuestra sociedad.” (Jacobs 2011, 34).

### 3.2 Necrología bogotana: Dios se desangra secuestrado en el sur

En Bogotá se mezclan los diversos olores: en el centro se mezcla el olor de los buses diésel con el olor de la marihuana de los pequeños ladronzuelos que se suben a los buses a robar carteras. En la troncal de la Caracas se mezclan los olores de los hare krishna que se meten al TSS a vender sahumeros con los perfumes baratos de las mujeres que van a ninguna parte mirando por la ventanita sucia del bus que rueda por la Caracas como un ataúd pestilente lleno de cadáveres tristes que ganan el salario mínimo y que cada día se desgastan en el tedio de los días sucios de su existencia (González 2009, 191).

Si Rafael Chaparro resucitara hoy en cualquier punto de esta ciudad de diez millones de habitantes estaría bastante sorprendido, no podría explicarse cómo pudo esta metrópoli incoherente alcanzar el siglo XXI, sin que los bogotanos se hubiesen devorado entre sí, o sin que el smog hubiese marchitado los pulmones de estos *zoológicos urbanos*. Eso expresaron casi todas sus miradas del entorno, eso auguraban casi todos sus vaticinios, salvo uno, donde alucinaba con una Bogotá dejada de la mano de Dios definitivamente, que de algún modo sobreviviría a la guerra, a la violencia, y sobre todo, a sí misma. Por ello, he querido continuar con esta visión algo *cyber punk* de Madiedo, donde él aventura un escenario posible de la ciudad que le sobrevive al siglo XX, y, claro que se trata de una sobreviviente, pero, ¿de qué forma!

Estamos en el año 2021. Bogotá se llama Santa Carroña de Bogotá. [...] La gente camina, en silencio. Solamente se oye cómo arrastran sus zapatos de goma sintética sobre el piso de caucho. Sus rostros van cubiertos de máscaras y solo se ven esos ojos que miran hacia adelante, esos ojos que van a abordar el metro hacia otras estaciones como las de Unicentro, la de Bulevar, la de la 72. Sus manos están plastificadas. Su andar es lento. En el interior de la estación de Cedritos los policías de los CAI radioactivos requisan a los pasajeros. Los desquiciados son puestos a la derecha, los esquizoides en el centro y los pervertidos a la izquierda. Hacen tres filas y los policías los van marcando con tarjetas de plástico que les imprimen a un lado de la oreja. Por toda Santa Carroña de Bogotá se ve mucha gente que lleva colecciones enteras de tarjetas colgando de sus orejas (130).

El tratamiento y la descripción hacen referencia a una Necrópolis, se trata de un lugar post apocalíptico, donde los rolos que quedaron luego de la guerra, y su posterior invierno nuclear, deambulan sin sentido, o con un sentido enigmático. No obstante, por alguna razón, los bogotanos de 2021 no distan demasiado de los del 90, parecieran seres que siguen estando tristes, extraviados aún en el laberinto paradójico, y con retos lamentables que enfrentar, como las nuevas enfermedades, que si se analizan detenidamente, no serían tan novedosas, o, al menos, no imposibles acorde a nuestro *modus vivendi*: “de la última enfermedad que desvanece a la gente. Parece que se llama

Síndrome de Inmunoidentidad Adquirida. Se contrae al parecer por contacto visual y lo que aún es más grave por contacto verbal. Por eso nadie en Santa Carroña de Bogotá se habla, ni se mira a los ojos. Cada uno anda en su cuento” (131). Tal como se aprecia, nada muy diferente a la Bogotá chaparrística de 1990.

Santa Carroña de Bogotá huele a maluco, al atún reposado, al aroma fétido que desprenden las pandillas dueñas de lo que queda del territorio: los Necro-reptiles, liderados por el temible doctor Mengele y la banda de los Decapitados, especialista en la cacería de cabezas. Nadie quiere estar en ese sitio, nadie puede huir, porque no saben que están encerrados, que están extraviados entre muros de vidrio, la publicidad en el metro hace lo suyo: “Plan 25 a Marte... no espere a que todo esté vuelto miércoles... acuda a nosotros, ‘¿Su perro la seduce?’” (133). En las crónicas de Chaparro siempre hay una desazón, una tristeza, siempre queda la impresión de que Bogotá ha sido y seguirá siendo una bestia lúgubre, que está signada por alguna especie de maldición, que los buitres capitalinos están muy bien alimentados y ya no pueden dar abasto, que hasta Dios y sus ministros han perdido la cabeza: “En el interior de la iglesia de Lourdes el metro acaba de llegar y el sacerdote aprovecha los breves momentos para dar algunas indicaciones a los fieles de cómo enviar los cuchillos encendidos hacia el cielo. Todos miran cómo el sacerdote lanza una serie de dagas encendidas que alcanzan varias aves que volaban distraídas cerca de la gran cúpula de cristal” (135).

Solo se trata de Santa Carroña de Bogotá, si en las calles los niños consumen ácidos *sunshine*, si es navidad y afuera los tanques disparan helado radioactivo contra la multitud, si los grafitis escritos con sangre en las paredes dicen *Merry Christmas... No!!! Merry Crisis!!!*, si los perros calientes se aderezan con salsa bárbara y gas mostaza, si en definitiva no hay esperanza, si, y solo si, usted está en Bogotá versión 2.021 de Madiedo, y un nuevo holocausto está por suceder:

Es un 8 de diciembre del año 2021 en Santa Carroña de Bogotá. Son las siete y media de la noche. Es época de Navidad. Las calles están desiertas. Solamente se escucha el paso lento de los muñecos de carne que recorren ciertos lugares escarbando los desperdicios nucleares que helicópteros del Instituto Distrital de Basura y Turismo lanzan desde el aire. Abajo, en las entradas de la ciudad rueda un gran funeral, un gran ataúd subterráneo lleno de cadáveres envueltos en papel regalo. Creo que todo está dispuesto para un gran asalto nuclear (135).

La Bogotá de Chaparro, a lo largo de sus crónicas, siempre está bajo amenaza, siempre tiene una necromarca roja pintada en la frente. Desde que Niza cambió (murió) todo en adelante fueron pérdidas. Desde que Chaparro empezó a perder su propia guerra personal contra el lupus y su cara se transfiguró en la de una rana, ya no hubo mayor cosa por hacer, salvo dictar necrologías: “Bienaventurados sean las mamás, los niños, las colaciones, el té, el Mercedes blanco de la abuela, el perro marica, los policías montadores, [...] pues de ellos será el Reino de la Sangre. Bienaventurados los buses color sangre. Bogotá no puede evitar la sangre, cada ladrillo, cada mañana, cada sol, cada niño, cada silencio se halla salpicado de hemoglobina” (97). ¿La explicación? La explicación puede ser filosófica, política, económica, cultural, puede estar basada en un presentimiento, o, por ejemplo, puede ser de carácter teológico-agreste: Bogotá, la impotente, una ciudad donde Dios no ha huido, sino que lo han secuestrado (97).

Para este pesimismo, para esta desesperanza bastaría un vistazo a Bogotá, una estancia en la ciudad de tres días, para la sospecha, la indagación y la conclusión insalvable: Bogotá está condenada; a pesar de ello, para Chaparro eso no era todo. Indagando en su biografía encontré el testimonio Claudia Sánchez, su última novia, la que lo acompañó en su lecho de muerte en la Clínica Fundación Santafé. Claudia dice que Chaparro siempre se cuidó mucho de su enfermedad, asistió a todos los chequeos donde le medían la creatinina, siguió muy juicioso su tratamiento. Chaparro no quería morir, ni matar a Bogotá, pero qué se le iba a hacer: “Lunes. Lunes. Lunes. Cementerio Central. Cruces negras sobre la calle 26. Velas de cebo negro para que las almas no se apaguen con los vientos fríos de la ciudad o con la canción destartalada de los buses. Las miradas teñidas de muerte empiezan a desfilar por la boca blanca del Cementerio Central” (98). A veces pienso que, además de lo que contaban sus amigos, referente a que Rafael escribía escuchando Rock y por ello sus letras tenían el ritmo de la canción en turno, aparte de eso, imagino que Chaparro también escribía mirándose al espejo.

Volviendo a Claudia: “Rafael venía de estar muy enfermo porque meses atrás lo atropelló un carro en el cruce de la 19 con quinta. [...] le hizo una herida en la pierna derecha, la cual, por su enfermedad, no le cicatrizó y lo debilitó mucho. [...] Rafael fue de malas y estando enfermo de lo de la pierna lo cogió una crisis del lupus y pare de contar” (González 2012, 92). El conductor salió impune, ni multa pagó, pero Chaparro ya

sabía cómo era la vaina, lo dijo, a modo de augurio funesto en sus crónicas: “El cuarto día, la sangre teñía los cielos y las carreteras. Conductores fantasmas arrollaban con sus autos negros la noche de los camaleones” (González 2009, 109), o, “En la grilla de partida de los semáforos los autos parecen caballos de acero en la pista del hipódromo urbano donde se apuesta la vida y el prestigio” (23), o “Allí los carros y las personas que van en ellos solo tienen una faceta: el afán. En verdad, es el punto de cruce entre la paranoia colectiva y cierta idea de orden público, pues aunque no parezca, el tránsito es la expresión motorizada del orden social” (23), o:

El horizonte de la polución deja entrever, solo por unos segundos, un reino que se encuentra más allá de los pitos y los rascacielos. En ese reino medio confuso, la impresión momentánea es la de sentirse, de pronto, irreal. Es esa sensación que hace que los pies ya no sean de plomo sino de nubes, que hace que la vida parezca una mañana congelada en un viernes de sol a las nueve de la mañana. Arrancaron los carros. Se impulsan sobre el pavimento (27).

Chaparro tenía algo con los autos bogotanos, escribió mucho sobre ellos, los concebía como carrozas fúnebres andantes, monstruos de acero veloces y despiadados, igualmente, conocía el carácter frenético de sus conductores, y aunque no murió atropellado, su destino le jugó una broma pesada asentada en sus crónicas, la vida lo trató con igual ironía a lo que él escribía ¡qué se le va a hacer! Se entiende entonces que la muerte estaba a donde Rafael mirara, tenía la pelona misma trepada al hombro y eso lo sabía desde hace varios años atrás:

Con él los médicos siempre fueron muy alarmistas desde que le diagnosticaron lupus. Cuando eso tenía veinte años y le dijeron que le quedaban seis meses de vida. Muchos ante ese anuncio se desmoralizan por completo, pero la reacción de Rafael fue enojarse e irse a comprar muchos libros en la librería Panamericana y encerrarse a leerlos. Y cuando fue superado ese umbral que le dieron, después de cada chequeo, le decían siempre que no entendían por qué no estaba muerto (González 2012, 37).

Como se vio en *Consigna*, Chaparro escribía de todo un poco, con tintes siempre críticos y polémicos, pero diversos al fin, siempre al ataque contra su ciudad amada, contra sus coterráneos. Y es que “uno reconoce enseguida al verdadero habitante de una ciudad cuando la critica con ironía, desmiente sus encantos, evita los lugares monumentales y la condena con una pasión que nos resulta familiar: la de aquellos que aman”(Agulles 2017, 15). En oposición a algunos cronistas del final del siglo XX, que destacaron el falso aspecto bucólico de la ciudad, y el porqué había que seguir sembrando en ella, Chaparro

se preocupó por qué había debajo de las máscaras *plays* de los disque cachacos, por denunciar la hipocresía de la ciudad en ruinas:

La ciudad desencanta a quien la habita, y en eso tal vez reside su mayor atractivo. La vida cotidiana desmiente sus promesas a diario y, sin embargo, su “aire de libertad” permanece. Tiene la extraña capacidad de conservar, pese a todo, su apariencia. Y ese es un principio irrenunciable de la urbanidad: guardar las apariencias. En sus calles, sus plazas y sus mercados, se aparecía sobre todo para ser visto. Aquel era el gran teatro de la farsa humana en el que todos los papeles cobraban sentido. Así, cuando las burguesías de todo el mundo se lanzaron a construir teatros en sus grandes ciudades —teatros dentro del teatro— dieron una prueba inmejorable de su perverso refinamiento y decadencia (16).

Si bien, Rafael Chaparro Madiedo no fue un referente del buen uso del lenguaje, al menos se convirtió en un transgresor. Sus crónicas no son un ejemplo más de Periodismo Literario, fueron un aire fresco dentro del mismo, un estilo disímil que cosechó varios adeptos.

En los últimos años del autor, su registro cambió, o se acentuó en demasía. Su tristeza aumentó: “—Qué fácil es deprimirse en Bogotá! Solamente basta con abrir un poco las cortinas por la mañana y comprobar que el sol también tiene jartera de calentar esta ciudad que dejó de ser un laberinto de sombras y silencios y se convirtió en otro de luces y ruidos”<sup>17</sup>. Quizá se reconoció tanto en la ciudad que amaba que la enfermó terminalmente, y el resto es historia, el resto consiste en presentar evidencia:

Una vez se traspasa la entrada, el olor invade por completo el espacio. Ya la luz exterior es un difuso paisaje, como si el hombre sentado en el rincón percibiera el mundo de afuera desde un tren sobre rieles de tedio. Es ya, propiamente, el olor del ocio. Es un olor “sentado”: los aromas adquieren la forma de los cuerpos aplastados sobre las sillas, siguen el quiebre de las espaldas, de los codos y de las piernas. Si se pudiera hablar de una física de la cotidianidad, este espacio intermedio de las mesas, sería el espacio donde se rompe la ley de la gravedad de las cosas. Allí nada parece caer. Por el contrario, todo parece estar sostenido por una red invisible que atrapa todo el ámbito: se percibe un zumbido, como de mosca, que va de mesa en mesa. Es el tedio que va envolviendo a los habituales y que se va posando en los hombros y en los sombreros, como transmitiendo una especie de enfermedad: la enfermedad del tiempo que pasa: una convalecencia que se padece con cierto gusto (González 2009, 22).

Irrecusablemente, Chaparro estaba condenado, y condenó a la ciudad en la que vivía, le dedicó gran parte de su tiempo a predecir cómo sería la Necro capital. Si hiciera el ejercicio del profe Manuel, ese de buscar las palabras claves, elegiría las crónicas de

---

<sup>17</sup> Chaparro, Rafael. “Esta ciudad gris”. *Consigna*. 15 de mayo de 1989, 46.

Madiedo que hablan de Bogotá y sin duda surgirían vocablos como abandono, tristeza, desolación, destrucción, caos, y por supuesto: Muerte:

Era el quinto día. Dios seguía caminando hacia el sur. Los sueños de las fieras ya se habían secado por completo. En sus ojos solamente quedaban los coágulos de las miradas dirigidas hacia mares con hidrofobia. Llego el sexto día. 666. Apareció la Reina de la Devastación, detrás de las luces rotas de las autopistas de la furia. -Comed y bebed. La guerra sea entre vosotros- dijo. Luego enroscó en un árbol de una selva afectada por el efecto invernadero. En ese momento sobre un ejército de ciegos cayó una eterna lluvia de luz, las más bellas mujeres parieron bestias de ojos púrpura; en las ciudades, taxis de papel periódico empezaron a recorrer las calles, los cielos se tornaron de mermelada azul. El final se aproximaba (González 2009, 111).

Cuando se analice el lenguaje de Rafael Chaparro Madiedo, surgirán otras necrologías bogotanas, mientras, y para ir buscando la puerta de salida, quisiera referir el final de una crónica publicada en el diario *La Prensa*. Se trata de un ejemplo de la desesperanza que reflejaba su estado físico, no había tratamiento que lo curara del lupo, ni dios que lo salvara de la caja, Dios se desangraba en el sur de la ciudad:

Dios puso al hombre de basura en su palma y le dio un soplo. Por todos los rincones de la Cloaca se armaron los ejércitos alucinados con el humo en la cabeza. Los ríos se tiñeron de rojo, las siete plagas de Bogotá inundaron el mundo, el riñón de las ciudades se secó. Dios empezó a sangrar. La Reina de la Devastación hizo lo que tenía que hacer: escupió sobre su sangre (112).

### 3.3 Para escribir un obituario debes usar el lenguaje del ácido y el smog

Chaparro: el estilo de quien ha llegado al periodismo desde la literatura, a la literatura desde la filosofía y a la filosofía desde la vida misma, de manera que nada hay de convencionalismo en él. [...] Leer los textos periodísticos de Chaparro es aventarse de lleno a las entrañas de las ciudades que habitó, esa Bogotá de la lluvia en la que el escritor podía darse el lujo siempre de estar “un poco triste pero más feliz que los demás” (González 2012, 14).

Las crónicas de Rafael Chaparro Madiedo son una orgía de sensaciones y emociones. Para escribirlas, y lograr transmitir al lector lo que él sentía, tuvo que valerse de un sinfín de herramientas variopintas, entre ellas; la más contundente: su lenguaje atípico. Según Manuel Hernández, en un seminario sobre Edgar Allan Poe, Chaparro empezó a aproximarse a la literatura siniestra con un poco de rock y un poco de Borges, entre otras influencias literarias, “lo que se convierte en una mezcla típicamente heterogénea con un factor que la atraviesa, que es el amor por una ruptura literaria que

Bogotá necesitaba. Puede que Chaparro no la estuviera persiguiendo conscientemente, pero lo pudo materializar [...] Mejor dicho, él no fue un revolucionario del lenguaje, pero sí estuvo dentro de una revolución de éste” (56-57). Yo podría ser un poco más arriesgado que el profe Manuel e ir más allá, puedo afirmar que el lenguaje de Chaparro fue escuela para muchos poetas y narradores emergentes de fin de siglo, en algunos casos fue evidente, por la descarada forma de imitar el estilo y hasta los contenidos chaparrísticos, la mayoría de los resultados no fueron buenos, o fueron más de lo mismo, pero en otros tantos, el estilo al escribir del autor bogotano influyó de manera positiva las letras de varios escritores noveles.

Y es que la escritura de Rafael Chaparro está plagada de metáforas y muchos otros recursos estilísticos que combinaba perfectamente con los elementos del contexto, siempre le sobraron los modos para explicar lo que veía, una Bogotá fumigada por el desamparo que comía cereal marca *Paranoia*:

Se fueron los retenes. Bogotá ya no tiene ese característico olor de hace unos meses: el perfume de la dinamita. Poco a poco el gran útero urbano ha empezado a palpitar nuevamente y los espermatozoides de cuatro velocidades han iniciado su loca carrera que no respeta semáforos ni huecos ni nada. Nuevamente Bogotá empieza a poblarse de los habitantes de siempre: las puticas infinitivamente solas en las esquinas del centro bajo la luz enferma de los postes de la Empresa de Energía, los gamines "llevados" por el Putas, los choferes de la guerra de los mil centavos sobre sus troncos de acero ensamblados en Sogamoso, los policías con sus pitos paranoicos y sobre todo por la gente, una gente de la subespecie de los mutantes<sup>18</sup>.

Para Alejandro González Ochoa, acercarse a las crónicas chaparrísticas era “una oportunidad de conocer otra forma de hacer periodismo. Uno sin esquemas, sin lugares comunes, todavía novedoso y con una puntuación que a veces responde a un ritmo anárquico y a veces a la formalidad. Un periodismo que no se desprende de su progenitora, la literatura, y que finalmente logra retratar mejor a una sociedad que el cubrimiento diario, vertiginoso y casi despiadado de noticias” (2009, 8). Allí puede identificarse un elemento importante de la forma en que escribía Rafael Chaparro Madieto, el vértigo. El vértigo que produce la inminencia de la muerte, el vértigo de la indecisión, el vértigo de una ciudad paranoica que va a 100 km/h. El vértigo de la música, el alcohol, Bogotá y las puticas tristes, todo junto:

---

<sup>18</sup> Chaparro, Rafael. “Basura bogotana”. *Consigna*. 30 de noviembre de 1989.

*You shook me all night long.* Era la canción que el Judío Perrante ponía hacia las seis de la tarde cuando se iniciaba el desfile de las puticas tristes por la carrera Trece a la altura de la calle 61. Me haces estremecer toda la noche. ¿Entonces, mamita? Entonces nada porque Judío Perrante solo tenía para lo del hotel que queda en el centro, para el bus y para la miel. Sí, la miel. Una botella de Johnie Walker pero llena de miel. Miel para soportar la mierda de una ciudad. Para forrar la garganta con aceite dulce, para que las palabras no se gasten fácilmente. Se calcula que aproximadamente cada mil kilómetros, es decir, cada semana, Judío Perrante lubrica sus pulmones desesperados (117).

El lenguaje de Chaparro era vertiginoso, así se configuró un modo de vivir al ritmo de lo que se escribía, un modo de soportar a Bogotá en hora pico y en hora silente, un estilo acorde al basurero en el que se hallaba sumergido, y hasta una manera de rezar: “Dios urbano. El gas sea entre vosotros. Ángel de mi guarda, no me fumigues ni de día ni de noche. Padre nuestro que estás en el gas, santificado sea tu gas, vénganos tu gas, en el cielo y en la tierra, déjanos caer en el gas, dadnos tu gas de cada día, libéranos del gas. Smog” (114). El lenguaje de Chaparro es pura psicodelia, es un conjunto de imágenes poderosísimas que describen lo simple, por ejemplo, el cómo del amor: “Las palabras que salen de sus labios lo dejan en un paso nivel, donde un tren lo arrolla. Es un amor que va a 200 k.p.h. Es que allí lo único que hay es necesidad, necesidad de ser amado y de amar. Allí no importa que lo manden a los patios de la circulación, pues siempre –a cada segundo– cambian las reglas del juego. Unas veces está en el cielo, otras en el infierno” (Chaparro Madiedo 2013, 86-87), buena analogía para referirse a lo sustancial, a lo simple y sustancial, pero también a la desmitificación del sentimiento.

Para acercarse al estudio del lenguaje de Rafael Chaparro Madiedo en sus crónicas es necesario entender que dicho análisis se lleva a cabo en el campo de la subjetividad: cualquier periodista, sin importar su enfoque, desea moverse en los terrenos de lo público y lo privado, lo político, lo colectivo y lo individual, y esa tendencia, pareciera que antes solo fuera asunto de otros campos de las ciencias humanas, pero “el estilo, el trabajo de campo, la interpretación y la ética son ahora temas de reflexión para quienes se inscriben en lo que se ha llamado Nuevo Periodismo, Periodismo Literario, Literatura de hechos, Literatura de no ficción, Periodismo Personal, Paraperiodismo... y que Juan José Hoyos nombra: el arte de narrar en el periodismo” (2003, 12).

De tal modo, claramente podemos empezar a entender y posicionar el lenguaje de Madiedo, donde, si bien, no es un innovador absoluto, sí hace parte de aquellos periodistas como Tom Wolfe o García Márquez que rompieron el molde porque “El estilo narrativo,

asociado en los viejos manuales folletín o papelucho banal, resultó ser la puerta de escape para los periodistas que se sentían incómodos vistiendo el corsé diseñado por la tradición de una prensa aliada al poder y al dinero” (13). En ese sentido, el lenguaje de Rafael Chaparro, esa estridencia, esa música, esa desfachatez, hace parte de los tonos diferenciales del periodismo contemporáneo, como bien lo explica el argentino Tomás Eloy Martínez:

El periodismo encuentra su sistema actual de representación y la verdad de su lenguaje en el momento en que se impone una nueva ética. Según esa ética, el periodista no es un agente pasivo que observa la realidad y la comunica; no es una mera polea de transmisión entre las fuentes y el lector sino, ante todo, una voz a través de la cual se puede pensar la realidad, reconocer las emociones y las tensiones secretas de la realidad, entender el por qué y el para qué y el cómo de las cosas con el deslumbramiento de quien las está viendo por primera vez (1992, 2).

En Latinoamérica, ese afán de desligarse de la escritura tradicional, fue iniciado por los escritores que a la vez ejercían como periodistas, dos ejemplos de ello bien podrían ser José Martí o Manuel Gutiérrez Nájera. Este tipo de periodistas literarios precursores en América Latina, retomando a Eloy Martínez: “fundieron a la perfección la fuerza verbal del lenguaje literario con la necesidad matemática de ofrecer investigaciones acuciosas, puestas al servicio de todo lo que sus lectores querían saber” (4), si bien, nombres de tanto peso como los de Martí o Gutiérrez Nájera, no pueden incluirse en la misma bolsa que Chaparro Madiedo (u otros como él), la intención es casi idéntica, sobre todo en la escritura. A propósito del asunto, Juan José Hoyos realiza un aporte ligado a José Martí, que le calza como anillo al dedo a Rafael: “tal vez fue Martí el primero en darse cuenta de que escribir bien y emocionar al público no son cosas que riñen con la calidad del texto periodístico sino que son atributos que deben coexistir. Por eso usó todos los recursos narrativos para hacer más vivas las informaciones y llamar la atención de sus lectores” (2003, 346). Lo más posible entonces, es que periodistas-escritores como el mexicano Manuel Gutiérrez Nájera, el cubano José Martí, y hasta el Nicaragüense Rubén Darío, hayan influenciado directamente el trabajo de Madiedo, en su intención y, claro; en su estilo.

Otra de las claves para entender el lenguaje de Chaparro Madiedo la da él mismo en *Soy de Coca cola, aspirina y neón*, entrevista realizada para el diario *El Tiempo* cuando Ana María Escallón, indaga en su estilo narrativo, en las formas y condiciones en que se

produce su escritura y su proceso creativo en general, en el porqué de las omisiones ortográficas y del ritmo en *Opio en las Nubes*, mismo del que se sirvió en las crónicas y reseñas que publicó en la revista *Consigna*, y luego, con más fuerza e intención, en el diario *La Prensa*.

**Existe a propósito algún descuido en el lenguaje?**

Mi intención es experimentar y por eso sigo esa idea de Cortázar donde el lenguaje es un módulo para armar. Ahora, sí cuidé el lenguaje, pero también quiero que exista la posibilidad de otra construcción, de la frase. Por eso hay un lenguaje interior, donde todo está permitido.

**Cómo define esa experimentación?**

Sabía que me interesaba la ruptura y a medida que experimentaba con el lenguaje, lo hacía conmigo mismo. Es un lenguaje de sudor y en ese sentido no es técnico ni erudito.

**Cómo era esa vivencia?**

Cuando escribía, lo sentía como una pieza musical y no como una pieza arquitectónica.

**Cómo define la diferencia?**

La musical tiene una construcción libre. Y la novela es como una ópera donde existen varias voces.

**Hablemos más de ese sentimiento musical operático.**

Debajo de cada capítulo, existe un ritmo y así cada cual tiene su propia pulsación musical.

**El primer capítulo, por ejemplo, qué pulsación tiene?**

Saturday 10.15 del grupo The Cure.

**El segundo?**

I can live with or without you, de U2.

**Opio en las nubes?**

Tiene que ver con Wild Thing, de Jimmy Hendrix.

**El último?**

Pertenece al ritmo de los Rolling Stones.

**Eso quiere decir que mientras escribía cada capítulo, solo oía esa música?**

Exactamente. La música me daba el tono y me encauzaba el estado de ánimo.

**En qué forma el rock se mete dentro de las venas?**

Es una forma de pensamiento. Y el rock me ayuda porque es nocturno.

En suma parcial, el lenguaje de Chaparro es, primero vertiginoso, en segundo lugar, es un constructo similar al de los precursores y sus deseos de emancipación estilística y la desligadura con la escritura periodística tradicional; también, se relaciona fuertemente con el rock, y además, esto ya lo he dicho, guarda un estrecho vínculo con la Necrópolis, con todos los elementos nocivos que tiene la capital y con la muerte misma; es un lenguaje apocalíptico:

Bogotá depresiva, Bogotá a 30 pisos de altura a las nueve de la noche cuando abajo las luces de la ciudad iluminan las miles y miles de soledades, cuando todo parece quieto, pero en realidad es cuando irrumpe la tormenta de los mutantes con sus ojos inyectados de desesperanza y pareciera que ya Bogotá hubiera renunciado a la segunda oportunidad. Bogotá, mil pisos de angustia, mil ascensores peligrosos, cortes de agua, cortes de pelo,

cortes de presupuesto. Bogotá, una ciudad cortada, fragmentada en sus registros. Bogotá, un carro de perros calientes en una esquina. Un cigarrillo, una gaseosa, un taxi de papel periódico, un celador, un robo, qué importa, una ciudad sembrada con pequeñas flores de terror, raquetas por todos lados, conciertos de alcantarilla, paraísos pegados en los cerebros con bóxer (González 2009, 97).

Bogotá ya no era un buen vivero para Chaparro, en *¿Quién va a soportar a Bogotá?*, ya anunciaba que se mudaba de este chuzo, o sea del plano terreno, porque su ciudad era la más invivible del planeta (197), pero también temía que este laberinto de psicópatas, negligentes y enfermos corriera la misma suerte de él y tuviera un final prematuro. Lo daba casi por hecho.

En *Verdad y mentiras en la literatura*, Stephen Vizinczey tiene un apartado llamado *Los mandamientos del escritor*, en dicho decálogo se halla un mandamiento que, quizá Madiedo no haya leído, pero de seguro obedeció fielmente y también brinda otra de las pistas de su estilo y su escritura. El noveno mandamiento dice “Escribirás para complacerte a ti mismo”. Vizinczey explica luego que “Ningún escritor ha logrado jamás complacer a lectores que no estuvieran aproximadamente en su mismo nivel de inteligencia general, que no compartieran su actitud básica ante la vida, la muerte, el sexo, la política o el dinero” (Vizinczey 2009, 9), curiosamente, el noveno mandamiento de Stephen, también podría ser una manera de entender a los detractores (literarios) de Rafael Chaparro Madiedo.

Así las cosas, Chaparro Madiedo era un ser nada convencional a la hora de escribir sus crónicas: conocía las reglas de escritura pero quería romper el diseño con fines estéticos ligados a la expresión y, por supuesto, a la experimentación. Quería que el rock marcara el ritmo de sus líneas y por ello escribía escuchando la música que lo envenenaba y lo llevaba al nirvana. Y claro, su enfermedad y la Bogotá enferma (ambas enfermedades terminales) lo condicionaron a un lenguaje mortuario.

La clave final de su lenguaje y el estilo de este lo tiene el mismo Chaparro, pues, en *El vértigo de escribir*, revela los rasgos de su pluma y sus influencias. Desde el encuentro con el profesor Manuel Hernández hasta sus motivos finales, entre los que están las calles, los bares, los gatos, las pistolas, los labios de mujeres, el whisky, el humo azul de los cigarrillos y, claramente; Bogotá.

Para finalizar, presento un fragmento de la crónica en mención, que puede leerse completa en los anexos, y que da cuenta de los beneficios que Chaparro recibió de varios

autores, escogí el más inusitado de los que bordó, debido a, lo que considero, una distancia de estilos extrema, opuesta en su integridad, atrevida, desproporcionada, pero, también satisfactoria por el calibre de la mención:

Miguel Cervantes:

En el fondo de todo esto está el viejo Cervantes y el Quijote. Tal vez lo más importante del Quijote no fuera tanto su locura sino el ritmo trotón de su literatura. Por primera vez en la literatura alguien se atrevió a escribir desde un caballo demacrado y un burro. Esa elevación de la literatura permitió romper la ley de la gravedad de la literatura y permitió que después de Kafka se pudiera hacer literatura a ras de tierra con su cucaracha y que Gabo pudiera elevar a Remedios La Bella por los aires. Después del Quijote todo fue posible. *Opio en las nubes* le debe al Quijote el carácter pendenciero de alguno de sus episodios. El viejo Quijote no conoció el opio, pero tenía el amor imposible de Dulcinea. Con El Quijote aprendimos que el castellano es el mejor idioma para escribir porque la palabra mierda suena y huele a mierda y con la palabra beso dan ganas de dar besos y la palabra “sueño” en sí misma ya es un misterio. El Quijote nos hizo ver el idioma como algo más que un instrumento, nos hizo ver el lenguaje como una aventura (179).

## Conclusiones

El trabajo periodístico de Rafael Chaparro Madieto, publicado en la Revista Consigna y en el diario La Prensa, se caracteriza por un lenguaje experimental, revolucionario, vertiginoso, psicodélico, musical (rocanrolero), sus prosas están minadas de imágenes hiperreales, grotescas y exageradas que se expresan en constantes juegos del lenguaje, y, que se sirven en ocasiones, del recurso de flujo de consciencia y la heteroglosia; a ello se le suma una narración plagada de recursos literarios, muy propios en las letras de Chaparro para recrear sus crónicas.

El lenguaje del ácido y el smog, del éxtasis, la capital colombiana como escenario fantástico, sombrío y armagedónico, el diseño y la predicción de la Necrópolis, el laberinto rizomático con sus muros de cristal, la nostalgia por la ciudad de la infancia, sus trasgresiones a lo políticamente correcto, a las órdenes de sus superiores, su pensamiento político, la desilusión por uno de sus referentes literarios, por la ciudad que amaba, por la impotencia ante la muerte inminente, y claro: el desconsuelo, configuraron la imagen y el estilo del filósofo de Niza, del no comunicador que desde un periódico y una revista, informó, de forma literaria, todo aquello que lo envenenaba cuando salía a caminar, cuando se sentaba frente a su máquina de escribir. Como legado, dejó cuentos y poemas, cientos de crónicas que eran otra cosa y, asimismo, una enfermedad autoinmune que se extendió de a poco por Bogotá, y sigue tentándola, a que por fin se auto destruya y le haga compañía en el más allá.



## Bibliografía

- Agulles, Juanma. 2017. *La destrucción de la ciudad: El mundo urbano en la culminación de los tiempos modernos*. Madrid: Catarata.
- Buenaventura Vidal, Nicolás. 2002. *Cuando el hombre es su palabra y otros cuentos*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Caparrós, Martín. 2006. *Por la crónica*. Bogotá, D.C.: Random House Mondadori.
- Chaparro Madiedo, Rafael. 2007. *Opio en las nubes*. Bogotá: Babilonia.
- . 2013. *Un poco triste pero más feliz que los demás*. Editado por Alejandro González Ochoa. Zaragoza: Tropo Editores.
- González, Alejandro. 2009. *Zoológicos urbanos: Historias mutantes de Rafael Chaparro Madiedo*. Editorial Universidad de Antioquia.
- . 2012. *Crónicas de opio: Testimonios sobre el escritor que quería ser gato*. Medellín: Hombre Nuevo Editores.
- Homobono, José Ignacio. 2008. *La ciudad y su cultura, en la obra de Lewis Mumford*. Bilbao: Eusko Ikaskuntza Euskomedia. <http://hedatuz.euskomedia.org/2768/>.
- Hoyos, Juan José. 2003. *Escribiendo historias: El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín, Colombia: Universidad de Antioquia.
- Jacobs, Jane. 2011. *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Madrid: Editorial Capitán Swing Libros.
- Kramer, Mark R. 2001. «Reglas quebrantables para periodistas literarios». *Malpensante*, n.º 32: 72-85.
- Llorente, Marta. 2015. *La ciudad: Huellas en el espacio habitado*. Barcelona: Acantilado.
- Machiavelli, Niccolò. 1999. *El príncipe*. Madrid: Aleph.
- Martínez, Tomas Eloy. 1992. *Defensa de la utopía*. *Tablero*, No 43.
- Mehta, Suketu. 2017. *La vida secreta de las ciudades*. Traducido por Cruz Rodríguez Juiz.
- Mumford, Lewis. 2014. *La ciudad en la historia: sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Logroño: Pepitas de calabaza.
- Reina, Casiodoro de, y Cipriano de Valera. 2012. *Santa Biblia: antiguo y nuevo testamento*. Uhrichsville: Casa Promesa.

- Rotker, Susana. 2005. *La invención de la crónica*. México, D. F.: Fondo de cultura económica.
- Sims, Norman. 2009. *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*. Buenos Aires: Aguilar.
- Sudjic, Deyan. 2017. *El lenguaje de las ciudades*. Barcelona: Ariel.
- Valdelomar, Abraham. 2016. *La ciudad muerta*. Create Space Independent Publishing.
- Villalonga, Lloren, y Jaume Vidal Alcover. 1985. *Bearn o la sala de las muñecas*. Madrid: Cátedra.
- Villoro, Juan. 2017. *Safari accidental*. México, D. F.: Joaquín Mortiz, S. A.
- Vizinczey, Stephen. 2009. *Verdad y mentiras en la literatura: Ensayos y críticas*. Barcelona: Seix Barral.
- Zavala, Lauro. 2014. *Semiótica preliminar: Ensayos y conjeturas*. Toluca de Lerdo: Fondo Editorial Estado de México.

## Anexos

### Anexo 1: Gasolina en el corazón

Desde que tengo diez años me siento enfermo. Ahora puedo recurrir a los servicios del doctor Rock y de la enfermera jefe, pero en ese tiempo la enfermedad de vivir solamente la curaba Mick Jagger. Creo que a los diez años me atacó un extraño virus llamado “gripa Stone”, cuyos principales síntomas eran severas convulsiones, sudoración constante, tos persistente, pulso alterado al escuchar Satisfaction. De esa gripa extraña nunca me he curado y creo que no quiero curarme. De todos modos de vez en cuando acudo a los venenos del doctor Rock y de la enfermera jefe para soportar la insoportable levedad del ser, esa insoportable levedad de levantarse todas las mañanas con las tripas pegadas al corazón, esa insoportable levedad de tener pesadillas en el núcleo negro del asfalto, esa insoportable levedad de explotar en la mitad de la ola amarilla del calor, esa insoportable levedad de morir cada día en la confusión azarosa de los días.

Más tarde llegaron otro tipo de enfermedades médicas crónicas. Un poco más tarde me atacó la enfermedad crónica Zeppelin con todas sus escaleras al cielo, con todos sus perros alborotados, con toda su lluvia, con todas sus guitarras, con todos sus gemidos, con sus gritos. La cuestión fue un día en un cine, a las tres de la tarde. Tristeza en la boca del estómago. Tristeza en la pantalla. Tristeza en la paleta de chocolate. El veneno Zeppelin se regó por todo el cuerpo como gasolina poderosa y llegó aquí y allá, atacó el corazón, los riñones, el hígado, el estómago y sobre todo la vejiga. Desde ese instante orinar es algo doloroso, es algo 189 parecido a estar orinando mil perros negros mientras pasan por el cielo siete aviones negros regando bombas de napalm.

Después llegaron al tiempo muchas cosas. Llegaron los primeros cigarrillos, las primeras novias y entonces en la mitad de mi cuerpo abierto aterrizaron Rimbaud y su temporada infernal y el extraño señor James Douglas Morrison y sus puertas cochinas. El coctel RimbaudMorrison fue mortal y me dejó en estado de coma. Entonces pequeños infiernos fueron apareciendo en los rincones de los pequeños días, pequeños infiernos salpicados con la voz profunda de Jim Morrison, Jim Morrison me condujo a su vez a William Blake y entonces ahí ya estaba con todos los huesos llenos de puntillas negras y en mi corazón un millón de moscas se disputaban los latidos, uno a uno. Poco a poco mi

sangre se fue poniendo espesa como si estuviera infestada de peces de vidrio, de diamantes, de latas de cerveza, de botellas rotas, de rosas y pistolas, de bombas radioactivas, de sombreros negros, de palomas tristes, de balas, de turbinas.

En estos momentos los servicios de urgencia del doctor Rock y de la enfermera jefe son requeridos por este columnista, pues tengo una sobredosis inminente de Janis Joplin, Kundera, ojos claros, manos blancas, Morrison, Pearl Jam, Nirvana, Mick Jagger, Jimi Hendrix, Baudelaire, Rimbaud, opio, nubes, Amarilla, Pink Tomate, Marciana, calles, buses, mierda, noches, camisa negra, café, tabaco, máquina de escribir, mañanas sin sol, lluvia, techos, bares, licor, humo azul, obladíoblada, pájaros negros, piedras en el zapato, aviones, gasolina en el corazón...

*La Prensa*, Bogotá, 20 de marzo de 1994, p. 26

## Anexo 2: Ejemplo estilo y diseño de las crónicas en ¡Luz, más luz!

Luz, más luz !



por  
Rafael  
Chaparro  
Mediedo

### Agosto Sabe a Octubre

**Y**a los vientos no soplan como antes. Ya las cometas no son como antes. Agosto sabe a octubre, octubre sabe a noviembre y noviembre, no hay que decirlo porque no es cierto, no sabe a diciembre.

Una ciudad sin cometas es una ciudad sin dioses. Una ciudad sin dioses es una ciudad sin demonios y cuando no hay demonios no hay ciudad. La magia de coger un pedazo de papel, cuerda, las medias veladas de la mamá, se cambió por los multifamiliares de tres o cuatro etapas. De algún modo especialmente misterioso, el viento fue robado por las mezcladoras de cemento, las rejas, los celadores paranoicos y mil Sprint modelo 88.

Poco a poco los potreros que había en la mitad de Bogotá han ido desapareciendo. La capa de Ozono se ha ido reduciendo. Las cometas ya no son más que una leve sombra en el vasto viento del olvido. Este viento le ha jugado una mala pasada a las co-

metas. Lo cierto es que Bogotá ha dejado de ser niña. La inocencia infantil se ha ido perdiendo. Somos una ciudad adolescente que está creciendo, que come espacios desafortadamente tal como lo haría un muchacho luego de llegar de jugar fútbol. Hasta se habla de "metro".

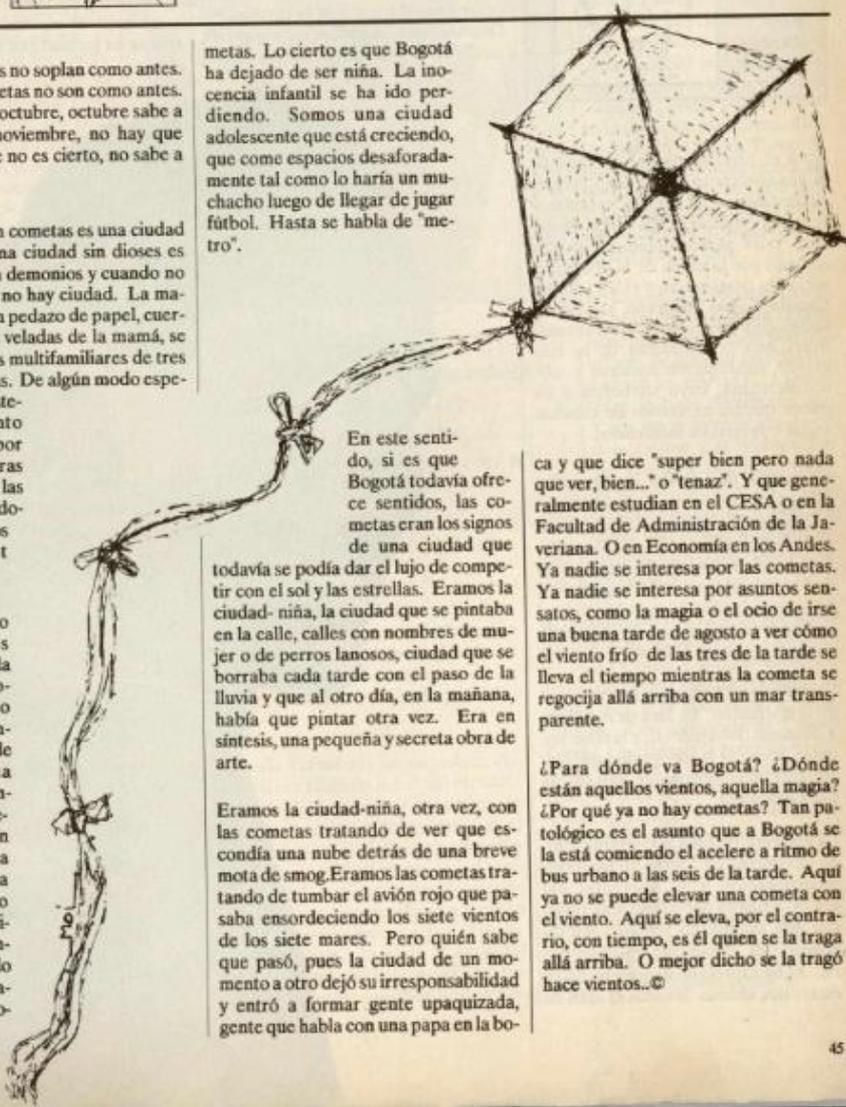
En este sentido, si es que Bogotá todavía ofrece sentidos, las cometas eran los signos de una ciudad que

todavía se podía dar el lujo de competir con el sol y las estrellas. Eramos la ciudad-niña, la ciudad que se pintaba en la calle, calles con nombres de mujer o de perros lanosos, ciudad que se borraba cada tarde con el paso de la lluvia y que al otro día, en la mañana, había que pintar otra vez. Era en síntesis, una pequeña y secreta obra de arte.

Eramos la ciudad-niña, otra vez, con las cometas tratando de ver que escondía una nube detrás de una breve mota de smog. Eramos las cometas tratando de tumbar el avión rojo que pasaba ensordeciendo los siete vientos de los siete mares. Pero quién sabe que pasó, pues la ciudad de un momento a otro dejó su irresponsabilidad y entró a formar gente upaquizada, gente que habla con una papa en la bo-

ca y que dice "super bien pero nada que ver, bien..." o "tenaz". Y que generalmente estudian en el CESA o en la Facultad de Administración de la Javeriana. O en Economía en los Andes. Ya nadie se interesa por las cometas. Ya nadie se interesa por asuntos sensatos, como la magia o el ocio de irse una buena tarde de agosto a ver cómo el viento frío de las tres de la tarde se lleva el tiempo mientras la cometa se regocija allá arriba con un mar transparente.

¿Para dónde va Bogotá? ¿Dónde están aquellos vientos, aquella magia? ¿Por qué ya no hay cometas? Tan patológico es el asunto que a Bogotá se la está comiendo el acelerar a ritmo de bus urbano a las seis de la tarde. Aquí ya no se puede elevar una cometa con el viento. Aquí se eleva, por el contrario, con tiempo, es él quien se la traga allá arriba. O mejor dicho se la tragó hace vientos...©



### **Anexo 3: Las crónicas de la revista *Consigna*<sup>19</sup>**

#### **¡Bienaventurado el rock!**

En septiembre de 1973 el estadio El Campín de Bogotá se estremeció con la presencia del rockero mejicano Carlos Santana. Bogotá tuvo que esperar 15 años, se dio tiempo para que crecieran las generaciones, para volver a sentir la magia del rock en las venas. Lo que se vio el pasado 17 de septiembre fue la demostración rotunda de que la juventud no es corrupta como algunos quieren creer. La capacidad de diversión que mostraron los jóvenes bogotanos fue asombrosa y contrasta con las críticas de los mayores: "que es un ruido infernal, que es un metedero, una perdedera de tiempo..." en fin no me alcanzaría esta página para enumerar las diatribas de algunos padres que todavía se quedaron en la caverna piensan que el rock pervierte.

Satánico o no, el rock nos vuelve como dioses cuando nos envuelve. Es una música que involucra la vista, el oído, en fin los 5 sentidos: el rock libera las premoniciones y no deja piedra sobre piedra en nuestra conciencia. Nunca Bogotá había tenido tantos jóvenes reunidos en un mismo lugar y a una misma hora. Nunca antes se había visto tanto algodón junto: bluyines, minifaldas, camisetas.

Nunca antes los bogotanos se habían sentido tan jóvenes como aquel día durante el cual el rock se tomó la imaginación de 70.000 personas. Atrás quedaron los conciertos de Ancón cerca de Medellín, los de Melgar, los de la Calera. Los peludos de antaño con sus jeans viejos, su mochila y etc., ya no se vieron. El Campín parecía más bien, un salón de segundo de bachillerato donde los maestros de la electricidad hecha sonido impartían su lección de magia ante el público que por el momento no se preocupa por las cuestiones sociales, consume Coca-Cola -tararea su canción-, y que espera mucho de su familia y de su ciudad. Uno esperaba encontrarse con legiones y legiones de mechudos en el concierto. En cambio parecía que todo Unicentro se hubiera ido para el Campín. Lo cierto es que si el concierto hubiera sido 20 años atrás, con la misma cantidad de jóvenes, estos no habrían dudado en desafiar el poder. Bienaventurados seamos los rockeros, porque nos tomaremos por asalto el Reino de los Cielos.

---

<sup>19</sup> En los casos en que se hizo necesario, se realizaron algunas correcciones gramaticales que no alteran el estilo del autor, y, se sobreentiende, no fueron redactadas a propósito originalmente.

### **Bluyines Ortega**

Nombre: Daniel Ortega. Película: Nicaragua. A ritmo de lambada votaron los nicaragüenses para elegir presidente. Daniel Ortega quedó con los crespos hechos. El hombre que trota quince kilómetros diarios, emulando tal vez a los presidentes gringos que siempre cultivan el deporte, se convierte ahora en cantante. De nada le valió una campaña muy bien diseñada, pues sandinista no vota sandinista.

Aunque muchos lo nieguen, hay que decir que Ortega y su frente sandinista tenían mucho carisma en el mundo. Apenas los sandinistas subieron al poder, en 1979, el mejor grupo inglés del movimiento punk, la banda The Clash, sacó un disco llamado "Sandinista" rindiendo así un homenaje a este puñado de hombres que tumbaron una de las dictaduras más duras del continente. Recientemente en Alemania la banda de trash metal Nuclear Assault publicó su disco pesado llamado Sandinista Assault. Estuvieron estos metaleros en Managua y otras ciudades y quedaron encantados.

Para nadie es un misterio que en los Estados Unidos, el régimen de Ortega gozaba de buena imagen en ciertos sectores. Y de esto se ha encargado la propia esposa de Ortega. Rosario es amiga personal de gente como Coppola, el Jefe Bruce Springsteen. También de muchos grupos de rock de la Gran Bretaña como Simple Minds y U2. Últimamente estaba haciendo gestiones para llevar a Nicaragua a la artista negra Tracy Chapman. Haciendo gala de una fina sutileza capitalista Daniel Ortega se asesoró para estas elecciones de publicistas norteamericanos que le recomendaron cambiar el verde oliva y las botas militares por bluyines y botas tejanas. Lo que si no ha cambiado son las gafas. Últimamente aparece sin ellas, tal vez tiene lentes de contacto. Lo cierto es que una vez que fue a los Estados Unidos a una asamblea de la ONU, se compró media docena de gafas. Tal vez para ver mejor su reelección... o su derrota.

### **Con la pata pelada...**

Nadie sabe nada. Nada sabe a nadie. Todo sabe a nada. Nadie habla. Nadie oye. Nadie ve. Todos en sus casas, que cosa más triste. Sugar, sugar, sugar. Pacheco, Pacheco, Pacheco, la triste metáfora de un país que aplaude en el Jorge Eliecer Gaitán un espectáculo alienante. 250 millones de pesos ha recogido hasta el momento Sugar, una

lobo comedia musical que no tiene mayor sentido en nuestro país. Es cierto que el arte es universal, pero Sugar no es arte. Hay que guardar el sentido de las proporciones. Es como si en un teatro de Chicago, una compañía decidiera montar una coreografía de la "Pata pelada" y la bailarina principal fuera Farrah Fawcett. No hay derecho a que mientras otros intentos de hacer buen teatro estén casi al borde de una quiebra por aquello de "circunstancias que todos conocemos y que es mejor no mencionar", Sugar, una comedia sin mayores méritos, esté arrasando. Y no es que el público acuda a este evento porque sea un espectáculo de calidad. Por el contrario, lo que se privilegia aquí es la cantidad. Derroche de luces, vestuario, escenografía, música y estupidez.

Con Sugar se ve hasta qué punto el gusto del público colombiano sigue determinado por los esquemas fáciles y comerciales del enlatado gringo.

También es la ocasión para lucir los trajes comprados en Unicentro y el perfume del San Andresito antes de aplaudir a Pacheco, en el papel más horrendo de toda su vida. En verdad, la sociedad bogotana hace el ridículo en el "foyer" del Jorge Eliécer Gaitán luciendo sus trajes y poniendo cara de que están en un recinto de Broadway. El hablado estilo "papa caliente", lo mejor de la carrera séptima con 42, Javeriana Boys & Girls, se impone allí mientras lo más exquisito del humo de los tabacos de contrabando invade la sala.

Pero mientras adentro María Cecilia Botero y todos sus lobeznos acompañantes hacen el oso más grotesco de esta vida y la otra, afuera la realidad es otra. Piquetes de Pe Emes por aquí y por allá. Requisas, luces de neón rotas, tristes, desgarradas como la carrera séptima un viernes a las ocho de la noche, septiembre negro, negro septiembre, negro, negro piquete, afuera no es 'Sugar', afuera es Purgar, purgar el hambre con un pedazo de pan viejo y un caldo maloliente, purgar la tristeza de los gamines con paraísos amarillos de boxee que se pegan a sus cerebros vivos como serpientes más allá del asfalto, afuera es purgar la realidad nacional con soldados, no hay soluciones, no hay, no hay, no hay, a ver sus papeles, póngase contra la pared, abra las piernas, su cédula, su libreta militar, a ver, no, no, no, adentro una comedia musical insulsa, Pacheco va, Pacheco viene, oso va, oso viene, Sugar, oso, sugar, soso.

### **Roll over Beethoven...**

Las estrellas de rocanrol también se apagan. Ya pasaron aquellos tiempos cuando el cielo explotaba en la oscuridad por el desenfreno de las voces y guitarras de estos profetas eléctricos que allí en los escenarios inducían a millones de almas que los seguían a darle ignición al demonio que todos llevamos por dentro. Ring. Ring. Rumumng constante en los oídos. Esta es la causa de la decadencia de las leyendas del rocanrol.

Uno de los más afectados es Pete Tow-send, líder de la banda británica The Who.

"La razón real por la cual no hicimos presentaciones anteriormente fue porque tengo un severo daño en el oído. Los médicos la llaman "tinnitus" y se manifiesta por un constante sonido de timbre en el oído sobre todo cuando estoy tocando guitarra. Trabajar así es muy difícil. Cuando yo era joven, salía en la noche con mis amigos a la calle a tocar guitarra y a hablar, mientras tomábamos cantidades de whisky. A veces por las calles veo grupos de muchachos haciendo lo que yo solía hacer y realmente de duele mucho no escuchar qué sale de aquellas guitarras destartaladas...".

Palabras de Towsend el pasado 24 de abril en una rueda de prensa anunciando la gira de conciertos por los Estados Unidos.

En verdad, no es raro que Pete Towsend se encuentre al borde de la sordera. Hacia finales de la década de los años 60 The Who protagonizó los conciertos más ruidosos de la historia universal. No en vano está en el libro Guinness. Las presentaciones de esta banda superan los 120 decibeles, que es el límite máximo que puede soportar un oído humano normal. Y eso sin hablar de las guitarras destrozadas. El destino es irónico. La ópera rock Tommy de finales de los años 60, concepción de Towsend, tiene como eje argumental la vida y el drama de un joven autista. De algún modo Tommy le está cobrando a Towsend sus honorarios.

Pete Towsend admite que la excesiva exposición a los altos registros música le causaron un daño irreversible en su sistema auditivo. Sin embargo, la enfermedad de este músico pone de manifiesto como la verdadera enfermedad del rock no es la adicción a las drogas o el alcoholismo, sino la sordera.

Todo arte en todo momento tiene su enfermedad física y espiritual. Las de los poetas malditos franceses del siglo pasado fueron la sífilis y el spleen aquel irremediable tedio que aquejaba hasta el último de los huesos. En los pintores impresionistas fueron la

locura y toda suerte de enfermedades venéreas del corazón, entre ellas la soledad. En verdad, tanto los poetas malditos, como los pintores impresionistas y más tarde los artistas expresionistas alemanes de los años 20, estaban más que solos: su compañía era su propio ser desgarrado en dos, en mil, en millones de angustias y dolores. Las enfermedades del rock son pues la sordera y la euforia. El problema no es la adicción a las drogas. El asunto es que el abuso de las drogas químicas produce una euforia que no conduce a ningún lado. Ya Aristóteles lo había dicho: a la felicidad del hombre ayudan ciertos paraísos artificiales como el vino, que de algún modo comunican al hombre con los dioses, pero cuando en vez de acceder al Olimpo se encuentra uno en medio de un quirófano y rodeado de sustancias asépticas, definitivamente hay algo que no funciona bien en esta euforia. El paraíso artificial deviene entonces respiración artificial.

Otro punto interesante es que la sordera de las grandes estrellas del rocanrol no es tratada por los medios de comunicación con el mismo punto de vista como cuando uno de estos artistas es encontrado en un hotel con una profunda sobredosis entre ojo y vena. De algún modo los diarios y la televisión consideran que las sobredosis y los escándalos "venden". Para evitar estas perturbaciones auditivas se ha creado una entidad en los Estados Unidos, con el apoyo de la Haigh Ashbury Clinic, en el mismo barrio donde se desarrolló el "Power Flower" ácido de los 60, que se llama Hearing Education and Awareness for Rockers (HEAR) news, una especie de seguro social para oídos de los duros del rocanrol.

### **La Sonora Dinamita**

Bogotá es un retén. A 300 metros retén, disminuya la velocidad. A 200 metros parador suizo, coma salchicha. A 100 metros otra vez una linterna un "por favor papeles del carro", una requisa. Bogotá se volvió una ciudad aburrida. El miedo secuestró la rumba o por lo menos en la calle 82 donde más de un bar debe estar al borde de la quiebra. Supuestamente están "in" las famosas chimeneas, que indudablemente serían mucho más divertidas si se quemaran la casa y ciertos invitados, que llegan hablando con una papa caliente en la boca sobre la terrible situación que vive el país.

Es poca la gente que de verdad sale a divertirse por "miedo". Miedo a los retenes, a las bombas, es decir miedo al miedo, que en el fondo no es otra cosa que miedo a sí

mismo. La actual paranoia ha alcanzado a las emociones y los cuerpos. En este sentido el estado de sitio de emergencia no se aplica solamente sobre el asfalto, sino que por el contrario, los estados de ánimo también están en estado de sitio. En el interior de cada uno el miedo dinamita otras emociones.

Y cuando una situación externa logra polarizar de tal forma lo emocional, significa que como vamos, vamos bien... bien mal. Muchas parejas dejaron de verse en tal sitio, porque la semana pasada pusieron una bomba cerca. Otros ya no salen a caminar de noche porque la policía los para cada dos o tres cuadras. De algún modo toda esta situación ha modificado las actitudes más pequeñas de la cotidianidad. Ya no es lo mismo dar un beso en estos tiempos del odio y del ruido. En la mitad puede aparecer un retén o un gran estallido. Mientras que una paranoia, la oficial, es silenciosa, la otra es sonora. La sonora dinamita que parte en mil pedazos el espejo sucio de una ciudad donde la gente une sus cuerpos porque a cien metros está el retén de la tristeza.

**Si tu mano izquierda te molesta no te la cortes, úsala para joder a otro...**

Colombia es un país con semáforos pestañeando su canción electrónica en tonos amarillos. El joven bogotano no es tanto digno de un psicoanálisis profundo, como las autoridades intelectuales, morales, clericales, policiales y académicas. En Bogotá no existen muchos espacios para amar. Los pocos afortunados que pueden hacer el amor en un carro en alguna calle oscura de Bogotá corren el riesgo de terminar en una comisaría por inmoralidad pública" -entiéndase envidia policial de primer grado-.

Es en una oscura kafkiana comisaría, de esas que huelen a tinto recalentado (dolor de estómago seguro) que un mediocre sargento decide sobre las pasiones y los sentimientos de los jóvenes.

Definitivamente a los jóvenes bogotanos les falta una playa, una guitarra y obviamente una buena botella de whisky, ojalá barato, de esos que producen alucinaciones sonoras y visuales, como por ejemplo saber intuitivamente la marca del brassier. También hace falta un poco de desorden, pasiones bajas liberadas, luces altas apagadas, colillas de cigarrillos taponando el piso, el humo del tabaco entre las miradas. Eso nada más. Se hacen preciso menos retenes y más miraderos.

Definitivamente debería hacerse algo para que las costumbres cambiaran. Es cierto que somos un animal de costumbre pero hay ciertos animales que quieren imponer sus criterios sobre las costumbres. Por cada clase de matemáticas, por cada teorema demostrado en los tableros escolares, se le debería dar a cada estudiante un día libre para que se fuera por ahí a comprobar la redondez de otras figuras geométricas más interesantes y menos frías. Por cada clase de comportamiento y salud una borrachera sobre la arena, una fiesta, un concierto de rock, unos buenos libros.

Ya estamos jartos de precandidaturas, calenturas, convenciones, discursos sobre la juventud y el deporte, la juventud y la droga, la juventud y el presidente, la juventud y el obispo, la juventud y la tercera edad. Estamos más acá, del bien y del mal. Tenemos un futuro en las manos, un futuro como agua para regar la irresponsabilidad. No queremos ir al ejército a allanar narco mansiones, ni a matar "chusma". No queremos ser. Somos. No queremos más rock en español mediocre. Queremos canciones con oído y desesperación. Queremos aviones aterrizando sobre las miradas, cuerpos quebrados. Estamos jartos de los gimnasios con aeróbicos. No queremos bebidas colas y gaseosas. Queremos pulmones llenos de gas, de humo, viva el humo, el perfume de Bogotá, el perfume de la pestilencia, el perfume del acelere. Ya estamos jartos de los sargentos de las estaciones de policía. Estamos jartos de ser los jartos del paseo nacional. Ese paseo donde se organizan conciertos de música inofensiva, con mechones incluidos. Si tu mano izquierda te molesta no te la cortes. Úsala mejor para molestar a alguien. Este es un viejo proverbio, que no es judío, sino por el contrario, pertenece al mundo de los jodidos.

### **"Basura bogotana"**

Se fueron los retenes. Bogotá ya no tiene ese característico olor de hace unos meses: el perfume de la dinamita. Poco a poco el gran útero urbano ha empezado a palpitar nuevamente y los espermatozoides de cuatro velocidades han iniciado su loca carrera que no respeta semáforos ni huecos ni nada. Nuevamente Bogotá empieza a poblarse de los habitantes de siempre: las puticas infinitivamente solas en las esquinas del centro bajo la luz enferma de los postes de la Empresa de Energía, los gamines "llevados" por el Putas, los choferes de la guerra de los mil centavos sobre sus tronos de acero ensamblados en

Sogamoso, los policías con sus pitos paranoicos y sobre todo por la gente, una gente de la subespecie de los mutantes.

En Bogotá la gente si se quita la ropa se deshace. Todo el mundo está hecho para andar protegiéndose del frío y de las miradas. Parecería como si esas personas que se ven deambular por las calles a eso de las cinco y cuarenta minutos de la tarde, cuando Dios y el Diablo han abandonado la ciudad y entonces son los "caicedos" (los policías de los Cai) los nuevos amos y señores de las calles, estuvieran invadidas por los perfumes de las pestilencias. Es como si por las mañanas se bañaran en el río Bogotá y en las noches en las cloacas de sus propias vidas. Hasta allí no llegan los consorcios privados para limpiar y recoger las basuras.

Si se amontonara toda la basura de Bogotá en un sitio especial se podrían fabricar muchos seres bogotanos. Todo parece como si fuera una canción de rock. Es que Bogotá es una canción de rock. Su gente perfectamente podría hacerse con huesos de alcantarilla, sangre de aceite quemado, piel de papel reciclable y ojos de vidrio molido para miradas dolorosas.

"El hombre de un traje gris " dice un libro. Editorial Bruguera. Eso dice el libro, pero en Bogotá ese mismo hombre del traje gris es mucho más que unos papeles empastados. En Bogotá ese hombre es un sicario, un escolta, un ministro, un precandidato, un vendedor de cementerios, un enviado de Dios, un secreto, un extraditable o simplemente eso, un bogotano, un hombre hecho a punta de basura.

### **Lennon más allá del Cielo**

Las comparaciones son odiosas. También es mentira cuando se dice que a veces son necesarias. Por eso a veces el paragón que se hace entre Beatles y Rolling Stones, resulta tan absurdo como el que se hace entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. También resulta insulto hablar de que los unos eran los niños bien del rock inglés y los otros las cabezas de la rebelión juvenil de los países desarrollados. No es cierto para ninguno. Desde un comienzo los más media vieron en los nacientes grupos del rocanrol inglés una mina de oro para la gran máquina de la comunicación visual. Para nadie es un misterio que la década de los años sesenta fue la cima de la publicidad en todas sus diversas tendencias, que incluían también los mensajes subliminales. Por eso nadie debe

extrañarse que el rocanrol fuera visto como una posibilidad comercial muy grande y de hecho así sucedió con algunos grupos.

No hay que hablar otra vez de la sabida historia de los Silver Beatles. Ya todos sabemos cómo se conocieron aquellos muchachos, de cómo fueron a tocar al Star Club de Hamburgo, de cómo supuestamente se le acusó a Lennon de haber acuchillado a un alemán ebrio que intentó seducir a su amiga de aventura, de cómo cambiaron al hijo de la dueña de la Caverna, Pete Best, por el escuálido y enfermizo Ringo Starr. Jonh Lennon provenía, al igual que otros miembros del grupo, de la clase obrera del puerto de Liverpool. Aparentemente eran unos duros, pero su primera canción que los inició en el mercado del rock -Love me do- hablaba de cosas tiernas. Mientras los Beatles entraban a las listas de popularidad, un oscuro estudiante de economía llamado Mick Jagger, le pagaba a sus amigos, y a los amigos de sus amigos (no son mis amigos), para que fueran a verlos tocar. Se llamaban los Rolling Stones y realmente eran unos animales, a los que se tenía que encerrar para que crearan.

Desde cuando los Beatles empezaron a ser la mecha de la historia de las niñitas europeas y norteamericanas, la dupla McCartney & Lennon se empezó a solidificar creativamente, pero en cuestiones de publicidad la cuestión era muy distinta. Mientras que Lennon componía canciones como "Help" donde abiertamente pedía auxilio a la depresión de millones de jóvenes, McCartney se englobaba en baladas románticas que -hay que decirlo- muchas se inspiraban en los boleros latinoamericanos. La lista es extensa: "Yesterday" sin duda es el hit de mayor impacto de Paul y sin duda se ganó el corazón de los reacios al movimiento del rocanrol.

Si McCartney se ganaba el corazón del Mundo, John Lennon alquiló un apartamento en su mente. En efecto, Jhon Lennon tenía desde el principio una fuerte tendencia a la experimentación a todo nivel: corporal, espiritual y estéticamente. El aporte de Lennon al rock, fue sin duda la inteligencia musical. Todo empezó con "Strawberry fields forever" donde el productor Phil Spector, puso todo a la disposición de Lennon para que creara en libertad. Esta canción fue sin duda, aunque algunos no lo acepten, el inicio de la psicodelia de la juventud. Por primera vez en la historia del rocanrol se había conquistado la mente. El rey de reyes, Elvis Presley y toda su "corte" de los cincuenta y principios de los años sesenta habían conquistado a cabalidad los cuerpos a través de los

movimientos pélvicos. Pero fue Lennon con esta canción el que puso la mente de la juventud con las puertas abiertas.

El año 1.967 fue un año clave en la carrera de los Beatles. En este año: apareció el álbum "Sgt. Pepper lonely hearts club band", donde el cuarteto pretendió sepultar su trayectoria anterior. Ya las giras se habían acabado desde que Lennon en los Estados Unidos declaró, en sus acostumbrados desplantes ante la prensa, que ellos eran más populares que Cristo. Lo cierto es que los medios le dieron tantas vueltas al viejo proverbio beatle que hasta el momento no se sabe quién es más popular.

En este trabajo, Lennon ratificó su libertad estética al crear verdaderas obras maestras como "A Day in the life" que fue prohibida por la BBC por supuesta alusión a las drogas. Esta canción marca un tope en la carrera de Lennon. El grupo estaba en una verdadera racha de creatividad, pero de todos modos Lennon estaba por encima de todos. Por más creatividad que tuvieran los otros, Lennon se sentía fuera de base, fuera de base. Mientras McCartney compuso "When I'm sixty four", Lennon salía con "The benefit of Mr. Kite" una canción donde el surrealismo del circo se mezclaba con los ácidos. Y ni hablar de "Lucy in The Sky with Diamonds". Estos trabajos experimentales de Lennon sentaron las bases para que otros grupos se adentraran en ese campo. De algún modo este álbum permitió el fortalecimiento de bandas subterráneas como Pink Floyd. No se trata aquí de hablar de la consabida Yoko Ono y de su supuesta brujería. Lo que pasó entre Lennon y Yoko Ono solamente lo saben ellos y se puede resumir así: yo Kono, tú Konas, él Kona.

¿Qué vino después de la separación? Vino un período oscuro y sin duda la muerte musical de Lennon. Si 1.967 fue la cima musical de Lennon, 1.973 fue su ruptura vital. En ese año se separó de Yoko y se fue para los Ángeles a despedirse para siempre de la juventud. Para esto llamó a sus amigos, entre ellos Clapton y Starr y durante tres días de una ruidosa fiesta, le dijeron para siempre adiós a la irresponsabilidad.

Luego Lennon iría de nuevo al lado de Yoko Ono y durante largo tiempo no escuchó rock, sino solamente música clásica. Desde la separación de los Beatles, a pesar de haberse muerto musicalmente, fue el que dijo cosas más interesantes, y si bien ya no era el rebelde de antes, por lo menos era un outsider sereno. De este trabajo posterior se

salva "Instant Karma" donde Lennon dijo: "¿Por qué demonios estamos aquí? seguramente no para vivir con miedo y dolor... ¿Por qué demonios estás aquí?..."

### **Pequeña Revolución en Bicicleta**

Era 1979. Eran los años cuando el sol sí era sol. Años cuando el mayor placer era ir a montar cicla por las calles, con el pelo recién peinado y sentir una extraña sensación de viento dulce sobre la frente. Era la época de los primeros cigarrillos cuando después de largas travesías en bicicleta por calles y parques, lo mejor era tenderse frente a una tienda y dedicarse a experimentar los placeres de los tabacos rubios de contrabando de Virginia. Y para que los hermanitos sapos no fueran a hacer gala de sus capacidades ante los pater familias, hacíamos un ritual de iniciación con los pequeños anfibios: inexorablemente los sapitos tenían que fumar. En aquella época nos atraía más el "Winston" que el "Marlboro". Ya nos parecía muy trillada la imagen de vaquero duro. En cambio aquel obrero de casco rojo y cubierto de cuerdas mirando al horizonte y con el cigarrillo en la comisura de sus labios nos seducía más. Pero hubo algo que definitivamente cambiaría nuestra relación con el mundo en ese año de 1979. Antes de salir a tomar las bicicletas generalmente leía el periódico. Poco a poco me fui interesando en una revolución de muchachos que se estaba gestando en Nicaragua. Las fotos de aquellas bellas guerrilleras con el pelo ondeando en el viento y sus pañoletas igualmente bellas, rojo y negro, negro y rojo, las miradas dulces de aquellos muchachos morenos con sus fusiles duros empezaron a conmovernos. Cuando salíamos en nuestras ciclas siempre acostumbrábamos llevar una grabadora con otros muchachos que revolucionaron los vientos, el mundo, el paraíso, el infierno y la realidad: los Beatles, aquellos magos carboneros del puerto de Liverpool. Pero entonces empezamos a mezclar paulatinamente "Let it be" o "I'm the walrus" o "Help" con la toma de Estelí o León o Masaya. De algún modo especialmente extraño y misterioso sentíamos que la música de los Beatles ayudaría a aquellos muchachos del FSLN a derribar a Somoza.

Lo cierto es que una mañana todos salimos en nuestras ciclas y empezamos a dar vueltas. "Hey Jude" rompió la tranquilidad del aire de la mañana. Seguimos pedaleando y la canción siguió rodando. De pronto paramos el cassette y pusimos una cadena radial: los Muchachos ya estaban llegando a Managua. Nuestra emoción fue grande. Repetimos una

y otra vez "Hey Jude". Por consenso decidimos que no íbamos a almorzar pues si lo hacíamos sería traicionar a estos bravos que tal vez llevaban varios días sin comer y ya estaban a punto de coronar Managua.

Nos quedamos en un parque fumando contrabando y alternando "Hey Jude" con los informes radiales. "Aquí en Managua los combates continúan. Se han levantado barricadas y de vez en cuando un avión somocista suelta bombas, pero el control de la ciudad es prácticamente del FSLN..." Nuestra emoción fue grande. Alguien a mi lado se atoró. Un policía se nos acercó y nos dijo qué hacíamos fumando siendo tan chiquitos. "Mi general estamos nerviosos pues unos amigos están a punto de ganar una apuesta por allá en Centroamérica..." Lo cierto es que el policía nos dejó tranquilos. De pronto la alegría fue interrumpida por la mamá de alguno de nosotros que llegó a buscar a su hijo para que fuera a almorzar. Fueron instantes cargados de profunda tensión. Si se iba prácticamente quedaría tachado como somocista. Pero valió más Sandino que las Saltinas Noel.

El momento cumbre llegó cuando cubrimos nuestras ciclas de rojo y negro. Hicimos que nuestras hermanas confeccionaran pañoletas como las de los Muchachos. "Hey Jude" ya estaba en su clímax cuando los Beatles empiezan a cantar con su "nananananana..." y fue cuando supimos que el grueso del ejército sandinista ya estaba entrando a Managua.

Era una bella mañana de julio de 1979. Julio 19 para ser exactos. Una exacta nostalgia. Lo que tal vez nunca supieron los Muchachos era que aquí, a muchos kilómetros de su revolución, habíamos otros muchachos haciéndole fuerza a su causa mientras escuchábamos a los Beatles y fumábamos cigarrillos de contrabando.

### **Agosto Sabe a Octubre**

Ya los vientos no soplan como antes. Ya las cometas no son como antes. Agosto sabe a octubre, octubre sabe a noviembre y noviembre, no hay que decirlo porque no es cierto, no sabe a diciembre.

Una ciudad sin cometas es una ciudad sin dioses. Una ciudad sin dioses es una ciudad sin demonios y cuando no hay demonios no hay ciudad. La magia de coger un pedazo de papel, cuerda, las medias veladas de la mamá, se cambió por los multifamiliares

de tres o cuatro etapas. De algún modo especialmente misterioso, el viento fue robado por las mezcladoras de cemento, las rejas, los celadores paranoicos y mil Sprint modelo 88.

Poco a poco los potreros que había en la mitad de Bogotá han ido desapareciendo. La capa de Ozono se ha ido reduciendo. Las cometas ya no son más que una leve sombra en el vasto viento del olvido. Este viento le ha jugado una mala pasada a las cometas. Lo cierto es que Bogotá ha dejado de ser niña. La inocencia infantil se ha ido perdiendo. Somos una ciudad adolescente que está creciendo, que come espacios desafortadamente tal como lo haría un muchacho luego de llegar de jugar fútbol. Hasta se habla de "metro".

En este sentido, si es que Bogotá todavía ofrece sentidos, las cometas eran los signos de una ciudad que todavía se podía dar el lujo de competir con el sol y las estrellas. Éramos la ciudad-niña, la ciudad que se pintaba en la calle, calles con nombres de mujer o de perros lanosos, ciudad que se borraba cada tarde con el paso de la lluvia y que al otro día, en la mañana, había que pintar otra vez. Era en síntesis, una pequeña y secreta obra de arte.

Éramos la ciudad-niña, otra vez, con las cometas tratando de ver que escondía una nube detrás de una breve mota de smog. Éramos las cometas tratando de tumbar el avión rojo que pasaba ensordeciendo los siete vientos de los siete mares. Pero quién sabe qué pasó, pues la ciudad de un momento a otro dejó su irresponsabilidad y entró a formar gente upaquizada, gente que habla con una papa en la boca y que dice "súper bien pero nada que ver, bien..." o "tenaz". Y que generalmente estudian en el CESA o en la Facultad de Administración de la Javeriana. O en Economía en los Andes. Ya nadie se interesa por las cometas. Ya nadie se interesa por asuntos sensatos, como la magia o el ocio de irse una buena tarde de agosto a ver cómo el viento frío de las tres de la tarde se lleva el tiempo mientras la cometa se regocija allá arriba con un mar transparente.

¿Para dónde va Bogotá? ¿Dónde están aquellos vientos, aquella magia? ¿Por qué ya no hay cometas? Tan patológico es el asunto que a Bogotá se la está comiendo el acelere a ritmo de bus urbano a las seis de la tarde. Aquí ya no se puede elevar una cometa con el viento. Aquí se eleva, por el contrario, con tiempo, es él quien se la traga allá arriba. O mejor dicho se la tragó hace vientos...

## **El Gato y el Ratón**

Un estado que pretenda erradicar el terrorismo termina tarde o temprano cayendo en la trampa del terrorismo para erradicarlo. Sin embargo, este no es el caso de Colombia, pues ya son dos Estados los comprometidos en esta guerra abierta: Bogotá y Washington. Un caso típico es el de Israel que a través de la temible policía secreta "Mossad", quiso acabar con las diversas facciones de la OLP. La "Mossad" usó todos los métodos permitidos y no permitidos para acabar con los brazos armados palestinos: atentados, asesinatos, torturas, arrestos. Los hechos han tomado un giro inesperado: la OLP en noviembre del año pasado reconoció a Israel como Estado, pues Jerusalén había propuesto ante la ONU que solamente reconocería a esta organización si ella hacía lo mismo. La lucha antiterrorista se transformó en una confrontación diplomática. Por donde pasan las ideas y luego los cañones, dice el refrán de Hegel. Pero lo previsible es que después de los cañones pasen los cadáveres. Este es el ciclo del registro de la historia de la modernidad, que comenzó con la máquina de vapor, pero también con la dinamita.

Otros casos son, por lo menos en América Latina, Chile, Argentina y Perú. En Chile el gobierno militar prácticamente acabó con la oposición legal a la que calificó de "terrorista". Sin embargo, el FMR, Frente Manuel Rodríguez, un brazo armado del Partido Comunista Chileno, de cuando en cuando hace incursiones, demostrando que por grande que sea el operativo de un Estado es prácticamente imposible derrotarlo en el plano militar, pues lo que está en juego es una pura cuestión psicológica: "Yo, el Estado soy un gato; tu, terrorista eres el ratón..." Pero lo cierto es que el Estado tiene el queso, pero el terrorista tiene el hueco. Cuando el gato se mete en el hueco se atora. Cuando el ratón sale al patio se siente en libertad. Es por eso que las medidas de Estado de Sitio son tomadas para impedir que el ratón salga del hueco o por lo menos para que los ciudadanos no se den cuenta que el queso está podrido.

En Argentina, todo el país fue convertido en un inmenso campo de concentración por orden directa que salía de los pasillos del Palacio Rosado. Se calcula que unas 300 mil personas fueron desaparecidas pues fueron calificadas como terroristas. En este momento ya fueron absueltos los principales responsables de la alta cúpula militar, y se demuestra que tarde o temprano el estado se perdona a sí mismo sus propios excesos. Es una

retroalimentación que se da cuando hay momentos de crisis y transición como el que padece la Argentina.

En el Perú el gobierno ha incurrido en excesos en su lucha contra el grupo Sendero Luminoso. Varias masacres encubiertas a simpatizantes o presuntos "colaboradores" de la guerrilla demuestran la tesis de que de una forma u otra la lucha anti-terrorista también es terrorista.

Como se ve el significado de "terrorismo" es algo que va más allá de lo simplemente semántico. Se le puede aplicar un sentido político, entonces todos aquellos que no aceptan y reconocen una legitimidad establecida son calificados de este modo; un sentido clínico, entonces se crean toda clase de centros siquiátricos como en la Unión Soviética, que introduce en el mismo registro a la locura, la disidencia y la libertad de pensamiento; pero el más grave es el terrorismo cultural. Este es el caso de Colombia, donde el narcotráfico se fue introduciendo poco a poco en la vida del país desde mediados de la década pasada. En muchos niveles se nota esta influencia que de algún modo ha cambiado los valores de la vida cotidiana: en la política, en el deporte, en los negocios, en la televisión.

Hace unos 6 años cuando Ledher era el "chacho" de Armenia entró un día a una galería donde un joven pintor exponía unos cuadros con el tema de Jhon Lennon. Ledher afiebrado a los Beatles compró toda la muestra y en menos de tres minutos, lo que duró firmando un cheque, hizo millonario al pintor, pues compró sus cuadros diez veces por encima de su valor real. Estas son cosas que reflejan de qué modo el narcotráfico pretende apropiarse de una cultura a la que nunca ha tenido acceso académicamente; por eso la compra, la adquiere en grandes cantidades.

El caso colombiano actualmente es especial. Colombia o por lo menos el Estado está aplicando una lucha contra una forma de terrorismo que últimamente ha tomado un rumbo demencial a partir de la muerte de Galán. Pero hay que hacer una diferencia sutil: el Estado no combate al narcoterrorismo, se defiende de él. Se puede hablar también de una guerra abierta entre la narcogarquía tradicional. Es una narcogarquía que utiliza todos los medios a su alcance para apropiarse de algo que posee desde hace mucho tiempo la oligarquía y que es evidente que nunca ha tenido: el poder y el prestigio político legales.

A través de su poder económico pretende tomarse el poder político. Hace precisamente lo contrario de la oligarquía tradicional: a través del poder político tuvo acceso al político.

Pero la situación actual es bien especial: es absolutamente falso afirmar que la narcogarquía pretenda desestabilizar el sistema. De esto ya se han encargado los mismos gobiernos de turno. Los narcos a través de las acciones de terror pretenden exactamente lo contrario: estabilizar al país a su favor. Postrarlo a sus pies. Tener un país "tranquilo" para poder ejercer su "profesión". No les interesa otro sistema, pues no tienen una tradición y un espíritu político para poder concebir una plataforma institucional y constitucional.

### **Corito celestial**

Los cronistas deportivos de Colombia son una raza muy especial. Siempre es clásico oír frases como esta: "doctor Mao, aquí desde el estadio rodeado por la preciosas mamacitas que le hacen barra al América le informo que Gareca, según me informa el médico del equipo, ha sufrido tremenda luxación en la oreja izquierda..."

El Tour de Francia, la Copa Mundo de Fútbol, en fin cualquier evento deportivo, no sería lo mismo sin el ánimo de estos cronistas. Una Vez, cuando murió Tito, el líder yugoeslavo, un locutor que se las tiraba de marxista, dijo que antes del partido se debería hacer un minuto de silencio en honor de "Tito Mussolini, el líder recién fallecido...". Pero el que es digno de antología es un analista arbitral que acompañaba a los presentadores de los partidos de la Copa del Mundo en México. El señor resultó ser poco analista del lenguaje. "Según ley 12 de la FIFA el cuidapalos se había horizontalizado sobre la esférica..." No explicó si para orinar o para qué.

El Tour de Francia también es de grata recordación. En el 83, un día la etapa era especialmente favorable para los escarabajos. Los pedalistas llevaban ya como tres horas sobre sus caballitos de acero, piñón 12, y todavía no llegaba la cuesta dura. En la radio solamente se escuchaba "Haaaga el cambio... yaaa lo hice con Rimula...". De pronto el locutor informó para todo el país, con su voz emocionada que Patrocinio, más conocido como el viejo Patro, acaba de saltar del paquete y se disponía a coronar el premio de montaña fuera de serie. Tal sería su emoción que dijo: "Dios mío, estos son nuestros cucarrones", en vez de "escarabajos". Pero ahí no termina todo. Ya faltaba poco para el

premio de montaña. La carrera séptima era un verdadero hormiguero de oficinistas y estudiantes que seguían la transmisión. De un momento, en plena carretera francesa, el locutor soltó la siguiente bomba: "atención señores, Colombia, Colombia, el viejo Patro acaba de pasar por el Alto del Turmequé...!". O no avisaron que se trataba del Tour de Boyacá o el locutor era tan chauvinista que no dijo el nombre verdadero del premio: el alto del Tourmalet.

En el último Tour de Francia nuestros locutores y cronistas nos mostraron realmente sus maravillas. En una etapa de crono-escalada, en la pantalla de televisión un recuadro mostraba el electrocardiograma de cada ciclista. Se trataba de mostrar las pulsaciones del corazón con el profundo esfuerzo que tenían que desarrollar. Un cronista dijo muy en serio: "como ustedes pueden ver señores televidentes, la altimetría de la etapa nos favorece completamente...". Otro en una etapa donde el Perico Delgado saltó del paquete y dejó fundidos a sus contendores dijo: "es realmente impresionante la forma como explotó el Perico...". El mismo cronista demostró sus conocimientos históricos, cuando en una bajada donde los ciclistas bajaban a mil por hora dijo: "son unos suicidas, unos kamikases, que a propósito eran pilotos japoneses de la segunda guerra mundial que se mataban sin camisa...".

Pero no todo es barro para los cronistas deportivos. En un partido de fútbol se encontraba un prestigioso político y un cronista se le acercó y le dijo: "¿doctor, cuál es la pena máxima en Colombia?" "No existe"... contestó el político. Sí, respondió el cronista, "es el penalty Doctor...". Acababa de nacer la nueva jurisprudencia en Colombia.

### **Upac is on my side**

Qué pasa con nosotros los nacidos en el 63, 64, 65 y 66? Nuestras madres nos arrojaron al mundo cuando apenas las canciones de los Beatles y los Stones empezaban a incendiar lentamente los comandos del universo. Mientras tanto en nuestra nación un grupo musical empezó a causar furor cuando apenas éramos unos babosos: el grupo era The National Front Teen Agers. Sus canciones más conocidas "Agrarian Reform" y "Upac is on my side".

¿Qué pasa en el universitario para que pese más en su conciencia un Par de Reebok que, por ejemplo, el problema de los desaparecidos? En el Uruguay son 135 casos por

desaparecidos y los militares están al borde de afrontar un juicio público Por estos hechos. En Colombia son unos 1.200 y solamente hay aclarados 35. Estos son datos que para casi todos los de mi generación no importan. Ellos no hablan de "Masacre en Urabá", rectifican y dicen "Ayer se celebró en el Country Club de Apartadó una lujosa recepción amenizada por los Ocho de Satán". Matan a una niña bien en un retén y se arma la de Troya. ¿Por qué no nos damos cuenta que Colombia entera ha sido varias veces acribillada en ese retén que es la violencia?

Lo cierto es que estamos obedeciendo demasiado. En el horizonte no aparece nadie capaz de tomarse la realidad por asalto. Nos hemos dedicado a ser pastores del ser y de dragones, cuando en realidad deberíamos galopar sobre ellos para derribar las puertas del mundo y para descifrar el ruido detrás de las cosas.

Ya se nos olvidó que el olor de la sangre es transportado por los vientos. Qué bueno sería que el ángel exterminador pasara por la casa de cada colombiano y pintara con sangre sus puertas. Lo único rojo que no nos queda en Colombia son los semáforos.

Nos hemos acostumbrado tanto a la sangre que ya ni respeto sentimos por ella. La sangre es nuestro espejo cotidiano, ese mar rojo donde los tiburones de cada mañana salen a devorar las pequeñas verdades y dejan inmensas mentiras para terminar de pasar el día y la semana.

No esperemos que nos den una oportunidad, hay que tomársela. Nuestros dragones nos exigen un cambio en la zona de alimentación: ellos no necesitan tomar Coca-Cola, sino puro fuego.

### **Halloween**

Todos los 31 de octubre el Halloween se ve empañado por la lluvia. Desde que tengo memoria, me acuerdo que mi capa de Superman hacía el papel de protectora ante la lluvia eléctrica. No sé cómo sea ahora, pero antes los supermanes estábamos en grupo. Los Batman y los Robin lo hacían también. Uno no podía aceptar en su legión a un niño embutido en un disfraz de rin renacuajo. Eso de salir muy tieso y muy majo no nos cuadraba a nosotros los héroes venidos de una galaxia lejana.

Sin embargo nosotros los supermanes teníamos un problema de logística muy grave: mientras los Barman y los Robin poseían un ámbito de lucha específico, a nosotros nos tocaba hablar de libertad y esas cosas. En realidad no sabíamos que era eso.

Mientras Batman hablaba del villano invitado, el Guasón o el Comodín, nosotros a lo sumo invocábamos a la criptonita como nuestro mayor peligro.

Hoy el Halloween sigue más o menos igual: niños con caries, lluvia, odontólogos con trabajo y guerra. Es impresionante, el estado de violencia al que hemos llegado. Una guerrilla que definitivamente no cree en el proceso de paz y un ejército que nunca ha creído en él. Lo de la ofensiva total ya es cuento viejo y recalentado. Ese cuento lo venimos escuchando desde el gobierno pasado. De algún modo especialmente extraño el cambio de disfraces tiene relación con la atmósfera enferma del país. Ya los niños no todos; no quieren seguir siendo embutidos en los atuendos de Batman y Robin ahora desean ser Rambo, Terminator, Robocop, o Chuck Norris. Son niños que quieren escupir fuego. Nosotros no escupíamos pues los héroes no escupen. Para nosotros era una cuestión de honor. Salíamos convencidos de que teníamos que impartir justicia y sembrar libertad en cada puerta. Esperábamos que detrás de la puerta apareciera una monstruosa bruja llena de verrugas y en cambio unas adorables abuelitas salían a repartirnos dulces. Esperábamos oír los gritos quejumbrosos de los torturados del Infierno, queríamos ver el taller mecánico de las escobas.

Poco a poco nos fuimos dando cuenta que año tras año todo seguía igual: lluvia, dulces, brujas adorables. Hoy es lluvia, dulces, brujas adorables y guerra...

## OCHO

Nueve de diciembre. Martes nublado. Pitos de carros y buses. Como siempre alisté mis libros y me fui para el colegio. Todo seguía su curso normal: iba rajado en matemáticas y el profesor al que le pinchamos el carro en el parqueadero del colegio sospechaba de mí. Un agudo tambor de lata me martillaba la cabeza. La razón: cuando uno quería entrar al mundo de la cultura, en el colegio donde estudié, se hacía un elegante coctel con aguardiente y vallenatos. Mientras iba muriéndome del guayabo, pero también de tedio, pensaba qué le iba a decir a esa china que no me dejaba ni dormir ni estudiar. Ocho de la mañana. La mente recién bañada. Los libros abiertos sobre los pupitres. Jartera.

Llegó el profesor de Comportamiento y Salud. La abreviatura era "C y S" y tenía una extraña pero cierta semejanza en el deporte. A esta clase le decíamos la clase del "ciclismo". Las dos primeras horas pasaron como una inyección dolorosa. Llegó el recreo, Hora de salir a echarse un pucho en el baño. Hora de hacer la tarea de francés. Hora de un brownie y de una Coca-Cola. Hora de mirar al cielo porque la mina ésta se había enfermado y las palabras cursis que le pensaba decir quedaron atravesadas en la mitad de la garganta.

De pronto sentí como si tuviera un bombillo por allá adentro. Pequeñas gotas de lluvia empezaron a caer. No me dieron ganas de ir a jugar una veintiuna con los del C y tampoco terminé la tarea sobre Rabelais. Nos tocaba la clase de gimnasia. En el calentamiento el profesor colocó en el equipo de sonido una música para desanquilosar el espíritu: de los parlantes salía la melodía de Let it Be, Help, Get Back, Dear Prudence y Julia. Ahí sí sentí que todo el sistema se me caía. No lograba explicarme qué me pasaba, pues siempre que escuchaba a los Beatles su música me elevaba, era un puente a la alegría. Pero ese día sus canciones sonaban como un tren triste en medio de una tormenta de nieve. El profesor de gimnasia viendo que además de la cultura necesitábamos un poco de ejercicio, nos sacó al campo de fútbol a trotar: 20 vueltas.

Mientras trotaba iba tarareando a los muchachos del puerto de Liverpool. La lluvia empezó a arrear y el profesor nos dio la orden de seguir trotando. El día terminó. Cuando llegué a mi casa, a eso de las cuatro, cogí el periódico para leerlo. Casi se me caen los ojos: en la primera página había un titular que decía: "Asesinado el ex beatle John Lennon". Todo era lógico. Unas noches antes había soñado con unas gafas redondas que se rompían sobre la nieve.

### **Gafas y villancicos**

1988 llega a su fin. El año del Dragón se apaga junto a los baños del crudo invierno y los baños de sangre. Nunca antes Colombia se había visto sacudida en el recinto de los hogares por tanta violencia. La masacre de la Mejor Esquina, el alcalde de Puerto Boyacá implicado y el presidente embobado. La masacre de Segovia y la policía tranquila en su puesto mientras una verdadera horda de sicarios se dedicó a sacudir con plomo la

población de este pueblo antioqueño. Editoriales que les costaba trabajo reconocer que la masacre la realizó un grupo paramilitar de la extrema derecha.

Esta ola de violencia en la que nos hallamos trae implicaciones colaterales que no son estudiadas como debe ser. La impunidad es el efecto más grave de estos delitos. Para los paramilitares la impunidad es la justificación de su atroz misión. Casi que se podría decir que bajo la desidia de un Estado que no ha sido capaz de aclarar toda esta cadena de crímenes políticos, los paramilitares han encontrado su mayor amparo.

No es tanto bajo la tutela de las fuerzas armadas que los paramilitares se sienten a sus anchas. Es, por el contrario, allí donde el estado es débil que la violencia paramilitar se encuentra más fuerte.

Por estos días se redactó un proyecto de ley que tipifica a la desaparición forzada como un delito punible, ya que en nuestra constitución no existe una figura que la contemple. En el país hay 1.700 casos de desapariciones denunciadas. Se calcula que hay alrededor de unos 3.000 casos no denunciados. ¿Ante quien denunciar estos casos, si hay muchos indicios que involucran a las autoridades? Como respuesta a este proyecto de ley salido del despacho del señor Ministro de Justicia y presentado por el Procurador General de la Nación, los sectores más retardatarios no han demorado en responder con frases como "Produciría caos en la justicia", "en el país no hay desaparición forzada sino inducida".

En verdad este proyecto de ley sí producirá "caos". Pondría en tela de juicio el concepto de justicia. Pondría a la justicia suspendida en una tela a punto de desgarrarse. Estos sectores están interesados en mantener la confusión para actuar sin restricciones de ningún tipo. Es una impunidad que sale de los escritorios. El otro punto es la "desaparición forzada o inducida". En Colombia es una realidad que los desaparecidos detenidos no desaparecen así como así en el aire. Muchos quieren hacer creer que lo que hay es una "desaparición inducida", y ponen como ejemplo el caso del novio que le dice a la novia que se fuguen sin decir a donde. Según esto los 4.000 desaparecidos que hay en el país fueron flechados por Cupido!

Según esto de diez años para acá, cuando empezó la desaparición sistemática en Colombia, el país se tornó inexplicablemente en un país de enamorados. ¿Qué hace mientras tanto el señor presidente? ¿Acaso prepara desde hoy su acostumbrado discurso

villancico de todas las navidades? El poder para qué, le han dicho muchos. Yo le pregunto: señor presidente, sus gafas ¿para qué?...

### “Tonces...”

Telefonar, telefonar. Algo tan simple, pero que produce el mismo efecto del que tiene que apretar un gatillo... el teléfono. Teléfono. El nuevo evangelio según Graham Bell. Donde se miente a la velocidad de la luz.

El teléfono, ese cable que puede unir corazones o destrozarlos. Hacer encontrar o desencontrar. Teléfono. Teléfono. Una palabra que tiene el sentido de lejanía, un aparato con esa canción de chicharrón que produce angustia en medio del silencio de los hablantes. Sin embargo, en el teléfono ¿siguen siendo también amantes? Marque ese número que usted sabe y si le dicen que "hoy no porque estoy cansado (a)", entonces échele candado a su boca. El corazón muere por la boca. Graham Bell no lo sabía. Usted sí.

Un teléfono suena en la redacción de un periódico. Si son las ocho de la mañana nadie hace mucho esfuerzo por ir a contestar. Seguramente es una llamada para el redactor distraído que se salió de su casa con las llaves y dejó a todo el mundo encerrado. Si suena a las ocho y media de la mañana es algún editor afanado que llama porque oyó un programa radial de esos que empiezan a llamar a los ministros y a la gente importante a las cuatro de la mañana donde dijeron que en Colombia se había institucionalizado la pena máxima, pero se da cuenta que la embarró. Todo era una fina tomadura de pelo, pues la única pena máxima que existe en Colombia es el penalti y él había titulado: "Implantada la pena de muerte en Colombia". Entonces inmediatamente empiezan a sonar todos los teléfonos: el rojo, el blanco, el azul, el violeta. Es el director que a bordo de su transbordador espacial llama preocupado. La piel del editor se pone piel de gallina. Promete ponerse las pilas y entonces al otro día titula a cinco columnas: "¿Y Echandía para qué?" Sobra decir que las líneas se bloquean pues todo Ibagué llama en masa a protestar contra el leve atentado informativo del ilustre periodista. El resto de las llamadas son iguales: "Y qué más" dice la redactora a la que llaman toda suerte de galanes telefónicos desde las nueve y media de la mañana hasta las ocho de la noche. Galanes que llaman desde Francia, Estados Unidos, México, Argentina. "Hi baby, what's the matter..." se oye del otro lado de la línea. En esta llamada no hay el tradicional chicharrón. Por el

contrario, se oye el chasquido elástico del chicle del hombre del otro lado del continente. Entonces la redactora emocionada responde: "mi mamá bien y la tuya...", O si no se escucha "Je t'aime petit bomborn..." y ella responde: "vaya a decirle trombón a su mamá..."

En la casa todo funciona de modo igual pero distinto. Es usual ver a la adolescente nerviosa que camina de un lado para otro y a la que los hermanos le dicen "hermana tienes una cara de teléfono que no te la quita nadie". Y es que toda la tarde se la ha pasado esperando a que el ring rompa la monotonía de la casa. Es un ring que se llama Hugo, Juan Carlos, Alejandro, Camilo. Entonces cuando suena el teléfono la adolescente se dispara hacia el teléfono. Pero todo resulta una patraña. "Oye soy Camilo, te acuerdas..." y ella empieza a sudar, el corazón se acelera a millón, los ojos se suben, se bajan, de pronto siente que todo le da vueltas. "Sí... hola Camilo cómo estás..." Ella espera que el muchacho le proponga una ida a cine. "te llamaba para pedirte el teléfono de Marcela, la amiga tuya". El mundo se abre bajo sus pies. No puede negar darle el número telefónico de su mejor amiga. De pronto lo que antes le sabía a miel ahora le sabe a un no sé qué oscuro.

También está el adolescente presumido con las nenas y que quiere dar la impresión que es un rudo, pues en el colegio hablando con sus amigos oyó a alguno de ellos que dijo que a las nenas les gustan los duros y rudos. Los pistolocos de Reebok, tenis amarillos y colita. Pistolocos que hablan de nenas, de Bonjovi en los partidos de basket, donde de pronto habrá tropel y entonces hay que llevar las manoplas. Entonces, cuando llama a una de ellas, pone el equipo de sonido a tronar con cualquier grupo de rock pesado y cuando ella pasa al teléfono lo único que atina a decir es: "Tonces..."

"Tonces nada ..." le responde la nena al otro lado de la línea. "Tonces" vuelve a insistir el muchacho mientras le hace señas al hermano menor para que ponga la canción de Miguel Mateos para ver si da mejores resultados "Tonces nada de nada..." Y así pueden durar horas y horas y horas y horas. En resumidas cuentas lo que quería decir el rudo y duro muchacho era invitarla a unas tradicionales onces con té y galleticas. Quién lo hubiera creído. El muchacho rudo, el pistoloco, el bárbaro de Unicentro come galleticas como cualquier abuelita chocha y malgeniada. También está la señora que llama y del otro lado le contestan: "Aló?, ¿a quién desea? Y entonces ella responde: "Yo a esta hora y a esta edad no deseo a nadie".

Teléfono. Teléfono. Teléfono que da rabia. Rabia de telefonar, un nuevo verbo para decir mentiras a la velocidad de la luz. Un nuevo evangelio según Graham Bell, las campanas de la duda, las campanas del silencio del chicharrón, esa angustia que produce oír ese inhóspito chicharrón en medio de dos soledades unidas por un cable, esa angustia que se llama teléfono y que se marca anteponiendo un simple y solitario "2". Irónico. Un dos. Y dos personas separadas. Tan cerca y sin embargo tan lejos. Teléfono. Teléfono. Teléfono. Teléfono. Teléfono. Teléfono. Un nuevo verbo para mentir y para excusarse.

### **Estafadores**

Recientemente en una encuesta realizada en todos los Estados Unidos, el grupo "musical" de la ciudad de Boston, hablamos de New Kids On The Block, fue catalogado como lo peor en muchos años en materia musical. El show de New Kids On The Block es sencillo. Música fácil de digerir, adolescentes limpios, blancos, correctos, que hablan de temas santos y que montan una coreografía pegajosa. Pero más allá de la histeria de las adolescentes, se ha montado todo un negocio que incluye camisetas, afiches y muñecos. Hasta el momento el grupo ha recibido algo así como 125 mil dólares por la venta de camisetas. Nunca antes en la historia del pop un grupo malo desde todo punto de vista había necesitado una estructura comercial tan grande para justificar su puesto en la escena musical norteamericana siempre acostumbrada a negocios y dólares antes que creatividad y rupturas musicales.

New Kids On The Block es la total contravía de expresiones del heavy metal que proyectan la desesperación de la juventud norteamericana. Cualquier marciano que llegara a los estados Unidos y oyera las pésimas canciones de New Kids, pensaría que ese país es el paraíso: cero drogas, cero conflictos raciales y generacionales. New Kids On The Block es el típico producto de una casa disquera que mucho mal le hace al pop. Se comprueba hasta qué punto un sonido sin coherencia se convierte en la pauta de las estaciones de radio, internacionales y nacionales.

Lo que casi nadie sabe es que New Kids On The Block grabó un disco por allá en 1986. Todo empezó como un proyecto de Ceell Holmes del departamento de música negra de Columbia Records. Fue un sencillo, del cual se sacaron veinte mil copias, pero fue un total fracaso, pues se dirigió el producto a la audiencia negra que los rechazó

Entonces aquí es cuando mete la mano el actual mánager del grupo llamado misteriosamente Mr. Starr -nada que ver con el baterista Ringo Starr-. Después de haber mordido el piso, Starr no se dio por vencido y empezó a preparar el primer álbum llamado "Hangin tough" editado en 1988. Starr promocionó el disco en las emisoras de mayor audiencia blanca para no cometer el error de 1986.

Starr no es un pintado en la pared. De 37 años, es un manager que en 1983 hizo la producción para el grupo negro New Edition. También tuvo que ver en algo con algunos trabajos de los Jackson Five. Starr, escribe las letras, maneja su imagen, programa los sonidos. Los niñitos no hacen nada, como si fueran idiotas. Antes de la grabación Starr los llevó a Lee School en Boston -una escuela negra- para que vieran como era que cantaban y actuaban en escena los grupos escolares negros.

Nunca antes un grupo musical estaba tan controlado en todos los sentidos como New Kids. Ya había sucedido en la década de los sesenta con los Monkees, que surgieron como una burda imitación americana de los Beatles. Y es que en muchos sentidos son como los horripilantes Monkees. Muchos hablan que New Kids On The Block manejan cierta denuncia social, que sinceramente parece más una artimaña para ganar un mercado como el negro, que en los Estados Unidos es amplio. Ellos hablan de integración social... de que justicia social... son blancos, demasiado buenos para ser músicos. Lo mejor del cuento es que de aquí a un año ya nadie se acordará de New Kids On The Block. Pasarán a los anales de la historia del pop como la peor estafa en los tiempos del sida.

### **La Conciencia Limpia**

Otra vez Bogotá con sus perfumes pestilentes. Otra vez la sangre que busca un corazón dentro del corazón. Otra vez otra vez. Enero de 1.990. Todo es igual, no me vengan con el cuento de que algo ha cambiado. Taxis, gaseosa, huevos, todo sube. Cada vez más el cielo gris de Bogotá brilla con el filo destellante de la contaminación. Nuevamente la ciudad inundada de vallas. Democracia con energía. Democracia contaminada. Democracia triste mientras pasan los buses ejecutivos a sesenta kilómetros. Democracia más triste todavía, democracia para retóricos. Se murió Alberto Lleras Camargo ¿y qué? "La conciencia del país, la verdad del liberalismo, el padre del periodismo moderno..." Cada vez que se muere algún proceloso líder de la montaña

nacional, liberales, socos, mamertos y toda clase de especímenes abundan para sacar a relucir las dotes de los muertos. ¿De qué sirven las virtudes muertas de los muertos? De pronto para llenar columnas con toda clase de epítetos. Parece que en el país los únicos que pueden ser "conciencia" y "verdad" son los que han nacido y se han desarrollado con la rica leche de la eterna vaca multicolor de la clase dirigente nacional. Un campesino muere entonces o lo mató la guerrilla o fue un "accidente" de las fuerzas del orden. Un indígena muere, pero entonces fue culpa de la tuberculosis. Pero nunca los hombres que se dicen conciencia y verdad de esta mediocre nación tienen conciencia que esas muertes que de algún modo fueron producidas por alguna de sus famosas verdades. Ya estamos cansados de los hombres de buena voluntad. Como ya estamos cansados de presidentes con bloqueos mentales. Ya estamos cansados de oír que por fin el rock en español resucitó. Ya estamos cansados de estar cansados.

Estos grandes hombres, padres de la patria, evidentemente tenían la conciencia limpia porque nunca la usaron.

### **Cornflakes para la desesperación**

Solamente un bandido de la talla de Gonzalo Jiménez de Quesada se le ocurrió fundar a Bogotá en estos parajes. Y quién sabe a quién se le ocurrió bautizar a una avenida del centro de Bogotá con semejante nombre.

Para conocer a fondo a Bogotá existen varias posibilidades: un pito de una buseta que llegue hasta el fondo de los oídos llenos de odio, subirse a la misma buseta y percibir la desesperación concentrada del 100 por ciento que exhalan aquellos pulmones anónimos carcomidos por el cáncer de la acidez mental. Desesperación de llegar lo más rápido posible a las oficinas públicas para enfrentarse a las miradas congeladas de millones de personas que llevan bajo el brazo el destino doblado junto a los titulares de diarios que dicen mico, sádico sexual, prefería a las sardinas de quince, detestaba a las ancianas.

Bogotá, una ciudad que estalla de vez en cuando, que se revuelve en su podredumbre cotidiana. Una ciudad con más bandidos que el Lejano Oeste. Butch Cassidy se hubiera muerto de tristeza en esta ciudad, pues otros harían el trabajo por él. Bogotá como toda ciudad latinoamericana es contradictoria. Es una ciudad mujer, que de día trabaja y de noche se va de fiesta y de vez en cuando se prostituye. Hasta hace algunos

años los periódicos locales, vieron al fenómeno del rock como "algo foráneo". Los más mamertos veían en él una especie de alienación del imperialismo anglosajón. Los más fachos, en cambio, como una invasión del mal gusto y de las costumbres decadentes.

Lo cierto es que el rock en Bogotá es un fenómeno social específico y se puede localizar geográficamente. El sitio del rocanrol ya no es la zona rosa de la calle 82 donde los niños y niñas "bien" del norte le dieron sepultura para dar paso a la nostalgia medio disco, medio Punk, es decir se quedaron en la mediocridad.

El rocanrol tiene casa. Se llama La Candelaria. Pero es específicamente el heavy el que se ha apoderado de la tradicional zona apta para toda clase de conspiraciones septembrinas.

Los pestilentes de los barrios duros de Bogotá se toman la Candelaria los viernes y sábados. Su capital: escasos mil pesos, que alcanzan para una cerveza mezclada de vez en cuando con sustancias non sanctas y el cover. El resto es dinamita. Baile y baile toda la noche. Si hay oportunidad de un levante mucho mejor. De vez en cuando la noche huele a heroína. La noche no resiste análisis críticos de la escuela de Frankfurt. A lo sumo aguanta más bien un detallado análisis de laboratorio, de esos centros médicos que se llaman Jesucristo Obrero, a dónde son llevados de cuando en cuando los duros del heavy cuando el cerebro estalla, no tanto por las sustancias que el establecimiento reprime, como por el desempleo, la represión y la depresión que el mismo establecimiento prodiga a sus hijos.

Mientras en la calle 82 un estudiante de derecho de la Pontificia se gasta ocho mil barras para complacer a su chica, echarle gasolina al Monza y comprar una rosa a la negrita de turno, en la Candela, mil pesos alcanzan para algo más que una cerveza: un bus

meissen-Luna Park, un desfogue con Darkness, La Derecha, Excalibur y un polvo triste entre punketos desnutridos. En el norte las vitaminas el milo y los cornflakes se desvanecen establecimiento prodiga a sus hijos.

Mientras en la calle 82 un estudiante de derecho de la Pontificia se gasta ocho mil barras para complacer a su chica, echarle gasolina al Monza y comprar una rosa a la negrita de turno, en la Candela, mil pesos alcanzan para algo más que una cerveza: un bus meissen-Luna Park, un desfogue con Darkness, La Derecha, Excalibur y un polvo triste entre punketos desnutridos. En el norte las vitaminas del milo y los cornflakes se

desvanecen con un vodka medio fino. Los heavys en cambio esparcen la aguapanela hacia las emociones eléctricas de una guitarra de una banda "speed". En el norte se corre el peligro de terminar asesinado por un escolta. En la Candela más vale morir atravesado por una sobredosis de ciudad. Bogotá ciudad adicta a la tristeza.

### **Muerte en acción**

Muerte en acción. Nena vete a la mierda. Estoy cansado de este mundo que da vueltas y vueltas esperando un asalto nuclear. Primavera nuclear. La chica de Chernobyl no puede procrear. La suciedad del silencio industrial, los perfumes de la dinamita estallando en cada cuerpo mientras mil taladros atraviesan los ciclos teñidos de sangre, mientras mil balas destrozan pulmones llenos de odio. Basura, basura, basura. Estos son fragmentos de letras de alguno de los grupos de trash y hardcore que a todo lo largo y ancho de la década pasada se dedicaron a infectar las ondas radiales y los acetatos.

Todavía no son aceptados en el compact disc, por dos razones: en primer lugar sería una contradicción conceptual, pues las sucias bandas de trash reniegan del Dios Progreso y de la sociedad de consumo. Su música va dirigida especialmente a los jóvenes de clases proletarias que creen en un único Dios, en una sola religión: El No Futuro. Su Sucísima Trinidad es: la Desesperación, el Desempleo y la Suciedad. Tres odios y una misma música. Por eso ellos saben que sus fanáticos van por la calle con un acetato negro, que en fondo es el símbolo de la estética del siglo que ya termina. El disco negro es el fantasma de la civilización, es la Biblia sonora de los que no creen ni en sí mismos. En segundo lugar el compact disc está reservado para la perfección del sonido absoluto. De una parte el láser como negocio no acepta el trashes duro y sucio, pues éste está concebido para una relajación acompañada de un whiskey. Por eso el trash se ha quedado en el acetato. Sí y qué. No es que se encuentre atrasado. Por el contrario, el acetato permite registrar ciertas imperfecciones, ciertos ruidos, cierta contaminación y eso es lo que quiere el trash. Si por ellos fuera venderían sus discos en un basurero con un pedazo de chatarra en lugar de un poster.

Si el trash metal ha sido catalogado de sucio, el heavy en anales de la satanización absoluta de la juventud norteamericana sintió otra vez su cuerpo, que colectivamente lo

sentía mutilado por los efectos letárgicos de la Segunda Guerra Mundial. No en vano se ganó el apodo de "Pelvis" Presley.

En 1969, el Papa Juan Pablo IV, excomulgó al grupo pionero del metal: Led Zeppelin, supuestamente por "satánicos". Lo cierto es que los monjes malditos Page y Plant nunca negaron nada. El rock, puede ser satánico del mismo modo que los pintores han pintado a Belcebú. Pero el asunto no para allí. En octubre de 1980, el baterista de Led Zeppelin, el señor Bonham muere en un accidente de moto y la prensa explotó muy bien una de las curiosas acusaciones de un fiscal: se acusaba al guitarrista Jimmy Page de haber causado su muerte con magia negra. Black Sabbath no se salvó tampoco y tanto del lado católico como del anglicano las chispas de furia no se hicieron esperar. Sobre todo porque sacaron al mercado una camiseta donde se mostraba a un ángel fumando y leyendo el periódico y a otros dos jugando cartas. Muerte en acción. Nena vete a la mierda. Estoy cansado de este mundo que da vueltas y vueltas esperando un asalto nuclear. Primavera nuclear. La chica de Chernobyl no puede procrear. La suciedad del silencio industrial, los perfumes de la dinamita estallando en cada cuerpo mientras mil taladros atraviesan los cielos teñidos de sangre, mientras mil balas destrozan pulmones llenos de odio.

Basura, basura, basura. Hace un año aproximadamente el profeta del mal ejemplo Ozzy Osbourne volvió por sus fueros: en una iglesia de un cementerio del East London filmó uno de los más satánicos videos de la historia del Heavy: Miracle man news. El video fue dirigido por Wayne Ishman, el mismo que ha realizado supervideos para Son Jovi y Motley Crue. El video muestra a Ozzy vagando por una iglesia acompañado de trece cerdos amaestrados. Lo único claro de todo fue que cuando el heavy empezó a sonar los trece cerdos se dirigieron a la batería y se estacionaron alucinados con el tam tam acelerado. Al final un peculiar olor a trece cerdos heavys quedó pululando en la iglesia. El olor del heavy, pero también de la sociedad del siglo XX.

### **"Recomendaciones para ir a un Bulevar"**

En el mes de diciembre del año pasado se inauguró el Bulevar Niza y de algún modo se desplazó el centro de atención de la vanidad adolescente. De la carrera quince con calle 127 pasó a la misma calle 127 con carrera 52. Son más que simples y aburridas 37 cuadras: son doce años, del copete con gomina y zapatos bom bum al copete Alf, y

sobre todo al rock en español. Aquí le damos unas cuantas recomendaciones para que usted no se la deje montar de las pandillas que se han tomado al Bulevar Niza como su hogar. Vamos pues.

1- Cuando a usted lo salude un pelado de pelo parado, chaqueta de cuero y cigarrillo, lo mejor es que le diga, sin dejar que él lo haga primero: "Tones que viejo tal...". Si no lo hace corre el riesgo de que le digan: "Ojo con ese catano que tiene pinta de tira".

2- Lo más aconsejable es que usted se vaya de inmediato a Sanandresito y se compre unos Reebok originales, pues si se va con unos chiviados seguramente oirá: "ese tipo lleva unas chandas puestas". Y entonces lo rodean y le empiezan a mirar las chandas.

3- También déjese el pelo largo atrás y corto en los costados. De cuando en cuando pásese las manos por atrás y mueva el cabello. En el Bulevar Niza es signo de "punkería".

4- Que no se le vaya a olvidar el arete por Dios! Ojalá sea un diamantico como el que usa George Michael. Los cueritos y las pulseritas están out, no las lleve.

5- Si a usted lo saludan, usted debe decir también: "yo soy Rovira, de los duros del Virrey". Ni por equivocación vaya a decir que es del Agustiniiano porque ese colegio es muy líchigo.

6- Si usted es más entrado en años debe decir (para recordar sus buenas épocas): Rovira, Rovira, viejos del antiguo San Lucho y también del Asturiano Norte.

7- Apréndase hasta la quinta generación de Miguel Mateos y de los Prisioneros, pues seguramente le van a preguntar qué hacia el amigo del bisabuelo del líder de los Prisioneros. Si no sabe responder lo mejor es que diga que era manager de un grupo de música quechua.

8- Llegue también hablando de metal pesado en todas sus tendencias: speed metal, black metal, metal basura. Por ningún motivo vaya a hablar de que la única banda de heavy metal que hay en el país es Paz de Río.

9- Si le preguntan qué está haciendo diga: de "fly" por ahí. No vaya a decir de "Rolling por ahí" pues es ya muy líchigo.

10- Y si le preguntan qué es líchigo" diga que Jorge Barón y su libro.

### **Recomendaciones para ir a misa**

En el artículo anterior hablé de las recomendaciones para ir al Bulevar Niza, esa mezquita de cúpula de vidrio templado y donde Pilar y sus bicicletas son las reinas. De algún modo especialmente misterioso y extraño el Bulevar con toda su magia plastificada no es el mejor reflejo del espíritu de los muchachos de Niza. Paradójicamente, esos muchachos medio incrédulos, biyis, patanes, se comportan y dejan ver más claramente su naturaleza en la misa de siete de la noche los domingos, ahí junto al Ley de Niza. Allí es posible encontrar a Rovira, a los likis del liceo Pascal, a uno que otro del San Carlos que para dárselas de duro se hizo el "skin head" y anda con los del San Lucho y tiene por novia a una "sucia". Una "sucia" es una chica que sabe las últimas incidencias del último disco del último grupo de black metal de algún pueblo perdido en las montañas suizas. Bueno creo que es hora de que los biyis hablen por si solos...

1- Si usted es muy piadoso, pero antes de misa le dan ganas de fumarse un cigarrillo tenga cuidado, pues seguramente le pasará lo siguiente: se le acercará un "sucio" (el que tiene una "sucia" por novia) y le dirá: "Viejo, regáleme un encendido para el cigarrillo..."

2- Lo más conveniente es que usted diga que tiene un disco de una banda de heavy metal cristiana. No se le vaya, ni por equivocación, decir que lo único que escucha es la tuna de la Javeriana o el trío Madrigal. No se sorprenda si le dicen que Black Sabbath son unos "dulces angelitos. "Esos locos de Led Zeppelin, le aseguro que son católicos. Yo los vi comulgando con un man de cachos..." esas son las típicas frases que se escuchan a la salida de misa, donde carros y biyis medio tropeleros se encuentran confundidos. Atrás quedaron los tropeleros de verdad. Los de ahora son de medio pelo. Los auténticos eran los del San Viator que varias veces volvieron m... a los del Granada, a los del San Carlos. Mejor dicho casi les aplican el estatuto de seguridad.

3- Póngase la pinta más corrida: jeans, preferiblemente con un roto a la altura de la rodilla, un parche con la bandera de Inglaterra, la gringa es muy líchiga, una camiseta de U2, esos manes son soyados y católicos, gafas negras, así sean las siete de la noche. Si usted no sigue estas recomendaciones tendrá que aguantarse que le digan "nerd", "sapo" o cosas peores.

4- Masque chicle y diga que la hostia sabe rico con uno de sabor a cereza. "es que los tiempos cambian viejo. Dios es un loco que toma Coca-Cola y de vez en cuando viene al Bulevar". Hable de "jefe, que tal el rumbeto de anoche?"

5- Eso sí, cuando llegue la hora del sermón hable con naturalidad de la rumba del día anterior: diga como si nada de los litros y litros de guaro que se tomó, de todas las viejas que se comió enfrente de la mamá, del pique que echó contra un Mazda por toda la séptima. No vaya a decir que fue a cine a la Castellana, ni a Unicentro, porque en el primer caso le dirán "intelectual" y en el segundo "voltiarepas".

Siga al pie de la letra estas recomendaciones que le servirán tanto para andar en el Bulevar, como para ir, a misa de siete los domingos en Niza. Pero tenga por seguro que usted nunca va a saber qué es un cura, pues a la entrada por lo menos cincuenta biyicitos y biyicitas se encargan de hablar más bien de Judas Priest.

### **Complicidad del árbitro**

En menos de una semana el país pasó a estar colgado de un delgado hilo de viento. El lunes 27 de febrero cayó asesinado el sindicalista y miembro de la UP, Teófilo Forero. El viernes José Antequera y Ernesto Samper Pizano son abaleados en pleno aeropuerto El Dorado. Al principio la gente no comprendió bien la noticia. ¿En el aeropuerto?. Hasta ahora el espacio de sicarización, o más bien los espacios afectados de la sicarización, eran las avenidas y los pueblos. Las noticias hablaban por si solas. La muerte de Lara Bonilla fue en una avenida. La de Baquero Borda también. Muchos han caído en los andenes de las ciudades y los pueblos de Colombia. Pero lo de la primera semana de marzo es insólito. Poco a poco los sicarios van conquistando espacios. No en vano en Medellín se impusieron entrando en los terrenos mismos de la inteligencia. Asesinaron a varios profesores de la Universidad de Antioquia. Va a llegar el día en que los sicarios maten al muerto en una afirmación más de su fría misión.

Hay un aspecto que llama poderosamente la atención en el espacio conquistado por el sicario. Todos sabemos o por lo menos identificamos a los pasillos del aeropuerto El Dorado con la victoria de nuestros deportistas. La gente ha ido hasta el aeropuerto a recibir a Lucho, a Parra y a muchos otros. Esos corredores son la neutralización de la vida cotidiana del ciudadano común y corriente. Allí entran en contacto con el mito, con los

intocables. También hay que tener en cuenta que los aviones siempre han jugado un papel muy curioso en la mentalidad de nuestra gente: son algo así como monstruos de la técnica. Maravillas de la ciencia. En todo caso son también un mito. Y precisamente en ese espacio mítico la muerte irrumpió y de algún modo conmovió las bases del mito deportivo. De algún modo lo deportivo también está tocado por la sicarización del país. Siempre se ha antepuesto lo deportivo a la realidad: cuando se tomaron el Palacio de Justicia, la radio una hora después, estaba transmitiendo un partido de fútbol. Tres días después de lo ocurrido en el aeropuerto, llega a ese mismo lugar el Pibe Valderrama procedente de Francia. La prensa en revuelo.

Todavía está fresca la sangre. ¡Pero qué fácil olvidan los colombianos!

Todo era como si nada. Todo era como si nada. Todo era como si nada. Lo que pasaba era que los sicarios habían metido un gol -de penalty- con la complicidad del árbitro.

### **¿Lee usted el I Ching?**

El I Ching siempre ha estado de moda en Colombia. Somos un país donde lo oriental ejerce una influencia muy especial. Sin embargo, ha tomado un impulso especial desde que Jorge Barón publicara su libro "Mis primeros cuarenta años con prólogo de Belisario Betancur que vio en el muchacho de Ibagué una promesa de las letras panas. Y de la arquitectura también. Las malas lenguas dicen que éste programador no escribió una sola línea de su libro sin consultar antes una versión especial de I Ching: se trataba de Liching, o I Ching para líchigos. El siguiente test revelará si usted cree de verdad en el I Ching o en el Liching.

1. Cuando le sale la figura del caldero piensa en:
  - A. Caldear los ánimos
  - B. Caldos Maggie
2. Cuando le sale "la perseverancia trae ventura" piensa en:
  - A. En la última vez que fue a La Perseverancia fue una aventura
  - B. En los "coletos" que van a "La Perse"
3. Usted tiene el libro con prólogo de Jung porque:
  - A. Le dijeron que era un excelente economista

B. Jorge Barón dijo que era la mejor edición

4. El ying es para usted:

A. Un producto textil no popular entre la juventud

B. El french poodle de su primo

5. El yang es para usted:

A. Un producto textil no popular entre los jóvenes

B. Uno de los hijos de Jorge Barón

6. Usted nunca muta porque:

A. En Time leyó que era malísimo para el ojo derecho

B. Plinio mutó y le cambiaron el nombre

7. Cuando le hablan de las estrellas usted piensa en:

A. Su novia(o)

B. En el Show de las Estrellas

8. Cuando le sale la lluvia y la niebla usted piensa en:

A. Llamar al Himat

B. Comprueba que el prólogo del libro ha sido escrito por Max Henríquez

9. Después de leer I Ching usted hace:

A. Chi chi

B. Le dice chi a todo

### **Calificación**

A. Si usted no se sintió muy capaz de responder a las preguntas, seguramente usted todavía es de los que se van a que les lean el cigarrillo en Chapinero. Todavía está a salvo, pero no se sorprenda si lo invitan a una rumba de lobarquestas en la Plaza de las Comunicaciones, frente a Unicentro.

B. En cambio, si usted respondió con suma facilidad el test, vaya de inmediato a una notaría y cámbiese el nombre; de ahora en adelante usted se llamará Jorge. Vaya a Jhorman y cómprese las corbatas de pepitas azules sobre fondo negro pues muy pronto lo nombrarán en las relaciones públicas allá donde sabemos.

### ¿Es usted académico?

Por estos días la discusión se ha entablado entre los respetables Académicos de Historia y el autor de importantes telenovelas como "Cien años de Soledad", que en su versión venezolana se llama "Cien años de Cristal", el incunable Gabriel García Márquez. Y todo por la aparición del "General en su laberinto" donde pinta a un Bolívar de carne y hueso y eso no le gusta a los académicos que lo tienen de yeso y mármol. El caso es que un Bolívar con acento costeño, más bien flaco y también feíto no compagina con la imagen griega de los señores académicos. Como ser académico es algo muy contagioso, usted señor lector, se verá en la obligación de responder este test. De pronto usted resulta ser un espécimen de estos si no un mico simplemente.

1- El caballo de Bolívar orinó por primera vez:

A-En Angostura

B-En Pisba

C-Pantano de Vargas

2-Vargas era:

A-Averígüelo usted

B-El dueño de un pantano

3-Jiménez de Quesada era:

A-EL dueño de una quesería muy "chirriada"

B-Un centro comercial

C-Un constructor de avenidas

4-La primera frase que dijo Bolívar fue:

A-La unidad de América

B Mami, me hice pipí

5-Santander era:

A-Un departamento donde queda el parque de Gallineral

B-Una avenida de Cúcuta

6-Angostura es:

A-Un lugar clave para la historia de nuestros países

B-Una marca de fajas

C-Así quedó su novia después de una rigurosa dieta

7-La Quinta de Bolívar es:

A-Una moneda venezolana

B-Un equipo de béisbol de Cartagena

8-El Márquez de San Jorge era:

A Una cafetería del barrio San Jorge

B-El pariente lejano de un tal García Márquez

### **Calificación**

A- Si se sintió como dicen "un hacha" para contestar el cuestionario, usted está listo para escribir un libro historia en compañía del padre García Herreros. El libro se llamará "Bolívar, primer cura párroco criollo".

B- Si en cambio, estuvo un poco perdido, usted todavía no está capacitado para leer "El general en su laberinto". Dedíquese, entonces a jugar estralandia y lego.

### **Esta Ciudad Gris**

Bogotá ciudad gris. Gris sobre gris. Gris sobre los ojos de la gente. Gris sobre la orquesta del smog que ejecuta su sinfonía de aceite quemado allá en el fondo de los buses. En las entrañas de las ballenas de metal, en sus pubis, se cocinan los fantasmas gaseosos de esta ciudad que lo hace uno llorar, pero no de tristeza, ni siquiera de compasión. Solamente razones carbónicas. Y también invernales.

-Qué fácil es deprimirse en Bogotá! Solamente basta con abrir un poco las cortinas por la mañana y comprobar que el sol también tiene jartera de calentar esta ciudad que dejó de ser un laberinto de sombras y silencios y se convirtió en otro de luces y ruidos. Y entonces se enciende la radio y las ondas hertz también están contaminadas de los ladridos lejanos de los perros de la violencia, se alcanza a percibir el olor de la sangre en los siete vientos mientras uno toma su jugo de naranja con refuerzo de vitamina C. Naranja con sangre. El país es una licuadora. ¿Quiénes son las naranjas?

Y entonces comienzan a desfilar por las calles, carreras y avenidas la gran armada del tedio. Tedio de corbata roja y zapatos negros. Tedio de maletín de cuero reluciente. Tedio de calculadora Texas Instruments y cuaderno plastificado. Tedio de una buseta mientras cada rostro trata de esconderse detrás de sí mismo. Rostros que ensayan una

sonrisa que se les ve forzada como si los duendes del asfalto los estuvieran boleteando con millones de tristezas.

Acto seguido viene el concierto de los pitos y desaparece toda serenidad. Aquella serenidad de las tardes muertas cuando uno solamente estaba por ahí escuchando música o viendo pasar la gente y los carros en una avenida, se fueron para siempre. Aquellas tardes después de eternas noches de fiesta se ven bruscamente interrumpidas por los estampidos de estas bestias de acero que están impulsadas por los látigos de gasolina.

Bogotá ciudad gris. Centro gris, sur gris, oriente gris, occidente gris, norte gris. Bogotá gris. Bogotá gris. Parece aviso de algún almacén donde vendieran tedio repetido. Javier gris. Como si la ciudad no tuviera suficientes temores, ahora le han inventado uno nuevo, un tal Javier, que pronto estará en los anaqueles del olvido. Se acabaron los días del largo ocio sobre los potreros viendo las cometas bailar en el viento, se acabaron las fiestas de los primeros cigarrillos. Se acabaron los cines pequeños. Y todo porque a alguien se le ocurrió celebrarle los 450 años de gripa a esta ciudad. Gris. De nada.

### **Harina de otro costal**

Estuvo en Bogotá y en Medellín al que los medios de comunicación llamaron el "papá" del rock en español, Charlie García. Sin embargo, el público bogotano metió a Charlie en el mismo costal donde se encuentran los Prisioneros, Mateos, Soda Stereo y disque el mejor grupo colombiano "Compañía Ilimitada". Ciertamente el rock que hace este rockero es en español, pero como él mismo lo dijo la noche del concierto en la Plaza de Toros de Bogotá "Ese asunto del rock en español es una mierda..." En otras palabras estaba acabando de una vez por todas con la octava maravilla del mundo que descubrimos los colombianos el año pasado: el trillado rock en español, que en Colombia se venía haciendo desde hace unos veinte años atrás.

Hay rock húngaro, rock español, rock argentino, rock sueco, rock inglés, pero la esencia y el fundamento es el rock, es la música que trasciende más allá de las fronteras nacionales e individuales y se proyecta como una emoción o mejor un código de emociones específicas distinto al código emocional que puede presentar, por ejemplo, la música clásica. Por eso cantó una canción de Prince. Por eso invocó a los Beatles. Y estaba en todo su derecho, del mismo modo que cualquier escritor puede decir que sus raíces son

los griegos. Pero Bogotá es el colmo de la desfachatez. Aquí se pretende que el rock en español es un movimiento "cultural". Sin embargo, creo más bien que algunas empresas se han aprovechado del platillo y del bombo para de paso, crear unos premios absurdos. En este sentido el rock en español que se escucha en Bogotá está al mismo nivel de cualquier desodorante o champú que venden en la tienda de la esquina. Triste destino del rock, que pasó de contestatario a ser una música ya demasiado vulgar. No porque sea grosera, sino porque no hay elaboración. Por eso no se puede meter a Charlie García en este costal del mal denominado "rock en español", empezando porque las letras de las canciones del argentino son de una inteligencia poética única, que en ningún momento se pueden comparar con las porquerías de los llamados vanguardistas del rock en español. Se salva Mateos.

Estoy seguro, además, de que en Medellín la música de Charlie García fue entendida a cabalidad, pues Medellín es una ciudad con una tradición rockera más fundamentada que Bogotá. Allí hay más distancia crítica. Bogotá se precia de ser la capital del rock en español, pero Medellín es la capital de algo más sencillo y mucho más importante: simplemente es la capital del rock.

### **Sufran Mamones**

Estuvieron en Colombia los llamados "Hombres G". Realmente bajo el rótulo de banda de Rock and Roll estos adolescentes hacen comer cuento a más de un colegio de niñas históricas. Su música es de fácil digestión, allí no hay mayor elaboración lírica ni conceptual. Me da la impresión de que todo hace parte de una conspiración muy bien planeada por parte de las monjitas que dirigen los claustros de estas niñas con un ataque de menopausia repentina.

Todo es una conspiración para borrar el fantasma de Charlie García, que la gente en Bogotá no entiende. Con Charlie García se tuvo la oportunidad de entrar por la puerta grande de la verdadera universidad del rock, es decir poesía electrónica. Pero con el regreso fatal de los "Hombres G" se da un paso atrás impresionante. Se pone al público bogotano ante el provincialismo del rock. Pero es un provincialismo no solamente geográfico, sino también sentimental.

De hecho aquellas canciones de amor entre adolescentes es un provincialismo sentimental. Un provincialismo musical en precedentes y que corrobora la tesis de los detractores del rock en español, quienes dicen que absolutamente todo es pura basura. Lo que sí es seguro es que los "Hombres G" son la gran estafa.

Una estafa que se mediatiza con las bebidas colas y con la euforia reprimida de los adolescentes que creen que ante éstos, los "Tipos G", se encuentran ante una especie de Beatles. Pero nada de eso. Los españoles vienen a terminar de corromper el gusto musical del poco rock bueno que se escucha por estos lados. No es posible que el avance que se logró con Mateos o Charlie García, se venga abajo y todo porque él se le robó la chica a otro y éste lo tiene todo preparado y esta noche va a destruirle el coche y en su camiseta le va a poner polvos pica pica. No hay derecho a que la gente se trame de ese modo y todo en aras de la juventud". En aras de la diversión y de las bebidas gaseosas. No hay derecho a que las monjitas hicieran cola para ver a este grupo español, tal vez la mayor estafa que ha pisado tierra colombiana este año.

### **BOGOTA S. A.**

Bogotá con el Doctor Rock a bordo. Para curar la fiebre producida por el smog. Bogotá, Bogotá, Bogotá. Una palabra chibcha que suena a bus urbano blue bird con escape de monóxido carbónico, una palabra que es muchas palabras, muchas sensaciones, muchas luces y bombillos rotos, huecos, chanchullos. Paranoia. Una ciudad que es muchas ciudades silencios al tiempo. La primera Bogotá es aquella que empieza su rutina a las seis de la mañana. Y muere hacia las diez de la mañana. Es la Bogotá de los basuriegos, de los rusos que cogen los primeros rayos del sol y sus buses para ir a construir a la Bogotá del cemento y la arena. La Bogotá de los gamines que salen de los puentes. Hacia las siete de la mañana ya son los estudiantes los que empiezan a insertarse en esa nueva marea de busetas que huelen a colonia de contrabando, o a rostros demacrados por el cálculo y la física cuántica, a saco recién lavado en una máquina de cuatro velocidades y programable. A esa hora parece como si la luz apenas se estuviera construyendo, las pocas aves que hay vuelan y se posan en los árboles. Una que otra sonrisa, uno que otro cigarrillo, una que otra felicidad aplastada sobre el pavimento. A las diez de la mañana esa ciudad fenece. El último pitazo del chupa vestido de azul o de la mota con pañoleta y vogue sinderella indica

que ya ha comenzado el desfile de la otra Bogotá. Los trancones desaparecen, y empiezan en municipio en unos pocos metros cuadrados. En los bancos, en los ascensores, en los salones de las universidades. Es la Bogotá de los académicos, de los indicadores, de los comentarios de los artículos. La Bogotá de la censura. Censura que empieza cuando un diario, un columnista contraescapado de la izquierda y lambiéndole a las puertas celestiales dice que fue un acto de "responsabilidad" no haber revelado los documentos que implicaban al Ministro de Gobierno. Censura sobre los ciclos de Bogotá. Censura, cuando prohibieron el programa de Castro Caicedo, precisamente cuando no cualquier militar, sino su jefe, iba a hablar, a develar el misterio "semántico" que cae sobre ellos.

A las doce del día vuelve y renace otra ciudad. Es la Bogotá de las minifaldas de cuero negro, del primer cigarrillo del día, de la hamburguesa o de los crepes. Bogotá emparedada. Bogotá con coca cola para sobrellevar esa modorra que le da a uno cuando el mesero ha traído la cuenta. Bogotá con propina. Bogotá es la propina que nos dio el infierno. Mil techos se confunden con el olor a helado de chocolate de la calle 24 con séptima y la mierda que hablan los periódicos y los políticos. Bogotá entre las tres de la tarde y las seis. Bogotá radio taxi real s.a servicio puerta a puerta, apenas cuatro pesitos, el tanque lleno por favor, la jartera de ir a la casa a hacer nada, a reciclar el tedio acumulado durante todo el día, a lavarse las manos para quitarse el olor a gris que se le pega a uno en Bogotá cuando camina por sus calles, a no recordar que Bogotá es un constante basurero de la memoria donde se siembra nostalgia y se recogen pesadillas. Bogotá, una palabra que suena a pesadilla o a café capuchino con crisis existencial de tercera categoría, es decir pasada con algo de la nueva trova cubana. Cuba connection. Una palabra que suena a pesadilla. Una pesadilla que suena a capuchino. Una ciudad que es un capuchino. Se la toman y la botan y lo peor es que la cobran, y bien caro.

### **La realidad nacional: un sueño de perros**

A Luis XIV, rey de Francia y vanidosamente llamado el "Rey Sol", el picante pueblo parisino le quitó la tranquilidad y le acabó la paciencia con chistes y cancioncillas irónicas que circulaban en el fondo de las tabernas y burdeles de aquel París sucio e interesante. No nos debemos extrañar nosotros los colombianos -tan dados al arte de la retórica- que por estos días circulen toda clase de expresiones marginales, como el chiste

y el graffiti, que dicen mucho más que las aburridas disquisiciones de politólogos y políticos sobre el caos de la realidad del país. No en vano el chiste "in" ya no es el último sobre el Sida, sino es uno que ha cogido alto vuelo en las encopetadas reuniones sociales y que en síntesis trata de la conversación entre un gringo y un paisa. El gringo afirma que su país es el más desarrollado del planeta porque tiene un satélite en Marte y el paisa le responde que no porque nosotros tenemos un barco en la luna. ¿Qué hay de extraño y de misterioso en la conciencia del colombiano para que de un momento a otro, de una semana a otra, haya pasado de la euforia maravillosa de nuestro fútbol en Argentina y Wembley al pánico por las marchas campesinas y al estupor por el aleve secuestro del doctor Gómez Hurtado? ¿Qué hay detrás del júbilo de la celebración de un gol y en la demostración de los "pañuelos blancos" por la liberación del dirigente conservador secuestrado? Es que en verdad estas últimas semanas han sido como bien lo han dicho Lennon y sus muchachos, "a hard day's night", unas semanas en vilo, una noche de perros.

El 2 de junio a las once de la mañana el pueblo colombiano ratificó una vez más su vocación de rebaño terco y contradictorio. Sin distinguos partidistas el folclor nacional se apuntó un verdadero hit, empezando por las altas comparsas del gobierno. Monjas, alumnos descarriados, periodistas, policías, obispos y ministros se lanzaron a la calle pañuelo en mano conformando la más grande obra de arte conceptual-surrealista de que se haya tenido noticia en el mundo del arte en los últimos tiempos. Como para contárselo a Warhol. Para tan memorable ocasión fue menester levantarse diez minutos más temprano para llevar bien aplanchado el pañuelo de la salvación nacional. Y es que ya tenemos una respetable tradición: basta recordar como el 28 de mayo del 84 a las 12 a.m. B. B. ordenó el repique de campanas y la venta de empanadas en forma de paloma para celebrar el acuerdo de cese al fuego con las FARC. Frustrados artistas, aerosol en mano inundaron cuanta blanca pared encontraron y las llenaron de esperpentosas palomitas para invocar la paz del país.

Era tratar de borrar con un maluco trazo blanco la profunda y negra huella de 30 años de violencia. Al paso que vamos el país va para una parálisis irreversible. Si uno se pone a pensar en la cantidad de jornadas de pañuelos blancos que se tendrían que hacer por los desaparecidos a manos de los cuerpos de seguridad del Estado y de los secuestrados de la guerrilla, habría que encargar al Dane o al que sea (podría ser, por ejemplo, el

departamento de Ciencia Política de los Andes) para que diseñe un calendario de lo que se podría patrióticamente llamar los "domingos de los pañuelos". ¿Por qué el pueblo colombiano -ese mismo que vimos el dos de junio- a la hora de las elecciones, cuando en verdad tiene que ejercer su voluntad a conciencia y su razón con libertad, no acude en forma masiva y pensante a decidir su destino colectivo, y en cambio en momentos de crisis se deja llevar por ligeras sensibilidades populistas? Y es precisamente en esos instantes de crisis inminente y extrema cuando ciertos sectores que tienen gran acceso e influencia en el colombiano medio empiezan a invocar al tirano que nos gobierne. Fue el caso del respetable padre -relojero de Dios- que desde el púlpito en una misa por la liberación de Álvaro Gómez, ante personalidades conservadoras, fue constantemente ovacionado cuando repetidamente pidió que las fuerzas armadas tomaran las riendas de la situación y que se invadiera Casa Verde, además de la ruptura del dialogo del gobierno con la insurgencia. ¿Por qué y con qué derecho se lanzan peligrosas provocaciones y tentaciones a las ovejas del Señor? ¿Por qué el interés en la polarización, si justamente lo que el país requiere en este difícil momento es una cohesión sólida y solidaria?

El país está fatigado de las balas de los violentos -vengan de donde vengan- pero también de sensiblerías que no conducen a ninguna parte y en cambio nos deja la duda de proponer ante el Congreso la compra del Pibe al Montpellier para que maneje esta descarriada nación, pues al fin y al cabo ha demostrado que es el que mejor maneja los pies. ¡El secuestro del doctor Álvaro Gómez va más allá de las cursis demostraciones de afecto colectivo! Es el punto coyuntural de una crisis generalizada. Para resolver esto, Colombia necesita verdaderas reformas a todo nivel y no pañuelitos blancos de salvación nacional. Los pañuelos los dejamos para las tardes de toros y para otras cosas, pero no para sacar al país de la crisis y la confusión.

¿Qué hay de extraño y de misterioso en la conciencia del colombiano...? La respuesta que se podría aventurar es esta: los colombianos tienen ciertamente la conciencia limpia... ¡Pues claro! porque nunca la usan...

### **¡Sí al condonato!**

Primera escena: una pareja hace el amor sin condón. Según da escena: la misma pareja hace el amor con condón. Tercera y última escena: la misma pareja lo hace sin condón. Título de la película: "Cónrones no entierran todos los días". Para nadie es un secreto que el Sida es el gran reto para la ciencia mundial, pero también para el mundo de la publicidad. En Colombia el problema adquiere puntos de vista radicalmente diferentes en cuanto a la investigación y a la prevención de esta compleja deficiencia inmunológica. Hace tiempo el mejor inmunólogo colombiano (y tal vez mundial), el doctor Patarroyo, al ser interrogado sobre la posibilidad de una vacuna contra el Sida desarrollada en el país, contestó que si bien el problema es grave a nivel mundial, en Colombia habla otras prioridades como la malaria, la tuberculosis y la desnutrición. Hasta este punto el planteamiento es comprensible, pues no contamos con una sólida estructura de investigación como para desarrollar la vacuna contra el Sida. Pero lo que si no es comprensible es la desidia del Estado para las mínimas medidas de prevención.

Y la mojigatería de los estamentos que rigen esta sociedad que ven en el Sida una especie de maldición. Lo mínimo que el país y el gobierno deberían haber hecho hace tiempo es la repartición masiva de condones en la entrada de colegios, universidades, fiestas y oficinas. Para nadie es un secreto que los últimos niveles de los colegios y las universidades son verdaderos cultores del atletismo sexual. ¿Por qué se piensa que a la droga sí se le puede hacer publicidad preventiva en la radio, televisión, cine y prensa, y al Sida se le relega a un peligroso silencio? En los primeros meses del año una posible propaganda para televisión sobre el uso del condón fue rechazada por el Consejo de Televisión que agrupa a representantes de la Iglesia, el gobierno, los televidentes, los padres de familia... y fue precisamente la Iglesia la que pegó el grito en el cielo cuando en realidad debió pegarlo en la tierra. ¿Por qué se desprecia el cuerpo en aras de la espiritualidad? Hasta donde tengo entendido la iglesia se preocupa por la salud espiritual de sus feligreses. El Estado a través de su Ministerio de Salud debería tomar cartas sobre el asunto y no dejar funciones a estamentos que del cuerpo poco o nada saben. La sexualidad es un asunto muy importante y dada la influencia de los medios, una sana publicidad del condón es lo mínimo que se puede hacer en vista de la remota posibilidad (hasta el momento) de una vacuna. Colombia debería mirar hacia sus vecinos y ver cómo en Venezuela el mismo

Lusinchi inauguró una fábrica de condones y en México Lucía Méndez aparece en televisión favoreciendo las ventajas del cauchito. No tenemos nada que envidiar; que tal Amparo Grisales promocionando el uso del condón, o así como una marca famosa de chocolatinas tiene su propio álbum de historia natural, el gobierno con su fábrica nacional de condones podría sacar la historia de las enfermedades inmunológicas. Si un famoso banco- el de las pepas rojas- es el abanderado de la lucha contra la drogadicción de los pepos, Uniroyal podría ser el abanderado de la lucha contra el Sida a través de la promoción de baratos y sanos cauchitos.

A nuestra joven generación no se le puede dejar en la completa desprotección por culpa de la mojjigatería de ciertos estamentos, siendo además la salud un bien de los colombianos –un bien que está consagrado en la Constitución-. Si hasta el momento hay cierta reticencia por hablar del Concordato, no se puede dejar de lado el hecho de que el condonato debe imponerse sin tapujos y sin miedos. Esto no es un valle de lágrimas; por el contrario es un valle delicioso. "Cónrones no entierran todos los días", pero sí cadáveres y hay que ver la fama de maricas que cogen.

### **La bestia estrafalaria**

El 27 de Junio pasado llegué a mi casa a eso de las siete de la noche y desconecté el teléfono para que mi amigo Manuel no llamara a contarme sus avances con las garlopas. No quería que nada ni nadie fuera a interrumpir lo que prometía ser una magnífica mano de televisión que comenzaba a los ocho y media de la noche con un concierto en Inglaterra con figuras excepcionales: tres de los Beatles, Tina Turner (que piernas, Dios Mío!), Clapton... y que seguía a las diez con el combate entre Tyson y el señor Spinks.

La primera contrariedad surgió cuando a mi hermana menor en un profundo ataque de necedad le dio por afirmar que la pelea era entre Tyson y Lora y que las Flans eran mejor que los Beatles. Menos mal no estaba Jorge Mario recordándome que tenía que ordenar el archivo. Me instalé frente a la pantalla con una cerveza en la mano a gozar de la mejor música de todos los tiempos y a esperar el derramamiento de sangre anunciado a las diez.

Llegó la hora de la verdad y allí en Atlantic City estaba la crema y nata de la cultura popular gringa: Paul Simon, Jesse Jackson, Jack Nickolson y claro Don King y el

maravilloso Alí. Me extrañó no ver a Gorbachov, que si tuviera un poquitín de visión, podría haberle dado a su perestroika un pantallazo universal si hubiera besado la cabeza del campeón en aras del desarme. La fiesta duró solamente noventa segundos y me quedó un sabor amargo en la boca ante tanta desfachatez. Se suponía que se iba a presenciar la pelea del siglo y en cambio vimos la actitud más estrafalaria montada en el país más estrafalario del mundo. Basta pensar en unos datos interesantes para comprobar que hay cosas más obscenas que Cepeda y que el gabinete de "Salvación Nacional" de Durán: la bolsa que ganó el señor Tyson por salir a corretear a su contendor equivale a un poco más de las ganancias de Bavaria en un año. Lo que gana la bestia en un segundo equivale a 280 años de trabajo de un obrero colombiano! Constantemente nos quejamos de la violencia que la televisión imprime en sus programas y en verdad no nos damos cuenta de lo que vimos esa noche del 27 de Junio fue una violencia más sutil y subliminal: la violencia del tener y no tener. Al ritmo que vamos el Grupo de los Ocho debería entrar a negociar con Don King la deuda externa latinoamericana. En vez de la pena de muerte para los narcos, el Congreso americano debería proponer entretenidas veladas entre Ochoa, Gaviria y el Mexicano contra el señor Tyson (con los ojos vendados claro está).

Lejos estamos de la irreverencia de Alí y su lengua prodigiosa. El señor Tyson no habla; golpea y hasta su joven esposa no se salva. Claro que Tyson no puede afirmar lo mismo que Ali, cuando antes de un combate dijo que él era el "negro más bello del universo". Basta recordar la pelea en África entre Foreman y el mismo Alí. Un verdadero concierto estético de boxeo y gallardía, la estética de la sangre bien derramada, pero no está payasada millonaria que vimos recientemente, que nos deja a la expectativa de si será un elefante el próximo rival digno del señor Tyson.

Definitivamente Alí era de una generación contestataria y Tyson parece el triste reflejo de una sociedad en decadencia. Con Alí teníamos un vocero de su raza, el orgullo de un hombre, un genio que ponía su espíritu en sus puños. Con Tyson tenemos a un niño inmaduro que golpea a su esposa y estrena Roll Royce como proponer diálogos nacionales a destiempo.

Decepcionado apagué el aparato y terminé mi cerveza pensando con horror que de aquí a unos cuarenta años el señor Tyson pueda ser el candidato a la presidencia de los Estados Unidos y que ya no hará listas de comunistas como Reagan para el FBI, sino listas

de descuartizados y mutilados para Amnistía Internacional y para la Organización Mundial de la Salud. Si la pelea hubiera sido en Colombia, Barco no habría dudado en aplicarle a Tyson el no menos estafalario Estatuto anti-Terrorista.

### **Señor Presidente: Let it be...**

El terrorismo vive en función del impacto publicitario que se logre con un acto de esta naturaleza. En este sentido el terrorista mide el éxito de su acción no en función de la carga de dinamita –no en su onda explosiva- sino en el eco que se le da en los medios de difusión.

Hace poco los medios -en un acto sin precedentes en el contexto nacional- suscribieron un acuerdo para no difundir comunicados de los grupos terroristas. Sin embargo ha quedado en el aire una impresión generalizada. A pesar de que hay un frente común del periodismo contra el chantaje, el grupo que ha mantenido en vilo la vida de la nación (el M-19) ha sacado el mejor provecho de dicho acuerdo y manipulando ha sabido absorber la atención de todo el país, del mundo y de la prensa, escrita, radial..., con el reencauche de su ya conocida propuesta política del diálogo nacional. Ha quedado la impresión de que la subversión maneja códigos de mayor inteligencia que el gobierno, gobierno que torpemente -a la manera de las dictaduras- se autoproclama por la televisión a través de unos discursos que francamente refuerzan la tesis de que el veto del cual hablaba el Señor Presidente hace unos meses se lo impone él mismo con su torpe canal de comunicación con su pueblo. Mientras se habla de frenar la anarquía, la insurgencia le ha dado al hecho una proyección política internacional innegable. Basta recordar el episodio de la toma de la embajada de la República Dominicana. En aquella ocasión, el M-19 manejó de tal forma la situación que ante el mundo el gobierno de Turbay tuvo que aceptar la existencia de presos políticos en nuestro país. El secuestro de Gómez Hurtado ha puesto de manifiesto dos cosas: el M-19 se abandera de una reconciliación que el gobierno no ha podido sacar adelante y segundo este mismo grupo ilegal desde todo punto de vista usando métodos ilegales exige la paz por cauces políticos. La pregunta que se avecina es tremendamente grave: ¿Ante el desgobierno reinante, por qué el anti-gobierno está demostrando que tiene más voluntad para por lo menos lograr reunir en Panamá a altas personalidades nacionales para concertar el diálogo? Por las toldas del gobierno existe un

desconcierto y ambigüedad totales. No se sabe si es que el gobierno no cree en la reconciliación y sí en la solución militar o si es que no tiene ni idea que es la paz. Reflejo de este desgobierno enfermizo son dos frases ya muy desprestigiadas y que han hecho carrera en el paredón de la infamia. La primera, una especie de consigna del Señor Presidente cuando de la paz habla en términos de "mano tendida y pulso firme". Ni guerra ni paz. El total sancocho nacional. Y la otra la del ministro de Gobierno cuando ante inversionistas extranjeros dijo que "el gobierno no podía controlar la violencia". La paradoja es evidente: la subversión ha tomado una bandera que le corresponde al gobierno y que este no ha sabido empuñar.

Es grave la situación cuando es la misma insurgencia la que demuestra mayor habilidad y sagacidad política al acaparar la atención de la prensa a pesar del acuerdo ya mencionado- y de otro lado por desplazar de la concertación del diálogo al gobierno. Y es que parece que ya toman por obsoleto y demacrado a un gobierno que decididamente ha mostrado más voluntad de desgobierno. No entiende como un Señor Presidente se ufana con las estadísticas del rendimiento económico cuando el país se desangra. Y es que cuando un sector que tiene como vocación la acción violenta, como la guerrilla, de pronto se sienta a proponer la paz, una bandera que le corresponde al sector que tiene vocación de paz, -el gobierno-, es entonces cuando se palpa más a la luz del día el desgobierno en el que nos hallamos.

Tanto es así que a los medios se les ha pegado la miopía y el frente contra el chantaje ha sido insuficiente porque solo se midió el eco publicitario y no el político. Por defender al Estado se descuidó al país nacional, por proteger la seguridad se dejó de lado la paz.

El Señor Presidente debe dejar a un lado su prepotencia, que definitivamente no le queda nada bien, y sentarse a reflexionar y a formularse la pregunta más sensata, brillante, inteligente y profunda que haya producido político colombiano alguno en todos los tiempos. El Señor Presidente debe alejarse por un instante del mundanal ruido y de sus asesores y hacerse esta pregunta: ¿Y el poder para qué?

### **El periodismo rosa**

Urgente. A Juan Gossaín y Margarita Vidal les acaban de otorgar en ciudad de Méjico el reconocido y codiciado Premio de Periodismo Rosa "Hello Kitty" por su maravilloso e ilustrativo informe sobre los detalles del secuestro y liberación del doctor Álvaro Gómez. Se informa que el jurado estuvo conformado por altas y representativas Personalidades de la SML (Sociedad lacrimógena Mejicana): Verónica Castro, Capetillo y Colorina, entre otros. El jurado nos ha comunicado que la sección "Informe Confidencial" es desde todo punto de vista un novedoso aporte al periodismo investigativo. También se supo que Alf entrará a reforzar el equipo periodístico en su "Informe espacial".

El jurado ha destacado varios puntos del valioso informe que ya hace parte del Archivo Nacional y con el cual una programadora brasilera proyecta hacer una telenovela que se llamará "A gossain la vida" (es decir "A gozar la vida"). La SML ha considerado de suma importancia lo siguiente:

1- La forma como el Informe Confidencial adelantó una exhaustiva investigación para averiguar como el día del secuestro del dirigente conservador, su reloj se rompió y se paró. El hecho es que era uno de esos relojes de la famosa locura suicida, perdón Suiza.

2- El descubrimiento de una mota de la bufanda de Álvaro en la esquina de la 83 con 11.

3- También la forma como lograron establecer el color de los interiores de Carlos Pizarro. Según Gloria Valencia, asesora de modas del Informe, eran unos bellísimos calzoncillos en tonos caquis y pardos, apenas aptos para la temporada de verano de las exóticas montañas del Cauca. Están confeccionados en Lycra de Dupont y diseñados directamente por el Eme (Emeterio).

4- A Margarita le contaron que en el Mr. Ribs hay un nuevo trago después de que se supo que Gómez Hurtado había tomado un vaso de licor de incógnito en aquel restaurante. La innovación se llama "whisky a hurtadillas".

5- El cambio del segundo apellido de Álvaro. De ahora en adelante no se llamará Gómez Hurtado. Sino Gómez Devuelto.

6- Que Bateman no podía ver ni en pintura a Robin.

7- Fenalco le contó al Informe que Pizarro abrirá en Unicentro una nueva pizzería que se llamará "La tropa nostra".

8- Por su parte, el ministro de Defensa abrirá una que se llamará "Pizza plomo".

9- La censura al programa "pialogando',... por sospechas de conexión con la subversión.

10- Según pudo confirmar Juan Gossaín, B.B. fundará para los niños del Chicó un jardín infantil que se llamará "mi primer dialoguito".

El Informe tiene la fotografía del graffiti que apareció en un muro bogotano y que dice "los desaparecidos estamos en el monte, firmado Álvaro Gómez".

El jurado ha sido muy justo al conceder como premios a esta objetiva pareja de comunicadores, cuadernos de Hello Kitty, borradores y afiches para que decoren sus oficinas. Una colección de telenovelas mejicanas para que perfeccionen el estilo. Un ensayo de Joan Collins que se titula "Soy cursi y qué". Un lote de hermosas chivas blancas traídas de las montañas suizas. Después de haber recibido el Premio "Hello Kitty", Juan y Margarita han decidido cambiar el nombre del Informe Confidencial. De ahora en adelante se llamará el Informe Zodiacal.

### **Dos lunas**

Nunca el país ha tenido alborotado su espíritu de contradicción como en estos días. Los colombianos poco o nada les importa la situación de miles de personas que sufren los estragos del invierno en Córdoba, pero en cambio siguieron paso a paso, gota a gota, el matrimonio de la niña Mencha. Al presidente Barco, la Universidad de Nebraska le otorga un "honoris causa" en leyes, que es como si la Universidad de Pitalito le hubiera dado a Reagan un título en agricultura y otras artes agrestes. Galán decide disolver su movimiento de "boys scouts" y fue la primera vez que el dirigente no sacó en plena reunión su lonchera. Algo pasa cuando en una carretera se produce un atraco de más de 100 autos y la policía ni se inmuta.

Cada día estoy más convencido que el pueblo colombiano carece de una visión histórica. Visión histórica que necesariamente se vería reflejada en una marcada vocación política. En cambio lo que comúnmente se ve es una profunda apatía por los grandes temas y una tendencia tremenda a la cursilería. ¿Cómo es posible que a la gente le interese más

las incidencias de un matrimonio que la paz? En un país donde el divorcio tiende a ir cada día en aumento y donde la institución matrimonial parece estar en crisis, esa misma gente que no cree de a mucho en eso, sale a ratificar a una pareja en matrimonio.

A nadie parece importarles la vida y la situación de los colombianos de la costa que padece un invierno muy duro. Para ellos no hay absolución posible. El país cree darles un servicio mostrándolos por los noticieros. Ellos no necesitan compasión. Necesitan ayuda. No necesitan mercaditos del Idema. Necesitan que se les otorgue una moratoria en los intereses de los créditos de la Caja Agraria. No necesitan curitas para curar un gran mal.

Mientras todo el país seguía absorbiendo una boda, por el telefax, otro país agonizaba entre las flores del invierno. Mientras un país especula sobre la luna de miel, el Otro se ve agobiado por otra luna pero de mierda...

### **Querido viejo**

Tenía 9 años cuando el más sanguinario ser que haya parido el cono sur (ese cono sur debería metérselo por donde sabemos), derrocó al único gobierno socialista del continente que haya llegado al poder por la vía del voto. De mi mente no se borrará aquella mañana de septiembre cuando pegado al radio escuchaba las noticias sobre el golpe. En la radio se hablaba de que el Presidente Allende, siempre tan gallardo el viejo, resistía acompañado apenas por unos cuantos amigos, leales hasta el último instante. Las imágenes de la televisión me impactaron mucho más: el Palacio de la Moneda totalmente destruido, los tanques, los soldados, la niebla de la brutalidad en el aire. El Estadio Nacional de Santiago, aquel donde unos tres años antes Allende pronunciara un emocionado discurso, era ese día un campo de desolación y de vejación al ser humano.

Los reyes de la devastación se regocijaban en lo que más les gustaba: escupir sobre la sangre. Allí mismo murió Víctor Jara, profesión: cantor popular, le cortaron las manos para que no siguiera cantando y animando a los prisioneros, murió desangrado. Una sangre olvidada derramada sobre un anónimo césped. Me inventé juegos absurdos mientras en la radio se escuchaba la detonación de los aviones y de los tanques y mientras decían que el comunismo había sido extirpado de esa parte del continente. En mi mente infantil pensé que podía ayudar a miles y miles de kilómetros a mi querido viejo Allende, a través de juegos absurdos. Por ejemplo, cogí unas cuantas canicas. Coloqué una "pota" en el final

de un corredor. Me situé a unos 20 metros, la prueba era difícil, y con las otras bolitas jugaba a darle a la primera. Pensaba que si le daba con tres seguidas, Allende resistiría y saldría airoso. Como casi siempre pasa en este tipo de juegos, no logré acertar a pesar de que en el colegio tenía fama de tener muy buena puntería. Parecía que las canicas me estuvieran dando un golpe de estado.

Otro juego, ya la desesperación llegaba a su más rabioso extremo, fue el de salir a una avenida cercana y contar diez carros que en ese año era lo que más se veía por las calles: los Renault 4. Pensé que si lograba contar por lo menos 10 de ellos en menos de un minuto. Allende se salvaría. Inexplicablemente pasaron como 7 Simcas y solo unos 4 Renault.

Ya en esa época conocía algo de la música de los Beatles, que compartíamos con un vecino; coloqué "Help", "Let it be", una y otra vez, hasta el cansancio. Mi pequeña alma infantil se iba haciendo cada minuto que pasaba, con cada descarga que sonaba, más y más insignificante. Un dolor ridículo me apretó el estómago. Vomité. Otra vez "Let it be". Ese piano y esa guitarra sonaron aquel día desgarradoras. Ya en la noche todo parecía estar decidido: mi puntería se había agotado definitivamente y mi querido viejo Allende ya estaba muerto sepultado por eternas cenizas de brutalidad.

Me fui a dormir. Pesadillas. El 12 de septiembre sentí que la niebla me cubría los ojos. En el colegio me convidaron a jugar canicas. No me acordaba del día anterior. Llegué a donde un chino que tenía un morro de tres potas chinas. Nadie había podido atinar. Me cuadré en la línea de tiro, apunté y como la vil canica se estrellaba contra el trío multicolor. Gané. En ese momento me acordé de mi falta de puntería el día anterior. Me pareció ver el rostro de mi querido viejo Allende reflejado en una de las canicas. Lloré. Lancé las bolitas a la mierda. También quise irme para allá.

### **Lucho por la locha**

Ya quedaron atrás las famosas etapas de Alpe d'Huez, Morzine Avoriaz, el Tourmalet. Ya quedaron atrás las caravanas de recibimiento, los remolinos de gente frente a los televisores de la carrera séptima con calle 20, en Bogotá, cuando la gente se salía de las oficinas, los taxistas se bajaban de sus carros, los chepitos no cobraban, por ir a sentir

la sangre hirviendo de la emoción cuando Lucho dejaba sembradas las cuestas francesas de dinamita. Lucho por la paz se decía en esos años, 1985.

Ahora a lo sumo hay que dejar escapar de la boca, con mucho dolor, un escueto "Lucho por la locha". No es posible que un equipo de ciclistas, que hay que decirlo, no son unos muertos de hambre, que tienen el apoyo de la prensa, del Presidente que espera llenar su armario del "maillots amarillos", de la empresa privada, vaya a Francia y se tire a la locha. Estamos en el mismo caso de la escuelita donde el profesor divide en grupos a sus estudiantes y después escoge a uno de cada uno y les hace la previa. Sobra decir que si estudió el grupo se salva, de lo contrario sufre una aguda tendinitis en los nervios. Con Lucho estamos ante lo mismo: Lucho, de algún modo fue a representarnos como país, es decir fue a representar nuestra sangre. En ese sentido es como aquel muchachito que sale frente al profesor muy orondo y seguro de sí mismo, pero a la hora de la verdad sale con un chorro de babas. De nada valen las excusas. Lucho no corrió la Vuelta a Colombia precisamente para llegar en un 100 por ciento al Tour.

De nada valen las defensas que hacen los cronistas radiales colombianos que estaban cubriendo esta competencia. Quinientos millones de pesos tirados a la locha.

Tal como están las cosas para Lucho puede hacer lo siguiente: lanzarse a una curul para el Concejo de Arbeláez, pues en Fusa ya ni de fundas, o decirle a Bermúdez que organice y monte un novedoso Tour exclusivamente para él: el Tour de la Normandía, ahí por los alrededores del barrio Normandía.

### **La Muerte se llama Viernes**

News. Padre nuestro que estás en la nada, santificada sea tu nada, vénganos tu nada, hágase tu voluntad así en la nada como en la nada, en la quince como en la décima, en la Caracas como en la Circunvalar. Bogotá, 8 pm. Ni un PM por ahí, todo hacía presagiar que se trataba de un viernes común y corriente, de un viernes donde lo mejor que le podía suceder a una mujer era poner un Vogue Cinderella sobre sus labios, esa especie de semáforos del rostro, que a altas horas de la noche dan luz verde a las palabras azules que nacen luego de haber mojado la lengua con un poco de veneno. Esas son las mejores palabras. Bogotá, cinco minutos después de las ocho. Un viernes llamado tedio. En las busetas los mismos rostros de siempre. Golpe a golpe, codazo a codazo, ventana a

ventana, peso a peso, la gente se dirige a sus casas, no hay nada que hacer, la infelicidad se ha apoderado de la noche bogotana. Es muy difícil decir palabras bajo un poste, tal vez faltan las sombras de los árboles para decir palabras al oído con sabor a hierba. Bogotá, diez minutos después de las ocho de la noche. En Bogotá las luces de neón se han transformado en luces de león. Cada veinte metros hay un zoológico triste y electrónico, mil tristes tigres, mil tristes tigres, el salto del tigre, el del gato parece ser más efectivo, pero qué va, va tocar cambiar las tácticas violentas: una mañana los habitantes de Bogotá amanecieron con azúcar en los labios. Solamente se dieron cuenta aquellos que se besaron. Preferible las tácticas más dulces, la del azúcar, esa misma que sirve para verter en el café y de pronto pronunciar palabras teñidas, palabras que echan humo, pues ya no resisten un recalentamiento en el sistema de frenos. Pero son esas palabras las que se quedan sin sentido, sin gasolina, sin espejo para el rostro, sin azúcar a las ocho y quince minutos cuando ya todo parece evidente: Bogotá es un corredor perdido de un largo túnel donde lo único que falta para racionalizar la violencia es que se proponga la elección popular de escoltas y de sicarios. Padre nuestro que estás en la nada, santificada sea tu nada, vénganos tu nada, hágase tu voluntad así en la nada como en la nada, en la quince como en la décima, en la Caracas como en la Circunvalar.

Ocho y medio de la película de Fellini, o La Nave va, la estaban dando en el Avenida Chile, el caso es que ya eran las ocho y media de la noche y todo era evidente; nada era evidente. Todo o nada. Esas son las monedas que hay que manejar en las avenidas bogotanas un viernes por la noche, es la moneda de la putica triste que se para debajo de una luz de neón a que se la coma el frío y la jartera, es la moneda del chofer del bus que parece una cámara de gas, un pequeño campo de concentración ambulante, una nevera pestilente, es la moneda del celador que envuelto como un tamal diabólico, de pronto se da cuenta de que ni la putica triste ni el chofer, tampoco él, saben lo que significa el todo o nada, por eso mejor callar, mejor no hablar, mejor no amar, no odiar, no caminar, no ser, mejor pegarse al rumor negro de la ciudad y dejarse llevar por él, montarse en su corriente alucinada y only rocanrol, only almacenes, only ser yo aquí, tu allá, only disparar el arma de dotación en caso de extrema necesidad, only pasarse el semáforo, only only, uy qué ropa tan bacana, only disparar. Es la orden. Alguien dio la orden de disparar el fusil de la tristeza. Eran las 8:45. Viernes.

### **"Romance en Berlín":**

La sexualidad de la luz apagada Vs. el arte de amar

Directora: Liliana Cavani

Actores': Kevin McNally/ Gudrum Landgrebe Mio Takaki

En julio de 1956, Ionesco, el famoso autor de varias obras de teatro, advertía que "el mundo de los campos de concentración no era una sociedad excepcionalmente monstruosa. Lo que vimos allí era la imagen, y en cierto sentido la quintaesencia de la sociedad infernal en la que nos sumergimos cada día". Con un sentido claramente agudo, Cavani hace explotar al espectador allá en el fondo de su cuerpo pues su pretensión es totalizadora: nos adentramos en el universo complejo de la sexualidad, universo que de alguna manera especialmente extraña se hace más patente dentro de un sistema autoritario como lo es el nazismo. Esta referencia al nazismo no es banal pues ya en otra película ("Portero de noche"), Cavani estableció aquella relación entre sexo y autoridad de manera magistral.

Si presenciamos una experiencia sexual localizada claramente en un proceso histórico determinado, no por eso se puede afirmar que aquello es patrimonio exclusivo de esta época; antes por el contrario, la intención última es la de mostrar hasta qué punto un sistema autoritario puede ser la esencia misma de la sexualidad de Occidente, que en la realización se desoculta como "una sexualidad de la luz apagada". Todo parece indicar que solo a determinada hora leen la noche) y a ciegas es que se puede lograr el sexo en Occidente es decididamente unilateral: la penetración. Ante la univocidad de la sexualidad Occidental, encarnada en el matrimonio Von Hollendorf, surge el leve temblor sereno de Mitsuko Matsugae I Mio Takaki) que despliega abiertamente todo un arte de amar, una etiqueta al erotismo. Mitsuko, la hija del Embajador del Japón en Berlín, es ante todo la belleza en todo su resplandor, esparciendo su encantamiento por encima de normas sociales y morales. Estamos ante un problema complicado que todavía Occidente no se ha atrevido a resolver: la belleza hace temblar cualquier valor universal por más sólido que éste pueda ser; en Occidente es evidente que a la belleza se le objetiva dándole cierta distancia a través del arte. En Oriente el asunto es bien distinto: la belleza no se busca; ella viene hacia uno: ella es. Ya Platón sugería expulsar a los poetas (los creadores de lo

bello) de la ciudad pues la verdad de lo bello no es el bien común sino el encantamiento, la seducción y el placer.

La evidencia profunda que esparce Mitsuko sobre sus amantes es bien clara: ¿si el cuerpo no fuese alma, qué es el alma? En contraposición de la penumbra del sexo Occidental, la japonesa nos abre a la claridad universal del erotismo haciéndonos ver hasta qué punto en esta materia todavía los Occidentales somos unos cavernícolas: se trata de sacar al sexo de su estrechez de cama y sábana e impulsarlo más allá del bien y del mal e incluso de la misma muerte; el cierre del flash back es un suicidio que para la oriental se revela más como victoria que como derrota. Bien vale la pena resaltar el trabajo de Cavani que nos estremece, haciéndonos ver que más que una película sobre el amor sexual es una película sobre la Belleza misma.

### **"Danton"**

El intento del director polaco en este trabajo no es la simple reconstrucción de un momento histórico determinado pero tampoco el engrandecimiento de un héroe alumbrado por la luz mítica de los siglos. A primera vista parecería que hay en mente una concepción de la historia basada esencialmente en las acciones de los grandes personajes: un Danton que se incrusta en el corazón de los tiempos para hacer pulsar la sangre del mundo a su antojo. Vamos a tomar otro tipo de interpretación que se vislumbra en la realización y que tiene que ver con los momentos de ruptura y crisis antes que con los grandes períodos históricos.

Si bien se tomó la figura de un personaje específico, la finalidad es desocultar la ruptura que deja entrever un proceso, en este caso la Revolución Francesa. Antes de concebirla superficialmente como una película "histórica" habría que verla bajo las pautas más universales del historicismo como concepción de la historia articulada en esta realización cinematográfica; este historicismo fílmico va al momento, tratando de verlo en su más íntima inmanencia temporal sin hacer interferencia. La pretensión del director es grande: se rescata a Danton ya no como "monumento" sino como "documento" vivo que halla su resonancia precisamente en la ruptura misma del proceso histórico. Pero tal vez dejemos que sea un contemporáneo de Danton (Saint Just) el que exprese la vibración

de la crisis que la película asume: "están talladas todas las piedras para el edificio de la libertad; podéis erigirle un templo o hacerle una tumba con las mismas piedras".

Nos parece que hay que dejar de lado cualquier interpretación "romántica" del asunto, pues se trata de ver la captación de una voluntad de poder arraigada profundamente en una voluntad de ser. Queremos dejar atrás la idea de que la volición de un solo hombre sea capaz de manejar el curso de las situaciones; nos vemos abocados a una interpretación más universal en la que el género humano pueda ser lo que no es: en 1789 el pueblo francés aspiró a la igualdad y a la libertad. Sin embargo es entre la voluntad de poder y la voluntad de ser que se instala la ruptura como tal: la ruptura es el mundo como idea, deshecho ante la violencia de los hechos.

Danton como experiencia cinematográfica muestra la trascendencia de los ideales muertos de la Revolución en una realidad que ya a-priori los había traicionado. Nuestra interpretación permite el uso de extrapolaciones que muy seguramente Weide tuvo en cuenta en su realización: es el caso de la ruptura que se da en su Polonia donde es muy posible que la tumba de la libertad ya esté erigida. Danton como trabajo fílmico asume la tarea de captar al mundo como imagen temporal dando a revelar que tanto el cine como la literatura acuden al pasado buscando la irrupción del acontecimiento antes que ir a limpiar la fachada de los monumentos que se erigen para borrar el documento; detrás del monumento de la Revolución Francesa irrumpe la ruptura misma y la semilla de destrucción de un mundo que se concibió de acuerdo a la más alta de las ideas: la Libertad.

#### **Anexo 4: Entrevista a Chaparro Madiedo por Ana María Escallón**

##### **Soy de CocaCola, aspirina y Neón**

20 de junio 1993, 12:00 a.m.

Rafael Chaparro es filósofo de computadora, cocaCola, blue jean y camiseta que siempre ha tenido ganas de escribir con un rápido impulso irreverente. Es, indudablemente, su manera de expresar su inquietud incómoda con el mundo en el que le tocó vivir. Rimbaud es su guía; a través de su lectura se le quebró el ritmo interno de la vida espiritual y ante esa agobiante inquietud se le dispararon todas las nostalgias de una vida sin recorrer. Siempre camina lento y encorvado, como si llevara encima el gesto irremediable de la derrota, pero por el contrario, es un hombre con suerte. Donde se sienta, se escurre. (...) Es un apático que se sorprende porque pertenece a una generación sin utopías y, además, se ríe de ellas, que es el reflejo de profundo descreimiento por lo que le rodea. Simpatiza rápido a pesar de que es un tímido múltiple. El rock es su pasión; el humor, su salida a cualquier circunstancia. Su imaginación galopante siempre tiene ideas tan descabelladas que parece que soñara despierto. Fuma siempre como parte de un continuo aburrimiento...

De Una temporada en el infierno me quedó la huella de la advertencia.

**Cuál advertencia?** En ese libro Rimbaud hace un recuento de sus antepasados y mira a la Francia iluminada como una antítesis de la razón. Y a partir de los 20 años, se pierde la certidumbre de que la vida tiene sentido. Nada vale mucho la pena porque nos encontramos en un círculo vicioso.

**Cómo se vive en ese círculo vicioso?** Vivimos bajo la sensación de que no existe la noción de progreso; lo que aparentemente cambia es la ubicación que le otorga un ángulo diferente a la forma de ver el mundo. Pero, todo tiene ese aspecto indefinido que se disfraza con la máscara de los días normales.

**Por qué Rimbaud fue su guía?** Fue un llamado al azar. Whitman también me atrapa y Hojas de hierba es mi lado positivo.

**Por qué Rimbaud y no Baudelaire?** Porque Rimbaud es un personaje que queda en la literatura con solo tres años de historia; fue un personaje extraño, con perfil rebelde,

que hizo sus cosas en el presente. Si hubiera vivido en nuestra época, estoy seguro de que sería un antecesor punk. Mientras que Baudelaire arrastró las Flores del mal.

**Cuál es el ritmo que usted retoma?** Es especie de escritura galopante. (Y es cierto, Opio en las nubes tiene un ritmo vertiginoso).

**Cuándo nace la idea del libro?** La idea comienza a darme vueltas desde 1988, pero no tenía ni fuerza ni impulso, solo ganas.

**De dónde sale la idea de que todos en la ciudad estén muertos?** Sé que no es una figura original en la literatura. Está el ejemplo contundente de Rulfo con Pedro Páramo, pero, precisamente, soy hijo de una tradición latinoamericana que está muy impregnada de la cultura de la muerte. Solo necesitamos ver lo que significa la Semana Santa para entender lo que somos.

**De dónde nacieron esos personajes tan curiosos?** Cuando empecé a hacer la novela, no tenía personajes ni realidad concreta.

**Pero son personajes que no tienen asidero en la realidad...**

Son personajes que interpretan la lógica de la muerte.

**Cuál es esa lógica?** Una cíclica.

**Eso qué quiere decir?** El ritmo latente era la única forma de expresión que tenía. Una historia normal no me servía, por eso recurrí a algo inusual, circular...

**Cómo explica ese tiempo literario que se vive?** La narración está hecha en primera persona y lo otro es un monólogo interior al estilo de Joyce, y como esos dos ejes, se puede romper cualquier esquema de tiempo. El monólogo no me permite un ayer ni un mañana sino un ahora agobiante.

**Pero cuál es el tiempo literario?** La receta no me la sé. Se trata de una foto instantánea. Lo único seguro es que dura una semana. De domingo a domingo. En ese lapso se destruye la ciudad y se vive una historia de amor.

**Trató de manejar puntos cumbres?** En el instante más crítico se ve el amor como única posibilidad de salvación, pero aparece en el momento de la decadencia...

**Por qué es tan evidente la omisión de un proyecto político o un orden social?** Porque lo que me interesa es un producto completamente individual.

**Existe a propósito algún descuido en el lenguaje?** Mi intención es experimentar y por eso sigo esa idea de Cortázar donde el lenguaje es un módulo para armar. Ahora, sí

cuidé el lenguaje, pero también quiero que exista la posibilidad de otra construcción, de la frase. Por eso hay un lenguaje interior, donde todo está permitido.

**Cómo define esa experimentación?** Sabía que me interesaba la ruptura y a medida que experimentaba con el lenguaje, lo hacía conmigo mismo. Es un lenguaje de sudor y en ese sentido no es técnico ni erudito.

**Cómo era esa vivencia?** Cuando escribía, lo sentía como una pieza musical y no como una pieza arquitectónica.

**Cómo define la diferencia?** La musical tiene una construcción libre. Y la novela es como una ópera donde existen varias voces.

**Hablemos más de ese sentimiento musical operático.**

Debajo de cada capítulo, existe un ritmo y así cada cual tiene su propia pulsación musical.

El primer capítulo, por ejemplo, qué pulsación tiene? Saturday 10.15 del grupo The Cure.

**El segundo?** I can live with or without you, de U2.

Opio en las nubes? Tiene que ver con Wild Thing, de Jimmy Hendrix.

**El último?** Pertenece al ritmo de los Rolling Stones.

**Eso quiere decir que mientras escribía cada capítulo, solo oía esa música?** Exactamente. La música me daba el tono y me encauzaba el estado de ánimo.

**En qué forma el rock se mete dentro de las venas?** Es una forma de pensamiento. Y el rock me ayuda porque es nocturno.

**Es cierto, la novela es nocturna...**

Sí, además la escribí de noche.

**Por qué escribe de noche?** Porque trabajo de día; por eso me interesa mucho esa frase de Onetti donde dice que la literatura es como una amante, pero también me gusta tenerla como afirmaba Alejandro Obregón: Lo que más me gusta es estar a punto de enamorarme.

**Y por qué le interesan tanto los olores?** Porque soy de la cultura del olor.

**En la novela hay olores fundamentales?** Sudor, sangre, gasolina y alcohol.

Son códigos...

Sudor y sangre son seudónimos del amor. Alcohol es desesperanza y soledad. Gasolina, ciudad.

**Cómo define esa cultura del olor?** Cuando llego a una librería, lo que más me gusta es el olor de cada autor.

**A qué huele la literatura de Carlos Fuentes?** A estatuas.

**La de Cortázar?** A metro, cama caliente y té sin leche ni limón.

**La de Gabo?** No huele a nada.

**La de Octavio Paz?** A la diosa Chiva y sahumerio.

**La de Rimbaud?** A vómito y borrachera en la playa.

**La de Whitman?** A trigo, agua limpia y luz.

**La de Salvador Garmendia?** A gasolina.

**Joyce?** A whisky. Así como Rimbaud me dio el contenido, Joyce me dio la técnica.

**De dónde sacó los nombres para sus personajes?** Del cine porque estaba aburrido de los nombres garciamarquianos.

**El cine es otra de sus pasiones, qué es lo que le interesa interpretar en su literatura que venga de ese mundo de imágenes?** Me interesa el olor de las mujeres.

**Por ejemplo?** Joddy Foster es la que más me gusta. Cuando ella hizo Taxi driver tenía como 13 años y recuerdo que me olía a sudor con Mexana.

**El personaje Amarilla tiene que ver con ella?** A qué huele Amarilla? Claro, pero Amarilla huele a rosas rojas en una turbina de avión en medio de una noche de lluvia.

**A quién se parece?** Amarilla son muchas mujeres. Ella tiene la expresión de la cara y el olor de Jody Foster. Tiene las piernas de Raquel Welch y las actitudes son de Madonna.

**Supongo que los directores de cine también tienen olor. Por ejemplo, Fassbinder tiene alguno?** Claro, huele a circo.

**Buñuel?** A un burro en piano.

**Ridley Scott?** A exosto caliente.

**Quiénes son sus directores preferidos y por qué?** Scott me parece que es un tipo visionario y es un director muy completo. Hace de todo sin entrar en las ambiciones de los espectáculos. Lo de él, todo es sencillo. En su última película, Telma y Louise, manejó muy bien el tema del feminismo.

**Volvamos a la novela, cómo la escribió?** La escribí tres veces; la primera la borré del computador, lo mismo sucedió con la segunda. La tercera quedó. No tuvo nunca secuencia lógica. Del punto final salió otra novela.

**Ya la está escribiendo?** Sí, y el título provisional es El pájaro speed y su banda de corazones maleantes.

**Cómo define su estilo irreverente?** Cuando hago una frase no pienso mucho en ella, me interesa más el brillo de las palabras. Pero, para decir la verdad, no intento inventarme ningún género literario.

**Cuál fue su experiencia de esa escritura?** Es una forma de conocimiento sin microscopio pero con palabras, recuerdos, imaginación y memoria.

**Por qué se afirma que su novela es urbana?** Es urbana porque así soy yo. Además, esa categoría no me interesa porque es una palabra con una connotación a espacio social. Yo no soy de la cultura de aguardiente y mula; soy de cocacola, aspirina y neón.

### **Anexo 5: El vértigo de escribir**

Toda esta cosa extraña que es escribir empezó en la década de los 80 en la Universidad de los Andes cuando el profesor Manuel Hernández nos inició a unos cuantos en los beneficios psicotrópicos de la música de Joe Cocker y sus Perros Rabiosos, en la biblioteca de Babel de Borges, en la hierba húmeda de la poesía de Walt Whitman y desde luego para terminar de alucinarnos nos arrastró hacia Rimbaud, que definitivamente nos cambió la temperatura interna de nuestras mentes con su Temporada en el infierno. El Joe Cocker que nos mostró Manuel Hernández nos hizo ver que la literatura podía alimentarse de otras fuentes diferentes a las de los libros. Nos hizo ver que de algún modo la literatura también es un acto musical, un acto que implica decir las palabras en voz alta, un acto que en sí mismo es un desequilibrio de la razón. Escribir es intentar explicar el vértigo rampante que se abre más allá de nuestros cuerpos y nuestras palabras. El Joe Cocker mostrado por Manuel Hernández nos dio la fuerza para escribir con espuma en la boca, con rabia, con desobediencia civil hacia las palabras. Después de aquellas clases la actitud hacia el acto de escribir cambió radicalmente. Entonces escribir se convirtió en ver la hoja en blanco como una vena pulsante donde inyectábamos la heroína de las palabras. Escribir produce mareo, vértigo. Escribir es meterse en la botella rota de los significados, escribir es algo parecido a recibir un botellazo de whisky en la cabeza, produce el mismo 177 aturdimiento lúcido. En mi caso personal cuando escribí Opio en las nubes sentí lo que se siente en el momento cuando se está en un concierto de rock, es decir una descarga eléctrica, las palabras fluyen a la velocidad de la luz, no hay nada en frente, solamente la electricidad, los sonidos de las palabras, y entonces escribir ya no es un acto de construcción arquitectónica sino un acto de composición musical. En Opio en las nubes no hay frases construidas, hay frases compuestas a la manera musical.

A este cocktail vino después Borges. Borges nos dio la luz suficiente para comprender que escribir es una transmigración eterna por el laberinto de los universos paralelos de las palabras. Borges nos dio la dimensión para entender que la literatura también podía ser una religión, donde siempre se está en permanente comunión con las palabras.

El maestro de maestros Walt Whitman nos enseñó a ver la literatura como un ejercicio corporal. Con Whitman nos sentimos hermanos de las cosas más íntimas, nos

enamoramos de los árboles, del viento, de la hierba húmeda, de la lluvia, de los trenes. Con Whitman vimos que la literatura era un acto corporal, era un acto hermano del acto de caminar, un acto que comprometía no solamente la imaginación sino también el tacto, el gusto, los ojos, las manos, la lengua, el trasero, los pies. Entonces empezamos a escribir con los zapatos viejos. El viejo Whitman nos habló y nos dijo “Muchachos, hay que llevar la lluvia, las aves, el cuerpo hermoso de las mujeres y los trenes a la hoja de papel en blanco”. Whitman, el cantor del viento, nos hizo ver el acto de escribir como algo carnal, como algo que conllevaba sangre y sudor. Después de leer a Whitman uno queda con la sensación de que sus libros son sagrados. Le queda a uno en la cabeza una sugerencia a los que escribieron la Biblia. Le provoca a uno decirles que incluyan al viejo Whitman y su Canto a mí mismo en alguna parte de la Biblia porque sus poemas son algo demasiado sagrado para este mundo. Esa es la sensación que el Viejo produce, es decir la de un viejo profeta mientras escribe. Whitman me dio para Opio en las nubes los niveles sensoriales que quería lograr en la novela. Con Whitman aprendí a escribir palabras, pero también aprendí que no se trata de descubrir una lluvia. Por el contrario se trata de producir una lluvia en la hoja de papel.

El joven Arthur Rimbaud nos dejó en estado de coma. Lo leímos y fuimos directamente a urgencias a que nos colocaran anestesia general porque el desarreglo de los sentidos fue efectivo. Rimbaud nos dio esa dosis de veneno necesaria para escribir. Rimbaud nos transmitió todo el sabor del opio que es indispensable a la hora de enfrentar las palabras. Cuando se lee a Rimbaud hay dos opciones: o cortarse las venas o irse a escuchar una canción rabiosa como punk de los Sex Pistols, que es lo más parecido que se ha producido en este siglo a este profeta en estado salvaje, como lo llamó alguna vez alguien. Rimbaud nos dio el sabor salvaje de escribir, nos hizo ver las palabras como una tormenta, como una alucinación de opio. Después de leer a Rimbaud comprendimos que definitivamente no se puede “leer” a Rimbaud.

Enfrentar a Rimbaud implica una actitud totalmente diferente y radical. Frente a un texto de Rimbaud estamos frente a una pipa tibia de opio. Y después Rimbaud nos inició en esa manera extraña de escribir. Escribir después de Arthur Rimbaud es como aspirar el aroma de las palabras, pero también es como si las palabras fueran un pedazo crudo de carne porque cuando uno escribe bajo el método Rimbaud la boca se llena de

sangre, las manos se llenan de vidrios rotos y el cuerpo queda sumido en un letargo pesado. No hay nada qué hacer. Uno no va hacia las palabras. El fuerte olor de las palabras lo arrastra a uno y entonces el texto se convierte en una hemorragia que nadie puede contener. Rimbaud nos hizo ver que la literatura era una mujer de sangre caliente y ardiente, una amante apasionada que lo espera a uno en medio de las nubes de opio. Cuando no tengan LSD lean Rimbaud, por favor. La consigna sería: Mete Rimbaud, Rimbaud no destruye tu cerebro.

Opio en las nubes es hijo del ritmo vertiginoso de Rimbaud. Opio en las nubes fue escrito con la misma fiebre que produce Rimbaud. Rimbaud me enseñó que escribir implica ritmo, que escribir es un acto trivial de antropofagia, de depredación, con los significados, con los sonidos. De algún modo hay que tocar tambores con las palabras. Hay palabras que son como tambores, sonoras, otras que son como suaves nalgas de mujer, otras que son deliciosas como los senos, otras son acuáticas, otras metálicas. Las palabras a veces son como pequeños seres que se escabullen sobre el papel blanco que le gritan y le escupen a uno a 179 la cara y luego se esconden. Pequeños seres que poco a poco lo arrastran a uno hacia el vértigo, ese vértigo que se abre más allá de la razón. Escribir es el sabor a sangre que queda en la boca después de que las palabras le han pegado a uno un puño en la nariz.

En el fondo de todo esto está el viejo Cervantes y el Quijote. Tal vez lo más importante del Quijote no fuera tanto su locura sino el ritmo trotón de su literatura. Por primera vez en la literatura alguien se atrevió a escribir desde un caballo demacrado y un burro. Esa elevación de la literatura permitió romper la ley de la gravedad de la literatura y permitió que después de Kafka se pudiera hacer literatura a ras de tierra con su cucaracha y que Gabo pudiera elevar a Remedios La Bella por los aires. Después del Quijote todo fue posible. Opio en las nubes le debe al Quijote el carácter pendenciero de alguno de sus episodios. El viejo Quijote no conoció el opio, pero tenía el amor imposible de Dulcinea. Con El Quijote aprendimos que el castellano es el mejor idioma para escribir porque la palabra mierda suena y huele a mierda y con la palabra beso dan ganas de dar besos y la palabra “sueño” en sí misma ya es un misterio. El Quijote nos hizo ver el idioma como algo más que un instrumento, nos hizo ver el lenguaje como una aventura.

A partir de estas fuentes poco a poco se fue gestando *Opio en las nubes*, que es una novela que como ya dije en un comienzo, más que una construcción es una especie de composición musical. *Opio en las nubes* también es una novela de olores. Allí están presentes el olor de las calles, el olor de los bares, de la ciudad, de los gatos, de las pistolas, de los labios de mujeres, de las botellas de whisky, del humo azul de los cigarrillos.

La novela está escrita a la manera de un vértigo. Leerla es una hemorragia. Es un libro que de algún modo huele a gasolina y a vodka. Escribirla fue un acto muy placentero y doloroso a la vez. Leer *Opio en las nubes* es entrar a la casa de Amarilla, darle un beso en la boca, hacerle el amor y después salir al amanecer con la sensación de que las nubes están llenas de opio.

*La Prensa*, Bogotá, 2 de mayo de 1993, p. 26